ANN J.
BENNET
CÓMO HACER AMAR
A UN CORAZÓN
DESDICHADO
DAMAS IMPERFECTAS 3

ANN J.
BENNET

CÓMO HACER AMAR A UN CORAZÓN DESDICHADO

DAMAS IMPERFECTAS 3

©ANN J BENNET

Como hacer amar a un corazón desdichado

Serie Damas Imperfectas, 3

Primera edición febrero 2023

Publicaciones Liberty

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Notas

Capítulo 1

«Los cisnes, con su belleza estrafalaria y sucia, siempre me dan la impresión de mantener una fachada de indiferencia tras la cual realmente viven una tortura de timidez y duda».

John Banville

Londres, 1818

Lady Jennifer Lambert no estaba acostumbrada a destacar. No cuando su hermana pequeña Kristen era una joven extraordinaria, no solo por su belleza o su buen corazón, sino por sus innumerables talentos. Pero a Jennifer eso nunca le había importado. Amaba a su hermana y nunca había sentido celos de ella, aunque, en ocasiones como la de esta noche, quisiera parecerse a ella.

Esta noche, Jennifer asistiría al baile de la duquesa viuda de Pembroke, y quería parecer bella.

Se miró en el espejo de su habitación y vio un sencillo y poco llamativo rostro. Su cabello era rubio oscuro, el cual solía recoger en un moño, y sus ojos azules eran fieles reflejos de los de su madre. Por desgracia, no tenía ningún otro parecido con su bella madre, ya que su cuerpo era alto y robusto, como solía ser costumbre en la rama de su familia paterna. Por todo esto, no había nada en ella que recordara a la delicada belleza inglesa ni que la hiciera destacar entre el esto de las damas. Todo lo contrario que su hermana, que deslumbraba allí donde fuera.

Pero eso no significaba que Jennifer fuera fea. Lo que realmente estropeaba su rostro era la cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda y que resultaba imposible de ocultar.

Jennifer se giró en el espejo y su ánimo desapareció. Allí estaba la odiosa cicatriz. Llevaba once años sufriendo su visión pero, sobre todo, soportando las burlas, los desplantes y los murmullos que, desde el accidente y su desfiguración, la habían acompañado.

Suspiró y bajó la mirada hacia su precioso vestido azul pálido. Se ceñía perfectamente a su cuerpo, al ser de seda, y se ondulaba a su

alrededor cada vez que ella se movía. El escote era profundo, mostrando la longitud de su cuello y remarcando sus pechos.

Era un vestido confeccionado para llamar la atención, y Jennifer se cuestionó si había hecho bien en encargarlo.

Su mayor propósito al asistir a una velada siempre era pasar desapercibida, pero esa noche quería que todo fuera diferente. Había escuchado de boca de su madre que lord Nash Barrington asistiría al baile de lady Albray, y deseaba volver a verlo.

Jennifer sonrió al recordar cómo hacía dos semanas, cuando acompañaba a su padre a su despacho, se habían encontrado con lord Barrington y este había sido muy amable al recogerle el guante cuando a ella se le cayó al suelo.

Pero esto no había sido lo mejor del encuentro.

Lord Barrington no la había mirado con asco o sorpresa, sino que le había sonreído y había sido muy amable con ella mientras su padre se la presentaba. Jennifer no recordaba haber conocido a un caballero que no hiciera al menos una mueca al mirarla a la cara, por lo que no era de extrañar que, de inmediato, se hubiera enamorado del apuesto joven.

—Lord Barrington… —suspiró Jennifer mientras recordaba sus increíbles ojos verdes y su cabello negro—. Ojalá esta noche nos volvamos a ver y me pida un baile.

Jennifer comenzó a balancearse como si estuviera bailando con el caballero, hasta que la puerta de su habitación se abrió y entró su hermana.

—Estás preciosa, Jenny —le dijo Kristen sin dudar, a la vez que se acercaba y la miraba con atención—. Y el vestido te queda de maravilla.

Jennifer contempló a su hermana y se quedó sin habla ante su apariencia. Estaba simplemente preciosa.

Peinada a la última moda, y con un vestido también de seda que parecía confeccionado por hadas, se la veía espectacular.

—Tú sí que estás preciosa —respondió Jennifer con una sonrisa.

—Esta noche, ninguna de las dos dejará de bailar. Ya lo verás.

Jennifer lo dudaba, pero su hermana estaba tan convencida y parecía tan feliz, que no quería desilusionarla. Incluso el buen humor de Kristen comenzó a contagiar a Jennifer, consiguiendo que olvidara lo mucho que odiaba estos bailes.

A sus veinte años de edad, ya había asistido a un buen número de eventos y, tras recibir el apodo de «la solterona desfigurada», se resistía a acudir a ellos. Todo lo contrario que Kristen, pues a sus diecisiete años, comenzaba a experimentar los encantos que los salones de baile podían mostrarle a una jovencita de exquisita belleza y cuantiosa dote.

Todo ello gracias a su padre, el señor Walter Lambert. Un caballero destacado de la sociedad, gracias a las amistades, los contactos y su enorme fortuna, lo que le facilitaba la aceptación en los círculos más selectos.

Esta noche, Jennifer estaba dispuesta a dejar atrás sus recelos, y dejarse llevar por el buen humor de su hermana. Estaba segura de que tras este baile, su vida cambiaría, al poder contar por fin con alguien que no la viera como a un monstruo.

—No sé si bailaré mucho, Kristi, pero te puedo asegurar que tu tarjeta de baile no tardará ni un minuto en estar completa.

Kristen se ruborizó y sonrió soñadora, como si estuviera ya en la pista de baile. Jennifer lo entendía, al ser su hermana tan joven, y se propuso conseguir que esa noche nada eclipsara la felicidad de la muchacha.

—¡¿Cómo que no bailarás mucho?! Claro que tú también recibirás muchas invitaciones.

La sonrisa de Jennifer se apagó y Kristen supo que su hermana estaba recordando las humillaciones que en ocasiones había soportado por parte de otros invitados.

Todo por la cicatriz de su rostro.

—Verás cómo esta noche será diferente —aseguró Kristen mientras le cogía las manos a su hermana.

Jennifer no quería entristecerse. No quería que su hermana se preocupara por ella ni que perdiera la ilusión por este baile. La cicatriz era suya y, por consiguiente, era también su problema. No podía permitir que Kristen desaprovechara la oportunidad de conseguir marido o, por lo menos, de pasar una velada encantadora.

—Tienes razón. Esta noche será diferente.

Tenía que serlo. Tenía que volver a ver a lord Barrington y descubrir que, también para ella, había una oportunidad de ser feliz.

Las dos hermanas sonrieron con las manos aún unidas. Jennifer amaba a su familia, pero su hermana pequeña era todo para ella. Era su luz en una vida llena de oscuridad, soledad y tristeza y, si no fuera por ella, Jennifer estaba segura de que ya se habría rendido y solo sería una sombra de lo que era ahora.

—Te quiero, Kristen, y tienes que prometerme que esta noche serás feliz.

—Claro, Jenny. Las dos lo seremos —dijo convencida, pues para Kristen no podía existir la felicidad si ambas no sonreían. Era como si se negara a ver la cicatriz de su rostro y viera a su hermana como a una muchacha más. Pero Jennifer sabía que eso no era posible.

En ese momento, justo antes de que a Jennifer le costara mantener las lágrimas a raya, se abrió la puerta de la habitación y apareció su madre.

—Niñas, ¿estáis listas? —preguntó la señora Margaret Lambert, visiblemente nerviosa—. Sí no bajamos pronto, vuestro padre va a comenzar a enfadarse. Y ya sabéis lo insufrible que se pone cuando se enoja.

Ambas hermanas se miraron y sonrieron, al saber que era la excusa que siempre utilizaba su madre. En realidad, su padre estaría distraído tomándose una copa en su estudio, mientras esperaba a que sus mujeres bajaran.

Walter era ante todo un fiel devoto de su familia, que amaba a sus hijas y cuyo carácter tranquilo y risueño contrastaba bastante con el nerviosismo y la rigidez de su esposa.

—No te preocupes, mamá. Ya estamos preparadas —le aseguró Jennifer, tratando de esconder su inquietud.

—¿Dónde está tu doncella, Jennifer? Te faltan los guantes y no puedes presentarte en el baile con las manos al descubierto —dijo mientras examinaba su apariencia.

—Ella…

Pero su madre ya no le prestaba atención, al estar centrada en Kristen, su perfecta hija menor, que siempre estaba impecable.

—Kristen, estás encantadora.

—Gracias, mamá, pero creo que Jenny esta noche es la más hermosa de todas —aseguró sonriendo a su hermana con amor.

—Claro, Kristen, claro… —En cambio, su madre no parecía convencida de sus palabras. No por falta de amor a su hija, sino porque, desde el accidente, era como si se negara a admitir que Jennifer había quedado marcada. Como si eso fuera un error imperdonable que se reprochaba cada vez que la miraba a la cara, pensando en lo sola que se sentía su hija mayor.

Por suerte, justo entonces entró Fanny con los guantes perfectamente planchados, y Jennifer suspiró.

—Menos mal que estás aquí, muchacha. Dale los guantes a Jennifer antes de que lleguemos demasiado tarde.

Fanny se acercó a Jennifer sonriéndole y, tras guiñarle un ojo, le hizo una reverencia, como solía exigir su madre, y luego le entregó los guantes.

—Espero que se diviertan, señoritas —dijo Fanny mientras las damas comenzaban a salir de la habitación.

Jennifer se quedó rezagada y, tras asegurarse de que nadie la escuchaba, le susurró a su doncella Fanny.

—Recuerda conseguirme un vasito de algo fuerte para cuando regrese. Creo que esta noche lo voy a necesitar.

Fanny asintió, al saber lo mucho que su señorita sufría con estos eventos por culpa de los desplantes de los invitados.

—No se preocupe. Solo trate de divertirse, que yo me preocuparé

de todo lo demás.

Jennifer le sonrió y siguió a su madre y a su hermana por el corredor, mientras se repetía una y otra vez que asistía al baile por un buen motivo. Aunque eso no impediría que la noche se le hiciera muy larga.

Solo esperaba que lord Barrington mereciera el sacrificio que estaba haciendo para poder verlo de nuevo.

Capítulo 2

Lord James Barlow, duque de Pembroke, llevaba horas de pie junto a su madre, recibiendo a sus invitados. Lady Octavia Pembroke había insistido en celebrar este baile para darse a conocer, después de que su hijo se hubiera convertido en el nuevo duque.

El padre de James había fallecido hacía solo seis meses, y él seguía considerándose más un usurpador que un heredero.

Pero su madre no estaba de acuerdo con esta idea y había insistido en que, a partir de ahora, James debía comportarse de forma responsable y, no solo relacionarse con la alta sociedad con su nuevo título, sino que además, debía encontrar esposa lo antes posible.

Agobiado, James había accedido a celebrar el baile, con la condición de dejar a un lado la opción del matrimonio. Aunque conociendo a su madre, estaba convencido de que ella no tardaría en recordarle sus deberes para con su título.

Por el momento, había sonreído hasta sentir dormido el rostro y, por lo que parecía, el último de los invitados ya había sido atendido.

—Si me disculpa, madre, necesito tomar una copa y reunirme con Nash.

Octavia, hasta el momento sonriente, hizo una mueca al escuchar el nombre del amigo íntimo de su hijo.

—Sabes que no me gusta que te reúnas con esa clase de hombres. Ese es un conocido libertino, y debes cuidar tu nueva condición de duque.

James se enderezó, al no estar dispuesto a consentir que su madre interfiriera en sus asuntos privados. Desde la enfermedad y posterior muerte de su padre, le había consentido hacerlo, en deferencia al dolor que estaban experimentando. Pero James estaba empezando a cansarse de la intromisión de su madre y sabía que tarde o temprano tendría que tener una seria conversación con ella.

—Te recuerdo, madre, que conozco a Nash desde Eton y que ambos ostentamos un título. Por no mencionar que será marqués a la muerte de su padre.

—No puedes compararte con él, hijo —replicó ella, indignada—. Por el momento, él solo es conde, mientras que tú eres el nuevo duque de Pembroke.

Por respeto a su madre, James calló su reprimenda, pues no creía que debía elegir sus amistades por la importancia de su título, en vez

de por su carácter. Pero su madre siempre había sido muy selecta con sus amigos, y le interesaba más la apariencia y el rango que la forma de ser de una persona.

A sus cuarenta y cinco años, ella seguía en la flor de la vida, aunque las canas habían comenzado a cubrir su cabello oscuro. Un hecho que no le restaba belleza, al haber sido considerada desde su presentación en sociedad como la más hermosa de las damas.

Por ese motivo, la perfección era muy importante para ella, más aún en su hijo.

—Está bien, James, admitiré vuestra amistad al tratarse de un futuro marqués —concedió Octavia, viendo la obstinación en los ojos de su hijo—. Pero recuerda que debes iniciar el baile con lady Caroline.

James estuvo a punto de protestar. Había dejado de ser un niño hacía tiempo, pero guardó silencio, ya que no era el lugar ni el momento adecuado. Por no mencionar que se sentía cansado y aburrido tras haber pasado horas saludando y estrechando manos, así como inclinándose ante las damas y memorizando lo mejor posible todos los nombres y títulos.

Aunque, para Octavia, eso no era suficiente y le exigía aún más, llegando incluso a imponerle su pareja de baile.

Molesto, James miró a su madre, que sonreía a una de sus amistades y se mordió la lengua para no tener que contestarle. En su lugar, dejó atrás el impulso de ir a la biblioteca, cerrar la puerta y servirse un buen vaso de Oporto, optando por alejarse en busca de su amigo Nash.

Tras él escuchó el bufido de desaprobación de lady Pembroke, pero estaba cansado de sus imposiciones y no se dejaría influenciar por sus deseos.

Por suerte, en el gran salón de baile no tuvo problemas en localizar a Nash, quien estaba esperándolo en la puerta de entrada.

—He creído que necesitarías a un amigo cerca cuando acabaras de sonreír tan efusivamente —dijo Nash con una sonrisa.

—Deja de burlarte, Nash, o el destino podría castigarte con ser el anfitrión de la siguiente velada.

Su amigo se puso serio de repente y abrió los ojos como platos.

—No digas eso ni en broma. Si antes le tenía pánico a esa posibilidad, al ver tu cara de angustia, no lo deseo más que un trago de jarabe de fresa.

Los dos hombres hicieron una mueca y llamaron de inmediato a un sirviente para que les sirviera una copa.

—Afortunadamente, ya pasó lo peor, y ahora solo tienes que disfrutar de la velada.

James apretó los labios y prefirió cambiar de tema.

—Me alegro de que llegaras del campo a tiempo para asistir al baile.

—Sabes que no me lo perdería por nada del mundo —dijo Nash—. Además, necesitaba cambiar de aires después de estar tantos días rodeado de vacas y granjeros.

James se rio, al conocer demasiado bien a su amigo. Sobre todo, su fama de libertino y su gusto por la ciudad y sus diversiones. Una diversión que se podía permitir, ya que contaba con la ayuda de su padre para administrar las propiedades cuando lo necesitaba. Una ayuda que, lamentablemente, James ya no tenía.

—Te envidio, ¿sabes? —dijo James—. Me encanta el campo, pero, por el momento, me tendré que quedar en Londres hasta que todos los asuntos de mi padre estén en orden. Además, no creo que mi madre soporte el aislamiento rural.

—Pues que se quede en la ciudad —repuso Nash sin ni siquiera parpadear.

—Eso confirma mis sospechas de que no conoces a las mujeres.

Nash alzó una ceja, como retándolo a que le confirmara sus conocimientos sobre el sexo femenino.

—No me refiero a conocerlas de la forma en que tú lo haces —dijo James—. Sino más bien que hace años que no tienes que lidiar con una madre ni soportar sus exigencias.

Ambos hombres permanecieron en silencio, al ser un tema duro para Nash.

Este había perdido a su madre a causa de un enfermedad infecciosa cuando era muy joven y, aunque no la recordaba mucho, de niño había echado en falta el consuelo de unos brazos maternales.

Su padre había intentado darle la seguridad y cariño, pero Nash siempre sintió un vacío que nadie supo llenar. Con los años, ese vacío se fue llenando con sus conquistas y la buena relación con su padre, pero eso no significaba que en el corazón de Nash no hubiese una herida abierta que la carencia de afecto fue acentuando.

James conocía muy bien a su amigo, pues había sido testigo en más de una ocasión de ese dolor, y cambió de tema antes de entristecerle.

—¿Has visto a alguien interesante? He contemplado tantos rostros en tan poco tiempo que podría haber venido el rey regente y no haberme enterado.

Nash miró hacia el gran salón y se encogió de hombros.

—Me parece que han venido los mismos de siempre. Aunque no soy el más indicado para recordarte quién es quién. Como sabes, cuando vengo a Londres no suelo frecuentar salones de baile donde haya jóvenes casaderas, y menos aún madres a la caza de un buen partido para su encantadora hija —dijo tratando de mostrar una sonrisa antes de terminar su bebida.

Los ojos verdes de James centellearon y ambos se encaminaron hacia el salón de baile, donde el sonido de la música indicaba que este estaba a punto de comenzar.

—Vamos, James, no queremos que las damas elegibles nos esperen demasiado tiempo.

James sonrió ante sus palabras, ya que su amigo siempre conseguía que todo pareciera más ameno, y esta noche no era una excepción.

Una vez dentro del salón de baile, y a pesar del tamaño de la multitud, James pudo respirar con alivio. Todo era perfecto, y el mayordomo, el señor Frost, parecía tener todo controlado. La única pega era que el baile estaba a punto de empezar, y él debía encontrar una pareja para inaugurarlo.

Frente a él vio a lady Caroline, que aunque era una mujer hermosa y amable, nunca había sentido más que afecto por ella. James suspiró y se preguntó si debía conformarse con un matrimonio donde solo hubiera cariño, o si debía seguir buscando hasta encontrar el amor.

—¿Quién es esa mujer?

La pregunta de Nash hizo que James dejara a un lado sus pensamientos para seguir la mirada de su amigo.

No muy lejos de ellos, las hermanas Lambert hablaban entre ellas, y la más joven parecía visiblemente emocionada.

—Es la señorita Kristen Lambert. —James recordaba el nombre, ya que su familia había sido una de las últimas en llegar. También conocía a sus padres, a los que había visto en más eventos, además de que el señor Lambert era bastante conocido entre los hombres de negocios.

—Es preciosa —no pudo evitar decir su amigo mientras la contemplaba con embeleso.

A James le hizo gracia el interés de Nash, hasta que recordó su fama de libertino.

—Ten cuidado, viejo amigo, es evidente que es su primera Temporada, y no sería bueno para su reputación que la vieran con un disoluto como tú.

Su amigo se volvió enfadado hacía él, mostrando que sus palabras lo habían ofendido.

—No pretendo cortejarla para aprovecharme de sus encantos y después olvidarme de ella. Es indudable que se trata de una joven inexperta y solo pretendo conocerla. Además, me he propuesto dejar de lado mis conquistas como libertino.

James alzó las cejas, sorprendido.

—¿A qué es debido ese cambio?

—A que mi padre ya es mayor y quiero que sus últimos años esté orgulloso de su hijo.

James asintió, sin querer profundizar más en el asunto, pues él

mismo se había preguntado en más de una ocasión si su padre se había enorgullecido de él.

—Y respecto a esa señorita Lambert, me ha llamado la atención y solo quiero conocerla —declaró, sin poder apartar los ojos de ella.

No solo era hermosa, sino que por su forma de moverse y de hablar con su compañera, parecía poseer confianza y naturalidad. Unas cualidades muy poco frecuentes en la alta sociedad.

—Por supuesto. Que no puedas apartar la mirada de ella no tiene importancia —dijo James, divertido.

—Debes admitir que es preciosa —se defendió Nash, con su mirada aún fija en la joven.

Nash se sentía fascinado por la muchacha y deseaba poder conocerla y conversar con ella como esta lo estaba haciendo con la otra mujer.

—¿Quién es la dama que está a su lado?

—La más mayor es su madre y la otra es su hermana mayor. —James se quedó pensativo intentando recordar su nombre—. Creo que se llama Jennifer. No lo sé con certeza, hoy me han presentado a demasiadas damas...

James miró rápidamente a la mujer y notó que permanecía callada mientras su hermana no dejaba de hablar. Su rostro estaba marcado por una audaz cicatriz, que le recordaba las habladurías que había escuchado sobre cómo la joven se había hecho la herida.

De pronto, Jennifer debió de percatarse de que él la observaba, pues alzó la vista y se encontró con su mirada.

James se dio cuenta de que también era hermosa, aunque de una forma más sutil que su hermana pequeña. Antes de que la muchacha apartara la mirada, avergonzada, James vio algo en sus ojos que le intrigó.

¿Había sido desafío?

Él sonrió, pero su expresión se desvaneció cuando vio acercarse a su madre. De inmediato, Nash se apartó unos pasos como si intuyera que su llegada no auspiciaba nada bueno, y James tuvo que darle la razón al ver la furia en los ojos de ella.

—James, cariño —dijo lady Pembroke—, debes comenzar el baile lo antes posible, y ya he comprobado de forma discreta que lady Caroline lo tiene libre.

—Madre… —comenzó a decir James enfadado, pero se contuvo al notar que los invitados a su alrededor alzaban la cabeza—. Te agradezco el esfuerzo que has realizado por buscarme pareja, pero debo declinar invitar a lady Caroline.

—Pero…

—Estaba a punto de presentarle las hermanas Lambert a mi amigo Nash, y aprovecharé la ocasión para pedirle a alguna de ellas que

inaugure conmigo el baile.

—¿Las hermanas Lambert? ¿Puede saberse quiénes son esas jóvenes? —preguntó ella indignada y echando chispas por los ojos.

—Si lo deseas, después del baile puedo presentártelas también.

—No seas impertinente, James. Sé de sobra quiénes son esas hermanas. Unas don nadie que han sido invitadas por compasión. —Y alzando la cabeza, lady Pembroke continuó, seria—. Te prohíbo que comiences el baile con una de esas muchachas sin título.

James se envaró, más seguro que nunca de que abriría el baile con una de las jóvenes Lambert. Debía dar una lección a su madre, y asegurarle que no estaba dispuesto a cumplir sus órdenes como si fuera un chiquillo.

—Lo lamento, madre, pero soy el anfitrión y debo inaugurar el baile sin demora. Si me disculpas, iré a saludar a las hermanas Lambert y a pedirle a la mayor que baile conmigo.

Antes de que ella pudiera reaccionar y oponerse, James se adelantó y se dirigió hacia las jóvenes damas.

Su amigo Nash, que no quería interferir y mucho menos enfrentarse a la mirada helada y mortífera de la madre de James, simplemente se despidió de aquella con una reverencia y siguió a su amigo.

—¡Dios Todopoderoso! Te acabas de convertir en mi héroe —soltó Nash cuando se colocó al lado de su amigo—. Ni el duque de Wellington se hubiera enfrentado a tu madre con tanta eficacia. Por un momento, creí que te iba a arrancar la cabeza.

James no pudo evitar reírse del comentario de su amigo, que había conseguido que se destensara.

—He de admitir que me ha enfurecido.

—Y con toda la razón, si me permites la franqueza.

Ambos hombres dejaron el tema a un lado al haber llegado junto a las damas. Aun así, James todavía podía sentir la fría mirada de su madre sobre su espalda, y estaba convencido de que ella le haría pagar este desplante público.

Capítulo 3

Jennifer no podía creer lo cerca que estaba de lord Barrington. A solo unos metros, podía verlo con total claridad, y se sentía desfallecer al observar que conversaba con Su Excelencia.

Por la forma directa y amable de sus expresiones, supuso que ambos hombres eran amigos, aunque ese detalle carecía de importancia para ella. En lo único en que podía pensar era en lo atractivo que estaba Nash y en cómo podía provocar un acercamiento sin parecer impertinente ni atrevida.

—¿A quién miras, Jenny? —La voz de su hermana hizo que Jennifer desviara la mirada y la centrara en ella. Por nada del mundo quería que Kristen se enterara de su enamoramiento, al querer mantenerlo en secreto.

—Estaba maravillándome del esplendor del lugar. —Solo fueron necesarias esas palabras para que Kristen continuara con su disertación sobre cualquier detalle que las rodeaba.

Por su parte, Jennifer siguió observando a lord Barrington, hasta que descubrió que el caballero contemplaba detenidamente a su hermana.

Ver el destello en los ojos de lord Barrington le hizo querer gritar, pues ese era el momento que ella tanto había anhelado y que acababa de serle robado. Mil veces había imaginado ese encuentro, y en esas mil veces era a ella a quien él contemplaba con admiración en sus ojos.

Enfadada, se giró dándole la espalda a lord Barrington, al no soportar contemplar el interés que el conde demostraba.

Su hermana pequeña le había robado su momento, aunque Kristen ni siquiera se hubiera dado cuenta.

«Cómo te envidio, hermana. Yo estoy aquí, tratando de no escuchar cómo hablan sobre mi cara desfigurada, y tú, sin embargo, recibes sin pretenderlo lo que yo tanto deseo».

Jennifer sintió un nudo en el estómago y se reprendió por ese primer impulso de derrota. Puede que su hermana fuera más bella, sofisticada y extrovertida, pero ella también se merecía un poco de felicidad.

Sin poder evitarlo, Jennifer volvió a girar para poder observar de nuevo a lord Barrington, pero en esta ocasión fue con la mirada de Su Excelencia con la que se cruzó.

Por un segundo, estuvo tentada de apartar la vista, pero se resistió, quizás por su enfado con ella misma. En su lugar, la sostuvo fija en él, siendo consciente de la forma descarada en que el duque la miraba.

No podía negar que era un hombre atractivo, con sus ojos avellana y su rostro fuerte y anguloso. Así como por su alta y ágil figura y la mata de pelo negro bien peinado. No era de extrañar que muchas mujeres de la sala lo observaran, pero ella no era como las demás, y solo le interesaba lord Barrington.

Cuando por fin pudo retirar la mirada, Jennifer sintió que le faltaba el aire, sobre todo, cuando vio a lord Barrington alejarse unos pasos de Su Excelencia.

¿Se acercaría a ellas? ¿La reconocería, o solo le interesaría Kristen?

Trató de centrarse en escuchar a su hermana, que continuaba alabando el asombroso repertorio de colores que mostraban los vestidos de las damas.

A cada segundo, el corazón de Jennifer se aceleraba más, y cada vez era más fuerte el deseo de girarse de nuevo y comprobar si él se dirigía hacia ellas.

Unos segundos después, tuvo la respuesta.

—Señora Lambert, señoritas... —El duque se inclinó hacia las hermanas—. Es un placer volver a verlas.

Jennifer estuvo a punto de olvidar sus modales al comprobar que lord Barrington acompañaba al duque, pero por suerte, supo reaccionar a tiempo y, junto a su madre y hermana, se inclinó con respeto.

—Su Excelencia, el placer es todo nuestro —dijo la señora Lambert, encantada de que el mismísimo duque se hubiese acercado a ellas delante de todos los invitados. Algo que iba a aprovechar, por el bien de sus hijas—. Como le he comentado a nuestra llegada, ha sido un honor recibir una invitación para una velada de tanta relevancia.

Jennifer tuvo que morderse el labio para no hacer callar a su madre antes de que las dejase en evidencia. La conocía demasiado bien, y mucho se temía que estaba planeando algo.

—El honor es mío, señora Lambert, al contar con la amistad de su marido. Y si me lo permite, me gustaría presentarle a un caballero que desea conocer a sus hijas.

La mirada de las tres mujeres se dirigió a lord Barrington, el cual solo tenía ojos para Kristen.

—Por supuesto, tanto a mí como a mis hijas nos encanta conocer rostros nuevos.

Jennifer estuvo tentada de meter un canapé en la boca de su madre para que no hablase más, pero no pareció necesario, al quedar la dama enseguida en un segundo lugar.

—Les presento a lord Barrington, conde de Mowbray.

Jennifer se encontró con la deslumbrante sonrisa de Nash, solo que esta vez estaba dirigida a su hermana.

«Ni me ha mirado».

Las tres damas hicieron una reverencia cuando él se inclinó, pero Jennifer apartó rápidamente la mirada de él, al no poder soportar su falta de interés por ella. Al parecer, ni siguiera la recordaba, o por lo menos, estaba tan absorto con Kristen que no se había percatado de ello.

Jennifer sintió el impulso de decirle que ya se conocían, pero en este momento dudaba que pudiera soportar que él la hubiese olvidado por completo. En su lugar, prefirió callarse y repetirse una y otra vez lo tonta que había sido.

—Es un placer conocer a tan encantadoras damas.

Su voz hizo que Jennifer se estremeciera, al ser idéntica a la de sus recuerdos. Era la voz que la había acompañado en sueños y que ella deseaba que le hablara entre susurros.

—Creo recordar, lord Barrington, que ha pasado cierto tiempo en el campo. —Escuchó Jennifer decir a su madre.

—Así es, señora Lambert. Y me alegra haber vuelto a Londres, estoy deseando disfrutar de la Temporada.

—Sin lugar a dudas, hay más distracciones en la capital que en el campo. Sobre todo, para un joven tan distinguido —continuó alabando su madre, sin querer perder la oportunidad de agradar a un conde.

—Desde luego, no hay bailes como este en el campo, señora Lambert.

Las damas callaron y los caballeros carraspearon, quizás buscando la manera de que la señora Lambert se callara y les dejaran centrarse en lo que realmente querían.

Por suerte, en ese instante, los violinistas instalados en un extremo del salón dieron el primer aviso del comienzo del baile, consiguiendo que todos respiraran aliviados.

—Hablando de bailes. —Lord Barrington se acercó a Kristen, ofreciéndole su mano—. Señorita Lambert, ¿me haría el honor de concederme el próximo baile?

Jennifer no lo dudó ni un segundo, a pesar de haberse mantenido hasta el momento en silencio y con la cabeza baja. Ni siquiera pareció importarle la conocida reputación de libertino del caballero, y solo pudo sonreír antes de darle su respuesta.

—Estaré encantada, lord Barrington. —La sonrisa de Nash pareció coincidir con la de Kristen mientras tomaba su mano.

Queriendo compartir su felicidad, Kristen miró por el rabillo del ojo a su madre, quien asintió complacida. Sin embargo, cuando miró a su hermana Jennifer, Kristen observó cómo algo aparecía en sus

rasgos. Una especie de tristeza pesada y unas lágrimas que Jennifer de inmediato pudo controlar.

Kristen creyó saber lo que era. Normalmente, en los pocos eventos a los que había asistido, ella rechazaba la mayoría de las ofertas de baile, prefiriendo quedarse al lado de Jennifer. A esta nunca la invitaban a bailar, y a Kristen no le gustaba pensar que su hermana se sintiera sola.

Por un instante, Kristen estuvo tentada a rechazar la invitación, pero anhelaba tanto bailar con lord Barrington, que dudó por unos segundos.

El tiempo suficiente para que Su Excelencia la sacara del apuro.

—Señorita Lambert, ¿podría otorgarme el primer baile?

Durante una breve pausa, Jennifer se quedó callada, sin duda, al no haber esperado que fuera ella a quien Su Excelencia eligiera para el primer baile. Aunque no tuvo que esforzarse en darle una respuesta, puesto que su madre lo hizo por ella.

—Jennifer estará encantada de aceptar su ofrecimiento, ¿verdad, hija? —Más que una pregunta, había sonado más como una orden, pero nadie pareció darse cuenta.

—Sí, Excelencia. Estaré encantada. —Aunque era evidente que Jennifer no quería decir esas palabras, pues prefería quedarse a solas en algún rincón poco iluminado del salón.

Por el contrario, puso su mano sobre el brazo que el duque le ofrecía y, seguidos de Nash y una Kristen complacida, se encaminaron a la gran pista de baile.

Esta no tardó en llenarse tanto de parejas de baile como de chismorreos, aunque pronto la música los deshizo entre notas musicales.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada y simplemente se dejaron llevar por el vals que sonaba.

Jennifer trataba de no pensar en los ojos fijos en ella; más concretamente en su cicatriz, y en cómo su hermana y lord Barrington disfrutaban mientras bailaban y hablaban.

James, por su parte, se negaba a mirar a su madre, que lo estaba fulminando con la mirada, al mismo tiempo que trataba de consolar a lady Caroline. James lamentaba haber ocasionado a la joven este desplante, pero no podía permitir que la voluntad de su madre se impusiera. Aunque ahora, lady Caroline estuviera sonrojada y con la cabeza gacha.

Queriendo dejar atrás sus problemas personales con su madre, James decidió centrarse en la pareja de baile que ahora le acompañaba. Entre sus brazos, ella parecía sumisa y callada, todo lo contrario a la mirada furiosa que antes le había lanzado.

Queriendo conocer más de ella, decidió romper el silencio de la

manera más amable.

—Gracias por aceptar mi invitación. Mucho me temo que hasta los duques están sujetos a la voluntad voluble de sus madres.

Jennifer no pudo evitar sonreír, al no poder imaginar a un hombre tan fuerte y aparentemente firme de carácter como el duque, dejarse influenciar por una mujer.

—Fue muy amable de su parte invitarme, Su Excelencia —aseguró ella, sin querer mencionar que había sido toda una sorpresa su invitación para inaugurar el baile en su compañía.

Recordó como en otras veladas ningún caballero se había acercado a ella, especialmente cuando estaba Kristen a su lado, por lo que aún era más extraordinario que el anfitrión le hubiese solicitado a ella el primer baile.

¡Y además era un duque!

Sin lugar a dudas, su madre ahora debía de estar dando saltos de alegría.

Súbitamente consciente de estar bailando junto al duque, Jennifer bajó la cabeza, consiguiendo que los mechones sueltos de su pelo cayeran sobre su mejilla, y con suerte ocultaran un poco su cicatriz.

—¿Ocurre algo, señorita Lambert?

Al escucharle, ella se estremeció, notando su cercanía. Su aliento le había rozado la mejilla, y era la primera vez que un hombre que no fuera su padre estaba tan cerca de ella.

Armándose de valor, ya que no quería parecer una mojigata, alzó su cabeza hasta encontrarse frente a la mirada de unos ojos dulces de color verde.

Por un segundo no supo qué contestar, hasta que recordó que estaban girando por la pista de baile ante centenares de ojos escrutadores.

—No, Su Excelencia. Es solo que no estoy acostumbrada a inaugurar bailes ni a bailar con duques.

—En ese caso, ya somos dos —dijo él sonriente, destensando un poco el ambiente entre ellos.

—¿Es el primer baile que inaugura? —preguntó ella mientras apartaba la mirada, pero, para su desgracia, esta fue a caer en la pareja que formaban su hermana y lord Barrington, y la tristeza se apoderó de nuevo de ella.

—Así es. Y tampoco suelo bailar con duques.

Ante estas palabras, Jennifer le miró extrañada, encontrando unos ojos risueños y un guiño del duque.

Jennifer no supo si reír o poner los ojos en blanco, pero un giro inesperado para no chocar con otra pareja hizo que solo pudiera alzar las cejas.

—Le pido disculpas. Hace tiempo que no bailo, y la verdad es que,

si antes ya era un mal bailarín, ahora…

Jennifer le regaló una sonrisa, al entenderle.

—Le comprendo, y le prometo que su secreto estará a salvo conmigo —le indicó entre susurros.

—Le agradezco su discreción, pero mucho me temo que cuando acabe el baile, todas las damas de este salón sabrán sobre mi falta de destreza.

—En ese caso, debe buscar una excusa para esta noche y reforzar sus conocimientos para el próximo baile.

Al escucharla, James hizo una mueca de disgusto.

—Debo reconocer que me gusta su idea de poner una excusa para esta noche, pero volver a asistir a clases de baile… reconozco que prefiero que me torturen clavándome astillas entre las uñas.

Jennifer se rio con ganas, no solo por su buen humor, sino por el gesto de asco y pesadumbre de su rostro.

—¿Tan malas fueron sus clases?

—No puede usted ni imaginárselo. Por desgracia, me cuesta llevar el ritmo. Algo sumamente necesario para ser un buen bailarín.

—También es conveniente llevar el ritmo para poder cantar —repuso ella al recordar sus clases de canto, que tanto le gustaban.

—No me recuerde esas clases —dijo él con verdadero espanto, lo que agrandó la sonrisa de Jennifer.

—¿También fueron una tortura? —Quiso ella saber, pues le gustaba cada vez más la compañía y la conversación del duque.

—Digamos que, en esa ocasión, los torturados fueron quienes me escuchaban. Incluso mi padre, que era un hombre justo y permisivo, me prohibió volver a soltar esos sonidos por mi garganta… por el bien mental de todos en la casa.

Jennifer rio de nuevo, al imaginarse al pobre niño graznando ante su profesor de canto.

—Por suerte nací hombre, y no fue tan grave que no se fomentara esa parte de mi educación. En vez de ello, centré mi tiempo libre en leer y en mi gran pasión, montar a caballo.

—Excelente elección de preferencias.

—¿Usted también lee y monta a caballo? —preguntó James, intrigado por esta mujer que parecía a veces tímida, otras combativa y sorpresivamente encantadora y risueña.

—Así es. Aunque hace años que no monto a caballo.

—Y me imagino que, como todas las damas, estará versada en el arte de la costura, el canto y la música. —No fue una pregunta, al darlo por hecho.

—En realidad… No me gusta coser y mucho menos bordar, pero es cierto que me apasiona la música y el canto. Mi gran pasión es la ópera, aunque ni mucho menos soy apta para interpretarla.

—¿Le gusta la ópera? —preguntó él, ilusionado.

—Así es. En realidad, me gusta cualquier cosa que inspire mi imaginación y mi aprendizaje, como visitar museos, ir al teatro, asistir al ballet, a tertulias literarias…

James estuvo a punto de tropezar y hacerles rodar por el suelo.

—No puede ser cierto… —dijo asombrado.

—¿Tanto le extraña que una mujer muestre interés por las artes y no por el bordado? —preguntó Jennifer de forma inquisitiva mientras le miraba con el ceño fruncido.

—Sí…, quiero decir, no. Es solo que nunca imaginé que esa mujer fuera tan joven y encantadora.

Jennifer se ruborizó y apartó la mirada, como si no creyera sus palabras. Al fin y al cabo, estaba más acostumbrada al rechazo y a la humillación de los desconocidos que a sus halagos.

—Debe creerme —continuó hablando James—. Creí que una mujer así sería una viuda con el pelo canoso que buscaba algo diferente en su vida.

Extrañada ante sus palabras, Jennifer se atrevió a preguntarle, pero sin mirarle a los ojos.

—¿Por qué una viuda?

James sonrió y deseó que ella le mirara a la cara para ver cómo el color de sus ojos variaba ante sus cambios de humor.

—Es lógico. Muy pocos hombres consentirían en contraer matrimonio con una mujer más inteligente que él.

Jennifer se ruborizó más y sonrió levemente, aunque tratando de esconder su sonrisa.

—Debe usted permitirme que la acompañe a alguno de estos eventos algún día —dijo James—. Me encantaría comentar con usted alguna ópera, cuadro o tertulia que hayamos compartido.

Sus palabras sonaron dulces y cargadas de afecto, lo que puso nerviosa a Jennifer. Si ya era algo único que un duque le invitara a bailar, más aún lo era que este le pidiera tener otro encuentro.

La música cesó en ese instante y Jennifer se sintió perdida. La conversación con el duque la había distraído tanto que se había olvidado del paso del tiempo y de la pareja formada por su hermana y lord Barrington.

Pero lo más asombroso era que apenas había recordado su cicatriz, o a los invitados que los habían estado observando durante todo el baile.

—Por favor, excúseme —comenzó a decir James mientras la llevaba del brazo junto a la señora Lambert—. Esta noche no creo que sea posible volver a tener el favor de su compañía en otro baile. Como anfitrión, debo atender a cuantas damas me sea posible, pero me gustaría…

—James.

La voz inquisidora de la duquesa viuda a su lado interrumpió sus pasos, así como sus palabras. Por suerte, Jennifer estaba a poca distancia de su familia, por lo que hizo una reverencia a la duquesa y se alejó del duque y de la mirada fría de la duquesa viuda.

Aun así, la distancia era lo bastante corta como para escuchar algunas palabras sueltas que decía la duquesa viuda.

—¿Qué has hecho? —Su voz sonó demasiado alta para ser un susurro y demasiado censuradora como para no enfadar a James. Este trató de mantener la calma para no dar un espectáculo. Algo que no pareció importarle a su madre, a causa del enfado que la cegaba.

—Cálmate, madre, solo he bailado, como te recuerdo que me obligaste a hacer —respondió él en voz baja, pero Jennifer lo escuchó.

—Yo no te obligué a bailar con esa inválida desfigurada —continuó la viuda, sin importarle quién la escuchara—. Tenías que hacerlo con lady Caroline. La pobre muchacha ha estado sentada al margen, sin nadie con quien bailar.

—Lamento lo sucedido con lady Caroline, pero en ningún momento le pedí un baile. La única culpable de dicha falta eres tú por interponerte en mis asuntos.

James sabía que estas palabras la harían enfadar más todavía, pero no le importó, con tal de callarla. Pero su madre seguía tan aferrada a sus ideas, que no escuchaba nada de lo que decía su hijo.

—¿Cómo quieres que se case contigo, si le haces estos desplantes? —insistió lady Pembroke, bajando ahora el tono de su voz para que nadie la oyese—. Debes…

—Madre… —dijo él entre dientes para contener su enfado—. Yo no pretendo casarme con lady Caroline, y te agradecería que no fomentaras esa idea. No quisiera dañar más a esa joven y, si insistes en esa boda, es lo único que conseguirás.

—¿Por qué no querrías casarte con ella? Es una joven encantadora, perfectamente decente y con título. No como esa señorita Lambert, con la que has bailado.

Jennifer se tensó al volver a escuchar su nombre. No quería ser una entremetida, al prestar atención a una conversación ajena, pero no pudo evitarlo al escuchar su nombre.

—Te repito, madre, que no interfieras en mis asuntos. Y te agradecería que dejaras de insultar a la señorita Lambert. Es una joven encantadora que no se merece tu desprecio. —La expresión de su madre pasó de la sorpresa a la pregunta y a la indignación.

—¡No puedo creer que prefieras a esa señorita Lambert antes que a lady Caroline! Debe de haberte seducido de alguna manera o haberte ofrecido algo que una dama no debería…

—Madre. —James la hizo callar de inmediato—. Jamás vuelvas a

decir algo así de la señorita Lambert o de cualquier otra mujer que esté en mi compañía. Soy lo bastante mayorcito como para elegir a mis amistades, del mismo modo que lo soy para buscar a mi propia esposa.

Y sin más, el duque se alejó de su madre y de los oídos curiosos de la señora Lambert y Jennifer.

James no quería seguir manteniendo esta conversación, y menos aún en público. Decidido a que su madre no le amargara la velada y sobre todo, el descubrimiento de alguien tan interesante como la señorita Lambert, James se marchó en busca de su amigo y de un buen trago de brandy.

Por su parte, Jennifer permanecía conmocionada ante todo lo que había escuchado. Se habría alejado si no fuera por la mano de su madre en la suya, así como su sonrisa, que la convenció para que se quedara.

No soportaba que hablaran de ella en público cuando estaba tan cerca y podría haber gente escuchando, pero lo que más la alteraba era que el duque hubiese salido en su defensa con tanto entusiasmo. ¿Lo había hecho solo para llevarle la contraria a su madre? ¿O de verdad la defendía porque le había alegrado su compañía?

En realidad, la respuesta no importaba, pues ella ya había elegido al dueño de su corazón. Esa persona era lord Barrington, el hombre que, incluso de lejos, ahora observaba sonriente a una sonrojada Kristen.

Su hermana había conseguido, sin apenas esfuerzo, lo que ella tanto quería, pero no podía darse por vencida sin más. Jennifer lo había conocido antes, era la hermana mayor y Kristen era demasiado joven para saber lo que quería.

No pretendía enfrentarse a su hermana ni hacerla sufrir, pero tampoco podía renunciar tan pronto al hombre al que amaba.

Y respecto al duque, solo había sido un bonito encuentro en el que se había dejado llevar por las luces de las centenares de velas que los rodeaban. Su Excelencia era solo un espejismo, mientras que lord Barrington era el único hombre que se había fijado en ella, así como el primero que la había hecho sentir que no era un monstruo.

Capítulo 4

Kristen sentía que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Junto a ella estaba el caballero más atractivo y encantador que había conocido en su vida, y su hermana estaba acompañando al duque.

Kristen no sabía si se alegraba más por ella, al estar con un caballero tan apuesto, o por su hermana, al no haberse quedado entre las sombras mientras ella bailaba. Odiaba cuando Jenny hacía eso, no solo por hacerla sentir culpable por divertirse mientras su hermana era olvidada, sino porque anhelaba que Jenny saliera de su caparazón y por fin descubriera el mundo.

Pero en ese momento las dos estaban disfrutando de las atenciones de unos caballeros, que las guiaban complacidos al centro de la pista de baile.

Mientras Kristen seguía a la pareja formada por el duque y Jenny, trató de ignorar las mariposas que el toque de lord Barrington le hacía sentir en su estómago. No quería observar el rostro del caballero, al no estar segura de no dar un traspié si él la miraba, por lo que caminó con la cabeza alzada para que nadie apreciara su nerviosismo.

Cuando por fin llegaron a la pista de baile, se colocaron el uno frente al otro y, tras una inclinación de ambos, se acercaron. Al sentir que una mano de él se apoderaba de la suya, y que la otra se dirigía a la cintura de Kristen, esta se quedó sin aliento. No era la primera vez que bailaba con un caballero, pero todo su cuerpo le decía que con este hombre era diferente. Algo más intenso.

Justo en el momento en que las manos de él la tocaron comenzaron a escucharse los primeros acordes de los violines, que entonaron un suave vals lírico como si los músicos hubieran estado esperándoles.

Por unos instantes ambos bailaron sin decir una sola palabra, hasta que Nash, al tener más experiencia en reponerse de sus emociones, rompió el silencio.

—¿Está disfrutando de la fiesta, señorita Lambert? —Nash decidió comenzar con un tema ligero, con la esperanza de que una conversación mundana suavizara el rubor que se había apoderado de las mejillas de ella.

—Solo acaba de empezar, lord Barrington, pero puedo adelantarle que, por el momento, estoy muy complacida por cómo ha comenzado.

Su voz sonaba suave y parecía que se resistía a mirarle, algo que

conmovió a Nash por su dulzura e inexperiencia.

—Estoy de acuerdo con usted, la noche no podía haber empezado de mejor forma.

Kristen pareció sonrojarse más, pero él pudo ver, para su asombro y deleite, cómo ella formaba una sutil sonrisa en la comisura de sus labios.

—Espero que no le importe conversar con su pareja de baile… ¿O es de las muchachas que prefieren girar en silencio por la pista?

La sonrisa de Kristen se intensificó y por fin se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Debo confesar que uno de mis mayores defectos es que me encanta hablar. Por lo que no dude en hacerme callar si mi conversación le empieza a parecer pesada.

Nash alzó las cejas y puso cara de ofendido.

—¿Hacerla callar? ¡Eso jamás, señorita Lambert! Por desgracia, yo también padezco de ese defecto, y mucho me temo que va a ser usted quien me pida que me calle.

Ambos sonrieron y continuaron girando, cada vez más a gusto en la mutua compañía.

—Y dígame… ¿De qué le gusta hablar? —preguntó Nash.

—Excepto de política, de casi cualquier cosa —contestó Kristen con naturalidad, al no sentirse juzgada por él.

—Entonces, ¿qué le parece si me dice cuál es su afición favorita? Y por favor, no me diga que bordar.

Kristen rio y negó con la cabeza.

—En realidad, tanto yo como mi hermana Jennifer odiamos bordar, pero debe jurarme que nos guardará el secreto.

Complacido por su tono jovial, Nash se puso serio, alzó la cabeza y afirmó categórico:

—Se lo juro por mi honor de caballero.

Ambos volvieron a reír y Kristen continuó hablando.

—Y respecto a mi afición favorita, debo decir que son las flores.

—¿Las flores? —preguntó él indeciso—. ¿Se refiere a que le gusta recibir flores, o cuidarlas en el jardín?

—No me disgustan ninguna de las dos cosas, pero lo que de verdad me gusta es aprender sobre ellas y hacer adornos florales para la casa. Es más, tengo a mi pobre madre de los nervios, ya que siempre voy tras ella rehaciendo sus centros de mesa y colocando jarrones por todas partes.

—Debo confesar que es la primera vez que conozco a alguien a quien le entusiasme tanto las flores.

Nash vio cómo el rostro de ella se tensaba y bajaba la cabeza.

—Espero que no piense que es algo sin sentido y sin ningún valor… —repuso Kristen.

—¡Por supuesto que no! —respondió Nash en el acto—. A usted le gusta la belleza, del mismo modo que le agrada compartir esa hermosura con los que la rodean. ¿Por qué iba a parecerme algo sin ningún valor?

La cara de ella pareció animarse de nuevo y sus ojos volvieron a fijarse en los de él.

—Me alegra que piense de esa manera. No todo el mundo lo hace, y a veces me siento algo tonta por tener una afición tan sencilla.

—No debe sentirse así. Hay muchas clases de aficiones, y el suyo no es para nada sencillo. Es más, podría decirle unos cuantos casos de caballeros que conozco que sí tienen una afición… peculiar.

—¿Como por ejemplo?

Nash se quedó pensativo unos segundos.

—No voy a decirle nombres, pero a un amigo mío le gustan las piedras. Las tiene expuestas en una vitrina en su despacho y su habitación está llena de ellas.

—¿En serio?

—Sí, su esposa siempre se queja de que tiene más pedruscos dentro de la casa que en el jardín.

Kristen rio con ganas, atrayendo la atención de algunos curiosos.

—Por lo menos, usted llena la casa de flores —dijo Nash con una gran sonrisa.

—Sí, mi madre se moriría de espanto si le llenara la casa de rocas.

—Y dígame, ¿cuál es su flor favorita? —preguntó él con voz suave mientras la hacía girar de nuevo.

—Es difícil elegir solo una. Por ejemplo, ¿cómo puede no gustarme la belleza tradicional de una rosa, o el exotismo de una orquídea? Incluso la sencillez de la margarita me parece exquisita —admitió ella, sorprendida de lo fácil que era hablar con él.

—Me doy cuenta de lo complicado que puede resultarle escoger una que sea su preferida, pero estará de acuerdo conmigo en que algunas flores carecen de belleza. Como por ejemplo, el cardo.

—¿El cardo? ¿Lo dice en serio? —bromeó Kristen, haciendo que él entrecerrara los ojos con expresión divertida.

—¿Acaso va a decirme que lo encuentra encantador? —preguntó Nash con calidez.

—¿Sabía usted que el cardo se convirtió en la flor nacional de Escocia por ser carnosa y crecer en las circunstancias más adversas? Es por esto que en los periodos de más hambruna de Escocia, los habitantes de ese país sobrevivieron gracias a comer cardos. ¿Cómo no va a gustarme una flor que salva vidas?

Nash se quedó maravillado tanto por su entusiasmo como por su manera de argumentar. Sin lugar a dudas, no era una jovencita de cabeza hueca que solo pensaba en flores, sino que las admiraba y

aprendía de ellas.

—No lo sabía —admitió él—, y, desde este mismo instante, me considero un fiel defensor del cardo, pero… debe admitir que hay flores que matan. ¿Esas también las considera hermosas?

—¡Por supuesto! Ellas no tienen la culpa de haber sido creadas así. La pobre adelfa es una flor humilde, pero no por ello menos bella.

Kristen notó cómo su pareja de baile le estrechaba la mano y se sintió complacida ante el calor que la recorrió. Fue más intenso que cien palabras bajo la luz de la luna o que una de sus miradas curiosas. Es más, Kristen nunca había experimentado una chispa semejante, por lo que miró sus manos unidas antes de alzar la vista y encontrarse con sus cálidos ojos verdes.

Al ser consciente de cómo la miraba, la respiración de Kristen se agitó aún más y comenzó a notar la boca seca.

—Me gusta su forma de ver las flores. Me indica que posee un gran corazón —señaló Nash, deleitado por lo que acababa de descubrir sobre la joven dama—. Me gustaría visitar algún día con usted el Real Jardín Botánico[1].

En ese instante, la melodía de los violines terminó y Nash se quedó expectante por su respuesta.

Pero Kristen no tenía mucho que pensar. Había disfrutado en su compañía y deseaba volver a verlo. Y más aún en un lugar donde podrían hablar y conocerse durante horas.

—Estaré encantada de acompañarle, lord Barrington.

Él le dedicó una sonrisa y colocó la mano de ella sobre su brazo para luego comenzar su lento camino de regreso.

Solo entonces Kristen se percató de que durante el baile no se había acordado de su hermana. Estaba segura de que el duque había sido gentil con ella, pero le sorprendió que se hubiera olvidado de observarla de vez en cuando por si necesitaba su ayuda.

En ocasiones anteriores, Kristen había intuido que Jennifer la necesitaba, y nunca había dudado en dejar a su compañero de baile en medio de la pista para ir con ella.

Pero esta vez, Kristen había tenido sus cinco sentidos puestos en lord Barrington, y solo esperaba que su hermana se encontrara bien.

Desvió la cabeza hacia un lado en busca de Jennifer, pero se encontró con unos ojos que la seguían.

Se trataba de Ronald Sims, conde de Ashworth. Un hombre muy guapo, que siempre estaba rodeado de jóvenes damas, sin duda atraídas por su pelo rubio perfectamente peinado y la cincelada mandíbula, que parecía pertenecer a un retrato del Renacimiento.

Pero Kristen siempre se había sentido incómoda en su compañía. Sobre todo, desde que lo había abandonado en la pista de baile para ir con Jennifer.

Desde ese día, hacía ya un mes, sentía su mirada pegada a ella y siempre tenía que declinar su oferta de baile.

Por algún motivo, el caballero le hacía sentir temor, al verse reflejada en sus ojos como un simple ratón con quien él quería jugar a su antojo.

Kristen se estremeció, pero continuó caminando y prestando atención a la conversación de su acompañante. El conde de Ashworth no iba a destruir su buen humor ni la maravillosa sensación que había sentido al bailar junto a lord Barrington.

Media hora después de que la velada acabase, James y Nash se tomaban la última copa en el refugio que representaba la biblioteca. Sin lugar a dudas, el baile había sido todo un éxito, pero el motivo de su charla era otro bien distinto.

—Debo confesar que la señorita Kristen Lambert me ha impresionado —admitió Nash mientras miraba el color ámbar del licor en su copa—. A pesar de su juventud, es una muchacha con una gran confianza en sí misma y muy inteligente.

—Por no mencionar que es toda una belleza —repuso su amigo James.

Nash se tensó en el acto y miró fijamente a su amigo.

—Claro que es una belleza —declaró—. Debería estar ciego para no haberme percatado de ello. Lo que intento decirte es que es más que un rostro bonito.

—Entonces, es igual que su hermana —afirmó James sin reservas.

—¿La señorita Jennifer Lambert? —Nash parecía extrañado por la idea.

—Pareces sorprendido —se molestó James, al ser evidente para él el encanto de la hermana mayor.

—No, es solo que… no había pensado en ella de esa manera. Es encantadora, pero no parece una mujer muy segura de sí misma.

—Tal vez lo creas así porque no has tenido una conversación seria con la señorita Lambert.

—En eso debo darte la razón. Solo coincidimos una vez y fue un encuentro muy breve. Además, después de escuchar los rumores sobre ella…

—¿Qué rumores? —James alzó una ceja hacia su amigo.

—¿No has oído lo que se dice de la señorita Jennifer Lambert?

—He tenido cosas más importantes que hacer que detenerme a cotillear como una vieja matrona. Además, me sorprende que prestes atención a los parloteos, cuando, por tu fama de libertino, sabes lo

perjudicial y falsos que pueden llegar a ser.

—Muy cierto —aceptó Nash de inmediato, al haber sufrido él mismo la injusticia de ser tildado de disoluto sin escrúpulos—. Pero estoy convencido de que te mueres de curiosidad por saber de qué tratan esos cotilleos.

James calló, pero a los pocos segundos no pudo evitar soltar un resoplido.

—Está bien, tú ganas —dijo—. ¿Qué has oído sobre ella?

—He oído toda clase de versiones de cómo se hizo la cicatriz de su rostro, pero la más fiable dice que, hace unos años, cuando todavía eran unas niñas, ambas hermanas sufrieron un accidente de carruaje. Nadie sabe la causa o qué pasó exactamente, solo que la hermana mayor salió marcada de por vida, mientras que la hermana pequeña resultó ilesa. Según parece, desde entonces la señorita Jennifer Lambert apenas habla con nadie y acude a pocos eventos sociales.

James se quedó pensativo ante la idea de que un hecho tan aleatorio e imprevisible pudiera alterar tanto la vida de una persona.

—Me parece muy injusto que la señorita Lambert tenga que sufrir la maledicencia de gente sin escrúpulos, cuando ya es bastante duro tener en el rostro el recordatorio constante de aquel accidente.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo, pero parece que ella no es la única que sufre —dijo Nash—. Según he sabido hoy por las damas con quien he bailado, la señorita Kristen también debe soportar la marginación que sufre su hermana.

—¿Quieres decir que esta misma noche te has estado informando sobre las dos Lambert? ¿Y qué has querido decir con que la hermana menor también debe soportar ese mal? Por lo que he visto de ella, es perfecta y muy hermosa. —James empezó a notar cómo crecía su enfado.

—En primer lugar, no he tenido muchos problemas para que me hablaran de ellas —dijo Nash—. En especial, de la mayor. En cuanto me han visto bailar con la señorita Kristen, las damas me han contado muy gustosas todo lo que quería saber y más.

James gruñó, al no parecerle algo digno de un caballero.

—No temas, no he permitido que hablen mal de ellas —aclaró Nash—, solo me han informado sobre el accidente y de que la señorita Kristen Lambert apenas suele bailar o reunirse con otras jóvenes de su edad para no dejar sola a su hermana.

—No creo que la señorita Jennifer Lambert obligue a su hermana a quedarse junto a ella. —James sintió la necesidad de protegerla.

—Yo tampoco lo creo. Pienso que su hermana lo hace por el amor que le profesa. Pero eso no cambia el hecho de que la esté dañando al aislarla también.

Ambos hombres permanecieron callados unos instantes hasta que

Nash rompió el silencio.

—De todas formas, es un alivio que cada uno prefiera a una hermana diferente —dijo mostrando una sonrisa, quizás para quitar un poco de tensión después de una conversación tan seria.

—Es cierto —convino James—. No quiero ni imaginarme la cantidad de problemas que tendríamos si a los dos nos gustara la misma señorita Lambert.

—Puede que incluso te hubiera tenido que retar a un combate de boxeo.

—O de esgrima —repuso James, al ser más hábil en ese arte.

Los dos amigos sonrieron y apuraron sus copas. Pero James no pudo evitar quedarse pensativo cuando su amigo decidió marcharse.

Era cierto que le había gustado la señorita Kristen Lambert. Sobre todo, le había llamado la atención su vulnerabilidad pues, al igual que él, parecía sentir la necesidad de mantener bien protegido su corazón de un posible enamoramiento.

Pero no se trataba solo de eso.

Quería saber más de ella, conocer sus secretos, sus anhelos y sus deseos. No porque se sintiera atraído por algo más que una simple amistad, ya que no era así. El motivo era que le había gustado su compañía y no le importaría volver a verla de nuevo.

Y nada tenía que ver que su madre le hubiera manifestado su desagrado por la joven. Ya era mayorcito para poder elegir sus propias amistades sin que su madre interfiriera en sus decisiones.

Además, la señorita Jennifer Lambert era una mujer hermosa cuya cicatriz no le restaba belleza, por mucho que los demás pensaran lo contrario.

Capítulo 5

A la noche anterior había puesto todas sus esperanzas en reencontrarse con el conde, pero el destino había querido que su encuentro no fuera como había esperado.

la mañana siguiente, todo le parecía surrealista a Jennifer.

Se había arreglado para él. Se había sometido al escrutinio, los cotilleos y las risitas de los invitados para, en cambio, ver cómo el hombre al que amaba ni siquiera le prestaba atención.

Y por si eso no bastase, la situación empeoró cuando fue evidente que él solo tenía ojos para Kristen.

A Jennifer le costó levantarse de la cama, y ahora no tenía ningún interés en dar los pasos que la conducirían al comedor. Sabía que en él estaría Kristen, y no estaba segura de poder soportar su mirada, y mucho menos su sonrisa.

No es que la odiara por robarle la atención de Nash. No podía reprochárselo, ya que Kristen no sabía nada de su amor secreto por ese hombre. Además, su hermana era demasiado joven para darse cuenta de los sentimientos que ella albergaba por el conde y no podía amonestar su falta de consideración al haber aprovechado la oportunidad de bailar con el caballero.

Al otro lado de la puerta del comedor, mientras escuchaba la conversación mundana entre sus padres y Kristen, Jennifer respiró hondo y entró, tratando de disimular su tristeza, como tantas otras veces había hecho.

—Buenos días, querida. Espero que hayas descansado bien —no tardó en decirle su madre, mientras Kristen permanecía en su silla, con una taza de té entre las manos y una sonrisa en los labios.

La clase de sonrisa que ella misma tendría si la noche anterior hubiera bailado con Nash.

—Bien, gracias —mintió Jennifer, y se sentó en su sitio, sin poder seguir mirando a su hermana.

—Estábamos hablando de la espléndida velada de ayer —añadió su madre, más feliz incluso que Kristen—. Nunca esperé que el mismísimo duque de Pembroke te pidiera abrir con él el baile de inauguración.

—Es un caballero realmente encantador —intervino Kristen ampliando su sonrisa, visiblemente feliz y orgullosa de su hermana.

—Así es. ¿Y os fijasteis en cómo se morían de envidia las demás

damas? —preguntó su madre satisfecha—. Fue muy gratificante que os vieran bailar tan bien acompañadas, así aprenderán a mantener sus bocas cerradas.

—¡Querida! —exclamó el padre de Jennifer—. No olvides tus modales en la mesa —concluyó, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a su esposa y sonreía.

—Tonterías. —Ella desestimó sus palabras con un gesto de la mano, como si quisiera apartar ese comentario al no interesarle—. Todos pensamos igual, y no me digas que no es así.

—Jenny, ¿qué te pareció el duque? —preguntó Kristen, queriendo saber por qué su hermana no se había levantado esa mañana llena de entusiasmo por lo sucedido la noche anterior. Aunque a Jennifer solo le pidió un baile el duque y dos caballeros más, uno de ellos amigo del padre de ella, había sido todo un éxito en comparación con otros bailes.

—No sé qué decirte.

—¿Acaso te aburriste en su compañía? —preguntó su madre sin poderlo evitar, extrañada de que Jennifer no estuviera pletórica de felicidad.

—No —dijo esta, rotunda—. Hablamos y pasé un rato entretenido en su compañía.

—¿Entonces? —la interrogó de nuevo su madre.

—¿No sería desagradable contigo, verdad? —se interesó su padre, dejando a un lado el periódico.

—No, padre. Ya he dicho que fue entretenido.

Él asintió y, más tranquilo, volvió a su lectura.

—No te comprendo, hija —declaró la madre de Jennifer—. Siempre te quedas al margen en los bailes, y lo entiendo. Pero ayer se te veía feliz, y no comprendo que hoy no estés tan radiante como tu hermana. Al fin de cuentas, recibiste un gran honor al bailar con el duque de Pembroke, y estoy segura de que eso comenzará a dar sus frutos.

—Mamá —la llamó Kristen, al darse cuenta de que su hermana se estaba apocando aún más—. Es evidente que Jennifer todavía está cansada. Seguramente no ha podido dormir bien a causa de la emoción de lo acontecido anoche. Estoy convencida de que a lo largo de la mañana veremos aparecer su sonrisa.

Kristen miró a Jennifer con tanto amor que a esta le costaba contener las lágrimas. ¿Cómo iba a odiar a su hermana, si lo era todo para ella? ¿Si era la persona más dulce y generosa que jamás había conocido y si siempre había estado a su lado, incluso cuando ella le había puesto mala cara?

—Tienes razón, querida. Es lógico que a nuestra Jenny le cueste un poco asimilar su éxito. No obstante, Kristen, tú también tuviste suerte

ante las atenciones de lord Barrington. A todos los invitados le quedó muy claro que el conde se quedó prendado de ti, mi pequeña.

Kristen se sonrojó sin poder disimular su sonrisa. Se había pasado la noche soñando con él, y recordando lo que sintió al estar entre sus brazos.

—Debo confesar que es un joven encantador. Y fue muy amable conmigo.

Algo dentro de Jennifer estalló y respondió en un impulso.

—Debes tener cuidado con él, Kristen. He escuchado que es un libertino que se dedica a seducir a las jóvenes.

La señora Lambert se llevó una mano a la boca y su marido levantó la cabeza para mirar a Jennifer con gesto inquisitivo.

—¿Y dónde exactamente ha escuchado mi hija un comentario tan poco adecuado para sus oídos —preguntó el padre de Jennifer mientras Kristen miraba a su hermana con enfado.

—Solo es algo que he escuchado mientras paso desapercibida entre la gente.

—Pues deja de escuchar a escondidas —le reprendió su padre—. No necesitamos que hagas de espía y sí que te centres en comportarte como una dama.

Jennifer agachó la cabeza, avergonzada, pero no se arrepentía de lo dicho. Su hermana era muy inocente y era mejor que supiera desde un principio cómo era en realidad el hombre que estaba captando su interés.

Aunque, en ese momento, Jennifer se sintiera mezquina.

—Es cierto, querida Jenny, no debes escuchar esas… conversaciones tan poco apropiadas —le regañó también su madre—. Además, que en el pasado haya sido un libertino no quiere decir que en esta temporada no desee asentar la cabeza y busque una esposa. Todo el mundo sabe que los licenciosos reformados son los mejores maridos. Y estoy convencida de que la dulzura y la belleza de Kristen puede reformar al mencionado conde.

La cara de Kristen cambió al regresar a ella su felicidad y Jennifer comenzó a sentirse mal.

El hecho de haber sido tan desconsiderada con su hermana no había sido de ninguna utilidad, ya que Kristen seguía tan fascinada por el conde como antes.

De repente, Jennifer sintió el deseo de gritar de frustración y decidió levantarse y marcharse, antes de que volviera a decir algo fuera de tono.

—Si me disculpáis, creo que voy a retirarme un momento a mi habitación.

A nadie le extrañó su partida y todos continuaron hablando mientras Jennifer se esforzaba por alejarse a toda prisa.

No quería escuchar nada en relación al conde y su hermana, y mucho menos las palabras de ánimo que su madre le daba a Kristen para que fomentara sus encuentros.

Aun así, no fue lo bastante rápida como para no oír lo que su madre dijo a continuación.

—Ya va siendo hora de que te busques un pretendiente, Kristen. No puedes esperar a que tu hermana sea la primera en casarse por ser la mayor. Sabes que ella no alberga el deseo de contraer matrimonio, y bueno… no tiene muchas expectativas de encontrar marido en breve. Pero tú debes aprovechar el interés que el conde siente por ti…

Jennifer echó a correr deseando desaparecer y subió a su alcoba para arrojarse en su cama a llorar con desesperación.

Ella nunca se casaría, nunca tendría al hombre que amaba y, lo peor de todo, tendría que verlo entre los brazos de su hermana mientras la escuchaba suspirar de amor.

Las horas habían transcurrido sin novedades en la casa de los Lambert. Jennifer se había quedado dormida después de haber derramado un buen puñado de lágrimas, y Kristen y su madre se encontraban en el salón del té, a la espera de recibir las visitas.

Algo esperado en la casa de una joven debutante, tras una velada como la de la noche anterior.

—Kristen, deja las flores en paz y procura tranquilizarte —regañó la señora Lambert a su hija, ya que esta se encontraba tan nerviosa que no podía quedarse quieta.

—¿Crees que lord Barrington vendrá esta tarde? —preguntó Kristen a su madre mientras trataba de colocar por quinta vez el florero.

—¡Claro que vendrá! —no dudó en contestar su madre—. Lo que me preocupa es la tardanza de tu hermana.

Kristen bajó la cabeza al recordar cómo su hermana Jennifer no le había abierto la puerta de su habitación cuando ella fue a buscarla para hablar. Había notado su tristeza en el comedor y quería saber cómo se encontraba, pero solo logró oírla llorar tras la puerta cerrada. Jennifer no había querido su compañía, y eso le dolía.

En las últimas semanas, el comportamiento de Jennifer había cambiado, volviéndose más inestable. Tan pronto se entusiasmaba por algo, como la noche anterior por ir al baile, como se entristecía sin motivo aparente.

Kristen amaba a su hermana con todo su corazón y le dolía verla triste sin poder hacer nada por ella.

—Seguro que Jenny bajará en seguida —declaró Kristen—. Se

estará arreglando por si aparece el duque de Pembroke.

Sus palabras parecieron agradar a su madre, pues esta sonrió como un gato frente a un ratón acorralado.

—En ese caso —dijo Margaret Lambert—, puede tardar lo que considere necesario. El duque es un partido excelente y no está de más que tu hermana luzca lo mejor posible frente a él.

Kristen puso los ojos en blanco al escucharla. Se había inventado la excusa de que su hermana se estaba arreglando para el duque y solo esperaba no meter en problemas a Jenny.

Justo entonces apareció esta por la puerta, recuperada por completo de su ataque de lágrimas. Con total normalidad saludó a las presentes y se sentó en su lado favorito junto a la ventana que daba a los jardines. Así por lo menos podría mantenerse en un segundo plano sin llamar la atención, algo que deseaba hacer esa tarde.

—Menos mal que ya has bajado, Jenny —le dijo su madre nada más verla—. En cualquier momento llegarán los caballeros y debéis estar encantadoras.

Kristen sonrió nerviosa mientras que Jennifer se puso rígida al escuchar a su madre. La mujer parecía convencida de que su hija mayor nunca se casaría y, sin embargo, la hacía participar en los estúpidos juegos de la temporada.

—Anoche oí de nuevo rumores de que lord Barrington está buscando esposa —dijo Margaret mirando a Kristen—. Aunque lo mejor de todo es que la duquesa viuda de Pembroke insistió en que, ahora que su hijo es el nuevo duque, su siguiente paso es encontrar una esposa. ¿No te parece una maravillosa noticia, Jenny?

Por suerte, Jennifer no tuvo que contestar, ya que en ese instante llamaron a la puerta.

Como si de una señal se tratara, las mujeres se tensaron para, acto seguido, colocarse las faldas y pellizcarse las mejillas. Excepto Jennifer, que trató de cubrirse el rostro con los tirabuzones que siempre dejaba sueltos para tapar la mejilla marcada por la cicatriz.

—Sed sumisas y sonrientes. Y sobre todo, Jenny, no lleves la contraria.

Esta miró con el ceño fruncido a su madre, pues si bien era cierto que tenía carácter, solo lo dejaba escapar delante de su familia, ya que era demasiado tímida con los extraños. O mejor dicho, su cicatriz le hacía ser una criatura apocada e insulsa para no llamar la atención de nadie sobre su persona.

—Señora Lambert, lord Barrington desea visitar a la señorita Kristen. —La voz del mayordomo desde la puerta del salón las dejó en silencio por un segundo hasta que Margaret reaccionó encantada.

—Hágale pasar, señor Radcliffe.

Antes de que ninguna de las hijas pudiera decir algo, Margaret se

acercó a Kristen, la tomó del brazo y la puso de pie a su lado mientras revisaba su peinado.

—Madre, por favor, me estás poniendo nerviosa. —Kristen no dudó en regañar a su madre, acompañando sus palabras con un gesto de su mano para apartarla.

Ninguna de las dos se percató de la cara de sorpresa y luego de disgusto de Jennifer, ni de cómo esta había necesitado agarrarse a la silla para mantenerse en pie.

Su peor pesadilla se hacía cada vez más evidente, al darse cuenta de que, mientras su hermana existiera, Nash nunca tendría ojos para ella.

Unos segundos después, el hombre que habitaba en sus sueños entró sin ni siquiera dignarse a mirar a Jennifer. Él tenía todos los sentidos puestos en Kristen, que correspondía a su entusiasmo con su mirada.

Jennifer no podía soportar ver la ilusión en los ojos de él y apartó la vista mientras reprimía las lágrimas. Había dejado de ser Nash, el amable caballero que había conquistado su corazón, para convertirse en lord Barrington, el hombre que pretendía a su hermana.

—Señora Lambert, señoritas —las saludó haciendo una reverencia, aunque sin dejar de mirar a Kristen—. Es un placer volver a verlas.

—El placer es todo nuestro, lord Barrington.

—Si me permiten —dijo este mostrando un precioso ramo de rosas rojas—. Me he atrevido a traerle este presente a la señorita Lambert —anunció extendiendo su brazo hacia Kristen.

—Lord Barrington, son maravillosas —dijo ella enseguida, adelantándose para coger el ramo de sus manos e inhalar acto seguido el suave aroma.

—Le traigo también una invitación —explicó él con una brillante sonrisa.

—¿Una invitación? —intervino Margaret—. Por favor, tome asiento. Estábamos a punto de tomar el té, y sería un honor que nos acompañara.

Nash asintió y se sentó gustoso frente a las damas. Solo que Jennifer se encontraba apartada de ellos, al estar junto a la ventana. Pero a nadie pareció importarle, por lo que permaneció en su sitio.

Desde su posición, Jennifer podía observar a lord Barrington sin ser vista, así como la reacción de su hermana.

—Si se me permite, me complacería que la señorita Kristen Lambert me acompañara a visitar el Real Jardín Botánico, a ser posible, mañana por la tarde.

La mirada entre lord Barrington y Kristen se volvió tan intensa que Jennifer supo que la invitación tenía un significado especial para ellos.

—Yo... —comenzó a decir Kristen, visiblemente complacida no solo

por su oferta, sino también porque él hubiera recordado su interés por las flores—. Estaría encantada de aceptar su invitación.

Kristen no creía haberse sentido más feliz en toda su vida y, como era habitual en ella, quiso compartir esta felicidad con su hermana. Pero para su sorpresa, se encontró con la cara de Jennifer cubierta por una pesada tristeza que hundía sus ojos y palidecía su rostro.

Algo dentro de ella se rompió, al no poder ser feliz si no lo era también su hermana. Se le ocurrió que Jennifer estaba disgustada por no haber recibido la visita del duque, y decidió que tenía que hacer algo para que no se sintiera rechazada.

—Lord Barrington, comprenderá que no puedo ir sola a ese paseo.

Tanto su madre como Nash se la quedaron mirando, pero fue la mirada esperanzada de Jennifer la que Kristen notó sobre ella.

—Por supuesto, señorita Kristen —dijo Nash—. No pretendo exponerla a la censura de la buena sociedad por estar a solas en compañía de un hombre.

Complacida por su respuesta, Kristen continuó con su plan.

—En ese caso, me agradaría mucho que nos acompañase mi hermana, en lugar de mi doncella.

Por un momento todos los presentes permanecieron callados, hasta que Margaret Lambert tomó la iniciativa.

—No estoy segura de que tu hermana pueda acompañarte a ti y al conde…

—Estaré encantada —contestó Jennifer de inmediato, quien de forma impulsiva se levantó de su asiento y a punto estuvo de acercarse hasta colocarse frente a Nash.

Kristen observó satisfecha cómo la sonrisa regresaba al rostro de su hermana, sin sospechar que su alegría se debía a la posibilidad de interferir entre la creciente relación entre ella y Nash.

Para Kristen, la felicidad que ahora mostraba su hermana se debía a que esta ya no se sentía apartada, y se felicitó por haber tenido esta idea.

Por su parte, Nash se quedó paralizado al verse truncado su deseo de pasar unas horas en compañía de Kristen. Cuando le hizo la invitación, sabía que no asistiría sin acompañante, pero había pensado que su doncella sería la carabina y que esta les daría cierta intimidad, Que la otra señorita Lambert los acompañase…

Él se había dado cuenta de lo unidas que estabas las dos hermanas y no le gustaba que dependieran tanto la una de la otra. Sobre todo, porque algo en la mirada de Jennifer le decía que no pretendía dejarles a solas.

Y entonces, a Nash se le ocurrió una idea.

—Oh, acabo de recordar que mi amigo, el duque de Pembroke, me insistió en más de una ocasión en su interés por visitar el Real Jardín

Botánico. ¿No sería maravilloso que lo incluyéramos en la visita?

Jennifer supo de inmediato que él trataba de incluir a su amigo el duque para mantenerla apartada de ellos, por lo que frunció el ceño en desacuerdo. Le había gustado bailar y conversar con el duque, pero no pensaba ser una imposición para él como medio de que su hermana y el conde tuvieran más intimidad.

—No creo… —comenzó a decir, hasta que la voz más rotunda y elevada de su madre la interrumpió.

—Es una idea maravillosa, y no dudo de que mi hija Jennifer estará encantada con la incorporación del duque.

Nada más decirlo, su madre la miró con gesto desafiante, como si la retara a decir lo contrario.

Acorralada, Jennifer se giró hacia su hermana, que parecía expectante por su respuesta, al igual que el conde.

Durante unos segundos, estuvo decidida a ser terca y arruinar los planes del conde, pero luego se dio cuenta de que eso no serviría de nada. Si él quería cortejar a su hermana, sería mejor que ella estuviera presente para poder intervenir. Y si para ello tenía que soportar la presencia del duque de Pembroke, entonces lo haría gustosa.

Aunque con esta decisión, acababa de comenzar una guerra entre su hermana, el conde y ella misma.

—Será un placer —accedió Jennifer al fin, mientras buscaba mil maneras de hacer que la visita al Real Jardín Botánico no resultara como el conde esperaba.

—Excelente —concluyó Nash mostrando una radiante sonrisa, sin saber que se encontraba frente a una mujer resuelta a hacerse valorar por él y que así dejara de lado a su hermana.

Mientras, ajenas a los planes de Jennifer de conquistar al conde, tanto Margaret como Kristen respiraban aliviadas, una al ver a su hermana feliz, y la otra al saber que sus dos hijas tenían una cita con dos caballeros envidiables.

¿Qué podría suceder para que ambas no atrapasen a dichos caballeros?

Capítulo 6

Tras la visita de lord Barrington y haber presenciado el entusiasmo de Kristen por el caballero, Jennifer estaba más decidida que nunca a interferir en la relación que podía estar formándose entre ellos.

Lo había estado pensando durante toda la noche, y era preciso hacer algo lo antes posible.

Reconocía que no le agradaba hacer el papel de malvada en toda esta historia, pero no podía quedarse de brazos cruzados mientras perdía al hombre al que amaba.

Era lógico pensar que su hermana sufriera por unos días, pero estaba segura de que, poco a poco, Kristen se daría cuenta de que su inexperiencia le había hecho creer que podía haber algo entre ella y lord Barrington.

Jennifer se había levantado esa mañana muy animada con la intención de hablar con su hermana, pero, por algún motivo u otro, lo había estado posponiendo. Ahora, a escasa media hora para que salieran al encuentro de los caballeros, Jennifer, ya vestida, se miraba al espejo preguntándose si tendría el valor para enfrentarse a Kristen.

—Vamos, Jenny, debes hacerlo —dijo en voz alta.

—¿Decía algo, señorita? —La pregunta de Fanny, su doncella, hizo que Jennifer se sobresaltara, pues creía que la muchacha ya se había marchado. Una prueba más de que debía hablar con su hermana lo antes posible si no quería sufrir un ataque de nervios.

—No, Fanny, puedes irte. —Fanny asintió, pero cuando estaba a punto de salir por la puerta, Jennifer la detuvo—. ¿Sabes si está mi hermana aún en su habitación?

Fanny se quedó pensativa por un instante.

—No se lo puedo asegurar, señorita, pero su hermana siempre tarda más que usted en arreglarse. Si quiere, puedo ir a comprobarlo.

—No hace falta, Fanny —dijo Jennifer de inmediato—. Ya me ocupo yo.

Sin más, Fanny la dejó a solas. Jennifer se miró por última vez en el espejo para después dirigirse hacia la alcoba de Kristen.

Había llegado el momento de hablar con ella y contarle toda la verdad que albergaba en su corazón.

No tardó en llegar a la puerta de la habitación de su hermana y, sin dar tiempo a sus dudas, llamó y entró de inmediato.

Jennifer se quedó congelada ante la visión de su hermana.

Estaba absolutamente preciosa. Había elegido un vestido de muselina de color verde pálido, cuyo dobladillo tenía un delicado bordado con flores de primavera. Era de cintura alta y mucho espacio en el corpiño. La falda colgaba sin fuerza alrededor de las piernas, y lo había combinado con una cofia de paja y una cinta del mismo color verde. Sus rizos asomaban por debajo, y sus guantes eran de un blanco sedoso que se detenían en la muñeca. Llevaba un retículo y una sombrilla, y en conjunto su figura se veía realzada, así como su belleza.

Al verla, Jennifer se sintió pequeña y simple con su vestido azul sin apenas adornos para no destacar, y se preguntó qué posibilidades podía tener ella frente a la hermosura de su hermana.

Debía reconocer que estaba celosa, no solo de su juventud y su belleza, sino de su ausencia de vanidad o malicia. Como la que sí tenía ella.

—Oh, Jenny, me alegro de que hayas venido. No estoy segura de qué sombrero elegir. —El entusiasmo de Kristen habría sido contagioso, si Jennifer no se sintiera tan miserable.

El sombrero, algo que las mujeres utilizaban para remarcar su belleza, era para Jennifer la manera de ocultar su cicatriz al mundo.

Por algún motivo, esta había olvidado su fea cicatriz, preguntándose ahora qué posibilidades reales tenía con el conde, cuando su rostro estaba marcado de una forma tan atroz.

—Jenny, ¿te pasa algo? —Toda la alegría desapareció de la cara de Kristen, quedando tan solo la preocupación por su hermana. Algo que entristeció más a Jennifer.

—No, nada, Kristi. Es solo que estoy un poco nerviosa por la cita. —No mintió del todo, al ser verdad que temía cómo se tomaría el conde que Kristen dejara de perseguir sus favores y pasara a hacerlo ella.

—Te comprendo. Yo apenas he podido dormir esta noche ni probar bocado. Solo espero no caer desmayada en medio del paseo o lanzarme a cualquier árbol frutal, si es que nos encontramos con alguno.

Ambas rieron, aunque la sonrisa de Jennifer fue tensa.

—No te preocupes. No permitiré que te pase nada —aseguró Jennifer, y de pronto se quedó pensativa.

Durante toda su vida, lo más importante para ella había sido su hermana pequeña. Había sido su mejor amiga, su confidente y la persona por la que hubiera dado la vida sin dudarlo. Y ahora se proponía dañarla de una forma vil y despiadada.

Observó su juventud, su inocencia y su sinceridad, y se sintió aún más miserable.

Iba a destrozarla. A romper su confianza y posiblemente estropear la relación entre ambas por… un hombre. ¿Valía la pena?

—Jennifer, no me gusta verte tan seria —dijo Kristen al mismo tiempo que se acercaba a ella y le cogía las manos—. ¿De verdad que estás bien?

Jennifer estuvo a punto de abrazarla y pedirle perdón por lo que pretendía hacer. Por causarle daño, pero en su lugar sonrió.

—Estoy bien, en serio.

Kristen no debió de creerla, pues la miró fijamente como si tratara de descubrir su secreto. Esto puso nerviosa a Jennifer, que trató de ocultar sus pensamientos.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

—Lo sé. —Jennifer asintió, aunque era una mentira. No podía contarle lo que pretendía hacer, no en ese momento, pues no se sentía con las fuerzas necesarias para ello.

Así que calló y se las arregló para mantener una sonrisa en su rostro, hasta que estuvieron en el carruaje. En su interior, Kristen estaba tan agitada que Jennifer no tuvo la necesidad de disimular, ya que su hermana solo estaba pendiente de mirar por la ventanilla.

—Por mucho que mires por el cristal no vamos a llegar antes —dijo Jennifer en un intento de tranquilizar tanto a Kristen como a sí misma.

—Lo sé —contestó Kristen con una sonrisa—. Pero estoy impaciente por ver a lord Barrington.

Jennifer no quería hablar del conde en ese instante, pero su hermana decidió que ese era el momento indicado para hacerle una confesión.

—Me gustaría contarte un secreto.

Jennifer se tensó en el acto y deseó no haber abierto la boca. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás, sobre todo, cuando su hermana se había adelantado en su asiento y le había cogido las manos.

—Hay alguien en quien no puedo dejar de pensar.

«Por favor, no digas que es lord Barrington. Di cualquier otro nombre menos el suyo, te lo ruego», pensó Jennifer, al no estar segura de cómo iba a reaccionar si su hermana pronunciaba el nombre del hombre al que ella amaba.

Sintió la boca seca y las manos sudorosas, pero, a pesar de ello, Jennifer logró reunir las fuerzas necesarias para hacer una pregunta.

—¿Quién es?

—Lord Barrington. —Al escucharla, Jennifer deseó poder bajarse del carruaje y gritar. Decirle a su hermana que nunca sería suyo, que nunca lo permitiría. En su lugar, tragó el mayor dolor que jamás había sentido en su pecho y trató de reponerse.

Solo al cabo de unos segundos, y sintiendo la mirada escrutadora de su hermana, Jennifer fue capaz de hablar y, como no podía ser de otra manera, fueron los celos los que hablaron por ella.

—Apenas lo conoces, y además, eres demasiado joven para sentir algo tan pronto por el conde. —Jennifer se negó a nombrar a Nash ante su hermana.

—Sé que apenas lo conozco y es lógico que desconfíes de mis sentimientos por él a causa de mi edad —le contestó Kristen—, pero te aseguro que lo que siento por él es puro y real. Lo noto cuando lo veo o lo tengo cerca. Lo sé en mi interior.

«Tú no sabes nada del amor», estuvo tentada a decirle Jennifer, pero en su lugar respiró hondo para calmarse y aprovechar la oportunidad para hacerle ver a su hermana que el conde no era un buen partido para ella.

—Te recuerdo que él es un hombre experimentado y con fama de mujeriego. Debes tener en cuenta este hecho antes de comenzar a hablar de sentimientos.

—Pero…

Jennifer la detuvo alzando una mano.

—No digo que tú no creas real lo que sientes por él, lo que trato de decirte es que es posible que él solo esté... tratando de pasar un rato agradable con una mujer hermosa. Nada más. —No quería ser demasiado cruel con su hermana y meterle en la cabeza que él solo pretendía jugar con ella.

—No creo que sea así, aunque entiendo que lo pienses. —Jennifer estuvo a punto de bufar al escuchar hablar a su hermana de una forma tan condescendiente—. Pero desde que bailamos juntos y conversamos, es como si algo nos uniera. Como si estuviéramos destinados a estar juntos y solo en la compañía del otro nos sintiéramos completos.

Jennifer estuvo a punto de poner los ojos en blanco. ¿Estaba hablando su hermana del destino? Eso solo sucedía en las novelas románticas. Era cierto que ella se sintió profundamente atraída por lord Barrington desde que se mostró amable con ella, pero se trataba de algo tan mundano como una atracción inmediata por un hombre atractivo y gentil, que había comenzado con una opresión en el pecho y, tras pensarlo, había llegado a la conclusión de que debía de ser amor. No fue una unión mística.

—El problema es que no sé si él piensa lo mismo de mí, y eso me está consumiendo —declaró Kristen—. Por la forma en que me mira y me sonríe creo que sí, pero, como bien has dicho, soy demasiado joven como para poder distinguir la verdad de un simple flirteo. Menos aún con un caballero tan versado en el arte del amor, como lo es lord Barrington.

—En efecto. No debes olvidar su fama de mujeriego —le recordó Jennifer a su hermana para que lo tuviera siempre bien presente.

—Por eso necesito a alguien imparcial y poco dado al romanticismo. Para que nos observe juntos y me diga si ve algo en él que indique que para el conde es solo un juego.

Kristen la miró fijamente hasta que Jennifer comprendió lo que ella le pedía.

—¡No! —exclamó Jennifer cuando lo entendió. Ella no era imparcial y no estaba dispuesta a observarlos mientras los dos paseaban juntos por el Real Jardín Botánico—. Rotundamente no.

—Pero no puedo pedírselo a nadie más...

Jennifer seguía negando con la cabeza cuando el carruaje se acercaba a su destino.

—No puedo —volvió a decir, mientras su hermana la miraba con cariño y los ojos cargados de súplica.

—Por favor, Jenny.

Ante Jennifer apareció la imagen de su hermana pequeña, siempre feliz y siempre a su lado. La recordó cuando se caía y corría hacia ella, en lugar de acudir a su madre, o cómo era la única que podía consolarla cuando se asustaba por una pesadilla o una tormenta.

La mujer que la miraba suplicante al otro lado de su asiento, no era una dama cualquiera. Era su hermana pequeña.

—Está bien. —Jennifer se vio forzada a aceptar, deseando que sus celos y su amor por lord Barrington no fueran tan grandes y así no sentirse tan despreciable en ese momento—. Lo haré.

Ahora solo quedaba esperar qué sucedería después de este encuentro. Jennifer no sabía si lograría apartarse en caso de ser testigo de algún atisbo de amor entre lord Barrington y su hermana, o por el contrario, si sus celos le harían mentir para separarlos para siempre.

Capítulo 7

El carruaje de las hermanas Lambert se detuvo frente a las escalinatas del Real Jardín Botánico, donde dos caballeros esperaban impacientes su llegada.

En el interior del carruaje, Kristen no pudo evitar sonreír al advertir la presencia de lord Barrington que, encantado, se adelantó para recibirlas.

—Los caballeros ya han llegado —dijo Kristen emocionada, sin poder apartar la vista del conde.

Jennifer también estuvo tentada a mirar, pero en su lugar prefirió comprobar que su sombrero de ala ancha estaba perfectamente ladeado para ocultar en lo posible su cicatriz.

Notó que sus manos temblaban y rezó para que sus fuerzas no le fallaran cuando tuviera que presenciar el encuentro entre su hermana y el conde.

Como era de imaginar, Kristen fue la primera en bajar del carruaje, sin apenas esperar la ayuda del lacayo. Jennifer la siguió mucho más despacio, con un nudo en el estómago tan fuerte que temió enfermar.

Fanny fue la única que apreció la ayuda del lacayo para bajar del pescante. No era frecuente que la doncella viajara junto al cochero, pero Jennifer no tuvo problemas en darle su permiso al saber que Fanny y el cochero eran novios.

Tras las presentaciones formales del conde, y al ver que este apenas le prestaba atención para centrarse en su hermana, Jennifer suspiró resignada ante tantas parejas que parecían felices de estar juntas. Todos menos ella, que iba a ser la acompañante impuesta del duque.

Al levantar la vista, Jennifer se vio deslumbrada por la intensa luz del sol, pero también por la mirada del duque de Pembroke.

Kristen ya estaba hablando entusiasmada con lord Barrington, como si fueran viejos conocidos y no tuvieran problemas para congeniar. Por su parte, Jennifer no podía deshacerse de una sensación de intranquilidad cuando el duque se acercó a ella. ¿Cómo podía estar más nerviosa ante la presencia del duque que la de lord Barrington?

—Buenas tardes, señorita Lambert. —Él le sonrió al inclinarse, pero fue la suave y a la vez profunda voz del caballero lo que más la sorprendió, y no que un duque se inclinara ante ella.

—Buenas tardes, Excelencia. —Jennifer correspondió a su

reverencia y, en un acto reflejo, al enderezarse, se llevó una mano al cabello que caía libre por su mejilla para situarlo justo en su cicatriz. Un gesto que no le pasó desapercibido al duque—. Fue una sorpresa recibir su invitación. No pensé que le interesaba la botánica.

Jennifer no sabía por qué trató de provocarle con esas palabras, pero tal vez se debía a lo nerviosa que la había puesto él al acercarse, o al poco caso que le había hecho el conde, que solo le dirigió un simple saludo cordial al bajar ella del carruaje.

—¿Eso piensa? —El duque le sonrió y Jennifer sintió que sus rodillas le temblaban al darse cuenta de lo guapo que era. Bañado por la luz del sol, su cabello oscuro brillaba, así como su mirada fija en ella. Como si quisiera saberlo todo de su persona… —Por suerte, el duque no tardó en ofrecerle su brazo y, tras apoyarse en él para comenzar el paseo, Jennifer se reprendió por su reacción, la cual debía de haber tenido ante lord Barrington—. Aunque debo reconocer que nunca he visitado estas instalaciones y me sorprendió un poco la petición de mi amigo lord Barrington de acompañarles.

—¿Creía que sentía interés por conocer este sitio? —preguntó Jennifer, empezando a sospechar que todo había sido una trampa del conde para estar a solas con su hermana.

Comenzaron a subir la escalinata y a atravesar las columnas que custodiaban la entrada del espléndido lugar. La primera pareja en entrar fue Kristen y el conde, seguidos de Jennifer y el duque. Y por supuesto, tras ellos iba Fanny, que les seguía a una prudente distancia mientras permanecía a la espera de la llegada del cochero.

—Me parece interesante y por ese motivo no rechacé la invitación —dijo el duque—, además de por la oportunidad de disfrutar de una excelente compañía, por supuesto.

—Pero… —Jennifer no quiso detenerse en apreciar el cumplido, le interesaba más saber que la invitación había sido una trampa para ella y una imposición para el duque.

James la miró extrañado y trató de ser lo más educado posible, al no querer dejar en mal lugar a su amigo o insinuar que no le agradaba su actual compañera de paseo.

—No hay ningún pero, señorita Lambert. Lord Barrington me comentó que visitarían el Real Jardín Botánico y me preguntó si quería acompañarle junto a las hermanas Lambert. No vi ningún motivo para declinar su oferta.

—No quiero ser una imposición. —Jennifer intentó retirar su brazo del duque, pero descubrió que el brazo de él se apretaba alrededor del suyo, negándose a soltarlo.

—Y le aseguro que no lo es. —La voz de James parecía sincera, pero Jennifer no se sintió preparada para mirarle.

Solo podía ver a su hermana alejándose cada vez más con paso

apresurado.

—Aunque yo mismo no haya cursado la invitación, eso no significa que esté decepcionado por ella —dijo él con calma, consiguiendo que Jennifer se sintiera más nerviosa ante su cercanía—. Es más, estoy encantado de disfrutar de un día tan espléndido con una dama tan hermosa.

Jennifer se detuvo en el acto y se separó de él, dejando bien claro su enfado.

—Sé muy bien cómo es mi aspecto, Excelencia, por lo que no me gusta que me regalen lisonjas carentes de verdad. Prefiero la sinceridad y no tolero las burlas.

James se quedó perplejo. No esperaba esa muestra de carácter en una dama, menos aún en público y en alguien que apenas se atrevía a mirarlo a los ojos. Pero le gustó, al indicarle que la mujer tenía fuego en su interior y que su mansedumbre era solo fachada.

—No sé lo que ve cuando se mira al espejo, señorita Lambert, pero le aseguro que mis palabras son sinceras. Y por supuesto, debe creerme cuando le digo que no soy un hombre dado a la mentira, la manipulación, o aficionado al flirteo insulso.

—Entonces, dígame la verdad de por qué está aquí —inquirió ella con las cejas alzadas, consiguiendo que James sonriera ligeramente.

—Si le dijera que me agradó nuestra conversación de la otra noche y que me gustaría conocerla en más profundidad, ¿me creería? —Él hizo una breve pausa en su paseo, esperando la respuesta de ella.

—No estoy segura. —Jennifer frunció el ceño, lo cual complació a James—. No hay mucha gente que sienta interés por conocerme.

—En tal caso, estaré encantado de ser el primero.

Y sin más, el duque volvió a ofrecerle su brazo y continuaron su paseo, aunque ahora visiblemente más relajados.

—Hace un día precioso para pasear, ¿no le parece, señorita Lambert? —preguntó Nash mientras caminaba junto a Kristen, a unos metros por delante de los demás. Algo que, por supuesto, había ocasionado él de forma intencionada.

—En efecto, lord Barrington, parece que el sol nos ha querido acompañar en nuestra visita.

Con la mano de Kristen sobre su brazo, Nash se sentía el hombre más afortunado del mundo. Quería complacerla y demostrarle su interés sincero por ella, pero debía reconocer que no estaba acostumbrado a cortejar a jóvenes debutantes.

A lo largo de los años, se había vuelto un experto en seducir a

viudas, actrices y damas de dudosa reputación que buscaban las mismas diversiones que él. Pero la señorita Kristen era diferente.

Lo había cautivado, no solo por su belleza, sino su dulzura y su falta de prepotencia, engreimiento o petulancia, que tanto abundaba en los salones londinenses. Ella era, en una palabra, sincera, y eso era una virtud extremadamente difícil de encontrar en la alta sociedad.

—Es posible que no me crea, pero ayer encargué este sol radiante especialmente para usted.

Kristen no pudo calmar su risa, que salió espontánea entre sus labios, llamando la atención de los presentes. Ellos ya llevaban un tiempo paseando y hablando de forma relajada, y parecía que él tenía una sorprendente facilidad para hacerla reír. También tenían muchos intereses en común, lo que en un principio sorprendió a ambos.

—Debe disculparme si no le creo —respondió Kristen—, pero me parece que el sol de esta mañana se debe al capricho de la primavera, y no al de usted.

—Me ofende. —Nash exageró su respuesta llevándose la mano al pecho, al mismo tiempo que trataba de contener su risa—. ¿Me está diciendo que no me cree capaz de hacerlo?

Kristen no tenía mucha experiencia con los hombres, pero se dio cuenta de que él trataba de hacerla reír con su picardía.

La verdad era que le encantaba el jugueteo, por lo que no tuvo ningún inconveniente en seguirle la broma.

—Le estoy diciendo que ya intenté convencer al sol para que saliera para mí y, por desgracia, no pude conseguirlo —declaró ella.

—¡Ah! Pero seguro que usted no le aseguró primero lo encantadora que estaría esta mañana.

Kristen rio y negó con la cabeza.

—He de confesar que no.

Por un momento, Kristen se quedó pensativa, ya que no quería preguntarle algo que ninguna dama educada preguntaría a un caballero, pero había oído tanto hablar de libertinos y damas descaradas, que su curiosidad le hacía olvidar el decoro, por lo que se armó de valor y, esperando que el conde no se ofendiera, le formuló la pregunta cuya respuesta ansiaba saber.

—Dígame, lord Barrington. ¿Es así como seduce a las damas?

Por su reacción, estaba claro que lo tomó por sorpresa. Nash se detuvo, la miró, y Kristen habría jurado que por un breve segundo lo vio enrojecer.

—No pretendía ofenderlo. —Kristen se dispuso a rectificar su error en el acto, y esperó que esta indiscreción no arruinara el interés del conde por ella.

—Tranquila. No lo ha hecho. —Él parecía pensativo, pero todo rastro de asombro desapareció en seguida de su rostro y Kristen pudo

relajarse un poco—. Para serle sincero, sí, a las damas suelen complacerles los halagos, por lo que es una estrategia que siempre da buenos resultados.

Nash no sabía si había sido sensato hablarle a una debutante de una forma tan directa, pero la señorita Kristen no era una joven cualquiera, y él no quería que hubiera secretos u obstáculos entre ellos.

No cuando su interés por ella crecía cuanto más la conocía y no estaba seguro de hasta dónde podía llegar su relación.

—Entonces, le agradezco que no los utilice conmigo. —Ella parecía complacida con su respuesta—. Dígame solo la verdad de sus pensamientos, y no lo que cree usted que quiero escuchar.

—Estaré gustoso de hacerlo, pero… con una condición —dijo él mostrando una brillante sonrisa, por lo que Kristen intuyó, a pesar de apenas conocerle, que iba a sorprenderla con alguna petición.

Expectante ante lo que él pudiera pedirle, asintió y lo miró emocionada.

—Usted debe hacer lo mismo conmigo. —La voz de Nash sonó tan seria y a la vez tan dulce, que Kristen se estremeció. Él había dejado atrás el juego, convirtiendo su conversación casual en algo más serio.

Pero Kristen estaba más que dispuesta a aceptar su oferta y, para sorpresa del conde, se paró frente a él y le extendió la mano.

—Trato hecho.

Por un segundo, él no supo que hacer, pues no había estrechado nunca la mano de una dama. Hasta que recordó que Kristen era la hija de un hombre de negocios, por lo que habría visto hacer ese gesto con frecuencia.

Sonrió y estuvo tentado de decirle que no era apropiado para una dama, pero le gustó más esa parte traviesa y natural de la señorita Lambert. A fin de cuentas, eso era precisamente lo que él le acababa de pedir, que fuera siempre ella misma.

Aún así, su parte libertina no pudo evitar desaprovechar la oportunidad de jugar un poco con ella.

—Me sorprende, señorita Kristen.

—Pues acaba de conocerme, lord Barrington. Todavía le queda mucho de lo que sorprenderse.

Nash se quedó mirando esos ojos profundos y verdes y lo supo. Con su sonrisa, su sinceridad y su valentía de ser ella misma frente al mundo, lo había cautivado.

—De eso estoy convencido.

Ambas parejas continuaron su visita al Real Jardín Botánico sin mayores incidentes que alguna risa casual o la mirada reprobatoria de una matrona demasiado severa. Pero eso no pareció importarles, hasta que Jennifer se percató del tiempo que llevaba sin ver a Kristen y al conde.

—Debo regresar cuanto antes junto a mi hermana.

Habían tomado un camino diferente hacia otras salas de exposición, por lo que no estaban a la vista ni el conde y Kristen ni tampoco Fanny. Por lo menos le quedaba el consuelo de que su criada debía estar siguiendo a su hermana menor, impidiendo así que lord Barrington se aprovechara de ella.

Al pensar en eso se estremeció y deseó salir corriendo a su encuentro. Pero ¿por qué había tenido esa reacción tan brusca ante la idea de que el conde estuviera a solas con su hermana? ¿Por celos por no ser ella, o por el peligro de dejar a solas con un libertino a su inocente hermana pequeña?

James se percató de su intranquilidad y se dispuso a calmarla.

—No debe preocuparse por su hermana. Mi amigo jamás se aprovecharía de una dama. Y menos aún de una debutante tan joven como lo es su hermana.

—No puedo estar segura de ello. Tengo entendido que el conde es un libertino y fue un error dejarlos a solas. No importa que las intenciones de lord Barrington sean nobles, cualquier indiscreción de ambos podría traer repercusiones nefastas para mi hermana.

Jennifer se agarró a esa idea, al no soportar el pensamiento de que su nerviosismo no se debía a su preocupación por Kristen, sino por celos. De ser así, sería una mujer mezquina, y odiaba serlo.

—Entiendo que no confíe en el conde, ya que no lo conoce, pero usted sí conoce a su hermana y debe de saber que puede confiar en ella.

Jennifer lo sabía. Conocía a su Kristen, y estaba segura de que ella no haría nada impropio, puesto que no era una mujer impulsiva y sin juicio, pero no podía evitar ese nudo en el estómago al pensar en ellos dos a solas.

¿De qué estarían hablando? ¿Se reforzarían los sentimientos de Kristen por el conde al estar juntos? Y el conde, ¿se acabaría enamorando de su hermana?

«Eres una tonta», se reprendió en silencio por haberse dejado llevar por la agradable y seductora conversación del duque, haciéndole olvidar que su propósito era conquistar a lord Barrington.

Pero no tuvo que hacerse más preguntas por más tiempo, al verlos aparecer justo en ese instante.

—¿Ve? Le dije que no debía de preocuparse —le recordó James—. Posiblemente venían tras nosotros todo este tiempo.

Era evidente que el duque quería tranquilizarla, pero él no entendía la causa de su nerviosismo, por lo que no podía saber que hasta que Jennifer no los viera de cerca, no se calmaría por completo.

Mientras se aproximaban, Jennifer pudo ver sus expresiones y sintió una fuerte opresión en su pecho. Kristen presentaba una deslumbrante sonrisa, viéndose relajada y con la cabeza inclinada hacia Nash; estaba casi... radiante.

Nunca había visto a su hermana con ese aspecto y ni la visión de Fanny a sus espaldas consiguió apaciguarla. ¿Qué había sucedido entre Kristen y el conde para que ella pareciera tan feliz?

—Su amigo debe de ser un gran conversador —le dijo a James, ganándose su mirada.

—Bueno, Nash sabe ciertamente cómo agradar a las personas —repuso el duque sin querer mencionar la habilidad del conde para seducir a las damas, con objeto de no alterar más a su preocupada compañía.

Pero era lógico que ella se mostrara tan agitada. De hecho, si él tuviera una hermana debutante y hubiera estado a solas con su amigo, posiblemente estaría igual de nervioso que la señorita Lambert. Puede que incluso más, al saber más de la vida y de los hombres que una dama soltera.

Para tratar de calmarla un poco se le ocurrió mostrar al conde más como a un posible pretendiente para su hermana, que como un libertino. Por supuesto, James no sabía nada de los celos cada vez mayores de Jennifer.

—Creo que el conde siente una admiración particular por su hermana —declaró James.

Escuchar esas palabras fue igual de impactante para Jennifer que recibir un cubo de agua helada por la cabeza. Todo su cuerpo se estremeció y sintió un escalofrío muy desagradable recorriendo su columna vertebral.

—¿Me está diciendo que su amigo lord Barrington está interesado en Kristen? —Jennifer necesitaba saberlo casi tanto como respirar.

—Por cómo habla de ella desde la noche del baile, ciertamente estoy convencido —aseguró James, sin saber el dolor que le estaba causando a Jennifer.

Tanto Kristen como el conde parecían ajenos a la presencia de Jennifer y James, inmersos en su propia conversación. Cuando Kristen volvió a reírse de algo que dijo lord Barrington, algo dentro de Jennifer se rompió en mil pedazos.

Solo entonces esta advirtió las miradas furtivas de otros visitantes, que no iban dirigidas solo hacia Kristen, sino hacia ella misma, a la vez que señalaban incluso en su dirección.

Jennifer estuvo tentada de tocarse la mejilla, pero no le hacía falta

hacerlo para saber que la odiada cicatriz seguía afeándola y causando la repulsión de cuantos la miraban. Deseó salir corriendo.

Durante una hora había olvidado que era fea y despreciable. El duque había conseguido que no lo recordara con su conversación interesante y sus miradas sin discriminación, censura o disgusto. Pero el resto del mundo siempre estaría ahí para recordarle que nadie, jamás, podría verla como a una mujer, tan solo como una cicatriz en una cara.

Y por lo que podía ver, ni siquiera lord Barrington se había dignado a mirarla. ¿Qué más podía ser para él aparte de la hermana solterona y repudiada de Kristen? O simplemente, nadie.

Jennifer sintió las lágrimas a punto de caer por sus mejillas y se puso la coraza que tantas veces la había protegido de la dureza del mundo.

—¿Está disgustada, señorita Lambert? —La voz del duque estaba llena de preocupación mientras volvía a colocar la mano de ella en su brazo.

Jennifer sintió un escalofrío de placer ante su contacto, pero estaba demasiado afectada como para apreciarlo.

En su lugar, contestó con toda la frialdad que le fue posible reunir.

—No se preocupe por mí, Excelencia. Estoy acostumbrada a ser el centro de los cotilleos y los desplantes —dijo moviendo la cabeza hacia los transeúntes que se habían detenido para mirarla y señalar su rostro. Le resultaba más fácil enfrentarse a ellos por la fuerza de la costumbre, que a sus sentimientos por su hermana y lord Barrington.

—No diga eso —respondió él sorprendiéndola—. No tiene por qué conformarse con ser la víctima.

—¿Cómo se atreve? —dijo Jennifer indignada, no por sus palabras, sino por todo lo que estaba sintiendo. Y ahora… ahora este hombre se atrevía a opinar sin saber lo que significaba una vida entera cargada de dolor, sombras y aislamiento—. Usted no sabe lo que supone vivir marcada y que todos te lo recuerden.

—Tiene razón, no lo sé. Pero sí sé que dentro de usted hay un coraje capaz de dejar a un lado todo esto —dijo señalando al grupo de personas que ya se alejaban cuchicheando—. Es una lástima que yo haya visto esa energía en tan poco tiempo, y que usted no la haya visto tras una vida entera conviviendo con ella.

Jennifer no pudo contestarle, ya que frente a ella estaba su hermana y lord Barrington, y al desear con todas sus fuerzas marcharse cuanto antes.

Capítulo 8

La siguiente semana fue un verdadero infierno para Jennifer. No solo tuvo que soportar las visitas constantes de lord Barrington para ver a su hermana Kristen, sino que esta irradiaba tanta felicidad e entusiasmo que Jennifer apenas podía permanecer a su lado.

Le resultaba muy duro darse cuenta del poco interés del conde por ella, y en más de una ocasión se preguntó si eso habría sido diferente si no hubiera existido Kristen.

Por supuesto que Jennifer no quería que le sucediera nada malo a su hermana, pero no podía evitar pensar qué distinto habría sido su relación con lord Barrington sin la intromisión de Kristen.

Pero eso no había sido lo único malo de la semana. Su madre no había dejado de preguntarle sobre el duque de Pembroke, repitiéndole una y otra vez si creía que este las volvería a visitar.

Jennifer estaba segura de perder la cordura si tenía que soportar otro día igual, pero, por desgracia, esa noche todo iba a empeorar, ya que debía asistir a la ópera por invitación de lord Barrington.

—Vamos, queridas —volvió a insistir la señora Lambert para que aligeraran el paso—. La ópera está a punto de comenzar y no queremos hacer esperar al conde, ¿verdad?

Las dos hermanas Lambert comenzaron a subir los escalones de piedra de la entrada del teatro junto a sus padres y luego atravesaron la gran entrada de dos puertas.

Para alegría de Kristen y por su puesto de su madre, lord Barrington ya estaba allí esperándoles, con un atuendo de gala impecable y visiblemente complacido al verlos.

Jennifer se sintió insignificante ante el breve saludo del conde hacia ella, en comparación con la radiante sonrisa que él le dirigió a su hermana.

Por suerte, no tardaron mucho en dirigirse al palco, donde Jennifer esperaba que la oscuridad que este ofrecía le diera la oportunidad de serenarse.

Los cinco subieron en dirección al palco, situado en lo alto de la platea del teatro, desde el que tenían una vista perfecta del escenario.

Por desgracia, Jennifer era la única desparejada, por lo que tuvo que caminar tras su hermana pequeña para más humillación.

—Dígame, lord Barrington, ¿no va a acompañarnos esta noche Su Excelencia, el duque de Pembroke? —preguntó la señora Lambert mirando de reojo a su hija mayor mientras todos ocupaban sus

asientos.

—Su Excelencia me ha pedido que les comunique que se acercará a saludarles en el descanso. Por desgracia, su madre ha insistido en acompañarlo esta noche junto a lady Caroline, y han preferido ocupar su palco.

—¡Oh! —Fue la única respuesta de Margaret, aunque no dudó en dirigir una mirada a Jennifer para ver su reacción.

Pero Jennifer estaba más interesada en saber qué lugar ocuparía ella y su hermana, y si sería apropiado que se sentara entre el conde y Kristen.

Su madre debió de haberse dado cuenta de sus intenciones, así como su hermana, pues Margaret no tardó en coger a Jennifer del brazo para atraerla a su lado.

—Ven, Jennifer. Siéntate junto a mí. A ti te encanta *La flauta mágica* y no podrás ver nada desde la segunda fila.

Jennifer lanzó una mirada dura a su madre, pero no le quedó más remedio que obedecerla para no formar un escándalo. Aún así, no estaba dispuesta a dejar al conde y a su hermana a solas y a oscuras detrás de ellos.

—¿Crees que es buena idea dejar a lord Barrington a solas junto a Kristi? —susurró Jennifer cerca de su madre, pero el conde debió de escucharla, pues se tensó al instante.

—No seas tonta. No están a solas, solo detrás de nosotros. —Y bajando la voz para que nadie la escuchara prosiguió—: Además, solo pueden conversar y cogerse de la mano.

Jennifer tragó saliva al imaginárselo y quiso gritarle a su madre que no le importaba el decoro de su hermana, sino el hecho de que esta tuviera algún tipo de intimidad con lord Barrington y así conseguir que su interés por ella aumentase.

—Vamos, sentémonos —insistió su madre cuando las luces comenzaron a parpadear, señal de que la ópera iba a dar comienzo.

Sin poder hacer nada, Jennifer solo pudo sentarse y escuchar hablar a la joven pareja que estaba a sus espaldas.

—Mira, Jennifer, el duque de Pembroke está frente a nosotros —le dijo su madre en voz baja.

Jennifer alzó la vista y, como si algo o alguien la guiara, no tardó en divisarlo, encontrando los ojos del duque fijos en ella. Por unos segundos ambos se mantuvieron la mirada, hasta que Jennifer se vio obligada a apartarla. Pese a todo, segundos después volvió a sentir la sensación de ser observada y, tras elevar la vista de nuevo hacia el palco del duque, encontró que este la estaba contemplando.

Solo entonces ella asintió con la cabeza y, tras una sonrisa, el duque le devolvió el saludo.

A Jennifer le pareció ver cómo la madre del duque le llamaba la

atención para hablar con él, rompiendo así su conexión. Incluso le pareció ver que la duquesa viuda de Pembroke la miró después con enfado, pero Jennifer creyó que se lo estaba imaginando y se concentró en la visión de la serpiente acechando al protagonista de la ópera.

—Creo que no le caigo bien a su hermana —susurró Nash a Kristen para que nadie les oyera—. ¿Es por mi reputación?

—Lamento que se haya dado cuenta. —Kristen suspiró—. Debe comprender que mi hermana se preocupe por mí y desconfíe de sus intenciones, después de haber escuchado ciertos rumores. Pero puedo asegurarle que a mí no me importa lo que los demás digan de usted.

La convicción en sus palabras hizo que Nash hinchara su pecho de orgullo. No se había equivocado con la señorita Lambert al ver en ella a una dama sensata y juiciosa, a pesar de su juventud.

En ese instante se prometió a sí mismo que le demostraría a todo el mundo, y a la hermana mayor especial, que sus intenciones con Kristen eran honorables. Se había dado cuenta de la importancia de esta para Jennifer, y solo por ese motivo le debía una aclaración.

—Le agradezco la confianza que deposita en mi persona —dijo Nash—. No hay muchas damas que creyeran en la palabra de un caballero frente a los rumores que circulan sobre él. Aunque debo confesarle que todo lo que se dijo de mi en el pasado, lamentablemente es cierto.

—Como usted bien ha dicho, los rumores que he escuchado de usted hacen referencia a su pasado, no a su presente. —Kristen le sostuvo la mirada, con sus ojos verdes clavados en él—. Ambos sabemos el daño que pueden causar los cotilleos, por eso no pienso hacerles caso. Tomaré mi propia decisión sobre usted a medida que lo vaya conociendo.

Nash sintió algo extraño y maravilloso en su pecho, algo que nunca había sentido antes, y que sin duda lo había provocado la confianza de la señorita Lambert.

Había sido una suerte conocer a alguien como ella que, no solo poseía la belleza y la dulzura de una joven debutante, sino que, además, su compañía era bastante agradable. Pero no todo quedaba ahí, Kristen era alguien que compartía sus intereses, así como una mente abierta y diferente a cualquier otra dama.

—Es usted una mujer poco común, señorita Lambert, y si no temiera la reacción de su familia, la besaría. —A Nash le complació verla sonrojarse y cómo trató de disimular una sonrisa.

El deseo que lo envolvió fue tan intenso que tuvo que apartar la mirada de ella para poder serenarse, pues no quería dar un espectáculo si alguno de sus padres se giraba.

Pero aún le quedaba algo más por decirle.

—Quiero demostrarle a su hermana y a su familia que he cambiado y ya no soy ese hombre.

—No necesita demostrar nada —le aseguró ella.

—Creo que sí —dijo Nash volviendo su vista hacia Jennifer, que parecía inclinarse cada vez más hacia atrás, sin duda intentando captar algo de su conversación—. Por cierto, nunca me había parecido tan interesante *La flauta mágica*.

Esto último lo dijo en voz más alta para que pudiera escucharlo la mayor de las Lambert.

—¿Eso cree? —le preguntó Kristen—. Lo cierto es que todavía no he podido apreciarla —dijo a modo de reproche, lo que hizo que él se riera—. Será mejor que nos mantengamos en silencio o mi hermana se enfadará. Esta es una de sus óperas favoritas.

Ambos asintieron y volvieron sus miradas al escenario, aunque no su atención. Esta permaneció en sus manos prácticamente unidas, hasta que el conde acercó la suya despacio para después, con su dedo índice, rozar cariñosamente la mano de Kristen.

Con la llegada del intermedio, Jennifer por fin pudo respirar. Se había pasado toda la ópera pendiente de la conversación entre su hermana y lord Barrington, pero habían sido mucho peor los silencios.

No era necesario tener una percepción especial para percibir que tras ella estaba sucediendo algo, aunque a sus padres no parecían importarles. Incluso Jennifer juraría que su madre parecía más feliz, si es que era posible, que cuando habían llegado.

—Ha sido una actuación espléndida —dijo la señora Lambert en cuanto las luces se hubieron encendido y los aplausos mitigado.

Jennifer no tuvo tiempo para contestar, pues de inmediato se giró para observar a su hermana, que presentaba sus mejillas tan rojas como una amapola.

—¿A ti te ha gustado, Kristi? —No dudó en preguntar Jennifer para poner a su hermana en un compromiso.

—La ópera ha sido realmente encantadora —respondió en su lugar lord Barrington, que contemplaba a Kristen con la mirada devota de un cachorro vagabundo a una mano amiga—. Y debo añadir que la compañía ha sido insuperable.

—Bien dicho, joven —intervino por fin el señor Lambert, que parecía haber despertado de una pequeña siesta—. ¿Qué os parece a todos si bajamos a tomar un refrigerio?

La espontaneidad del patriarca de la familia no pareció escandalizar al conde, por lo que este se ganó la simpatía de ambos

progenitores, si es que ya no la tenían, al tratarse de un conde.

—Estaría encantado de acompañarles —contestó enseguida lord Barrington, a lo que el señor Lambert le respondió con una palmada en la espalda.

Sin más demora, las dos parejas se pusieron en marcha.

—¿No vienes, Jenny? —Kristen pareció ser la única en darse cuenta de que Jennifer permanecía quieta.

La verdad era que Jennifer odiaba los sitios cerrados llenos de gente, y más cuando no se podía tapar su rostro marcado con un gran sombrero. Sabía que si bajaba sería el centro de las miradas y los murmullos, y ya había sufrido un infierno durante el primer acto al especular sobre lo que estaría sucediendo entre Kristen y lord Barrington.

«Por suerte, esta ópera solo tiene dos actos», pensó Jennifer, resignada a mantenerse siempre apartada del resto.

Pero no quería parecer patética delante del conde, por lo que puso su mejor sonrisa y se inventó una excusa.

—Prefiero quedarme y ojear el programa de mano[2]. Además, solo serán quince o veinte minutos.

Kristen se quedó mirándola fijamente, sabiendo que había algo más, pero dudaba que Jennifer quisiera quedarse con ella y el conde, ya que parecía que lord Barrington no era de su agrado. Tampoco podía dejar que este fuera solo con sus padres, pues estaba segura que insistiría en quedarse con ella.

Ante este dilema, Kristen optó por cogerle la mano a su hermana, mirarla a la cara y preguntarle en un susurro. Algo que habían hecho en más de una ocasión, cuando Kristen sospechaba que Jennifer no quería hacer algo y temía decirlo por no contrariar o preocupar a nadie.

—¿Estás segura, Jenny? —susurró Kristen, y Jennifer se sintió fatal al tener que mentir a su hermana.

—De verdad que estoy bien. Ve tú y disfruta de la velada.

Como respuesta, Kristen se marchó dejando sola a su hermana. No era habitual que una dama soltera se quedara sin carabina en el palco, pero Jennifer prefería las posibles murmuraciones a sentir que estorbaba, incluso entre su familia.

Sentada en su silla bajó la mirada a sus manos, que situadas en su regazo, aun mantenían el calor de las de Kristen.

—No solo perderé a lord Barrington, sino que también perderé a mi hermana.

Lo supo en ese mismo instante. Kristen se marcharía con lord Barrington y ella se quedaría sola en casa de sus padres como una solterona por el resto de su vida.

La pobre y fea señorita Lambert, a la que nadie quiere.

Kristen era joven, hermosa, rica y encantadora, podía tener al hombre que quisiera y ser feliz. Sin embargo, tenía que quitarle a Jennifer el único hombre por el que ella había sentido algo en su vida.

El destino era cruel, pero más parecía serlo el amor.

—¿Señorita Lambert?

Una voz familiar perturbó sus pensamientos, y Jennifer se volvió para ver al duque de Pembroke en la entrada del palco. Tan atractivo que Jennifer se quedó sin aliento.

Por suerte, Jennifer era una experta disimulando, y no tuvo problema en ofrecer una inclinación de cabeza como saludo cuando el duque le ofreció una reverencia.

—Espero no importunarla, he visto que sus acompañantes se marchaban y he querido aprovechar la ocasión para saludarla.

Jennifer se había preguntado si se acercaría a ella después de su confesión durante el paseo, o si ya se había olvidado de eso y todo había sido un simple halago para complacer a la pobre, triste y solitaria señorita Lambert.

Aunque en ese momento, mientras él la miraba a los ojos, no parecía un hombre que estuviera ante ella por pena u obligación, sino por su propio deseo.

—Es un placer verlo, Excelencia. Y le agradezco que venga a saludarme.

Por algún motivo, Jennifer giró su cabeza para observar el palco del duque, donde pudo ver a la duquesa viuda de Pembroke clavándole estacas con su mirada.

—Espero que su madre y su acompañante se encuentren bien y les haya gustado el primer acto —dijo Jennifer.

James se rio y se acercó unos pasos más a ella, adentrándose en el palco.

—Mi madre odia la ópera, pero le encanta ser vista en toda clase de eventos. Y respecto a lady Caroline… ella se encuentra perfectamente y suele acompañarnos a la ópera.

—Ya veo.

La cara de aburrimiento de lady Caroline era casi tan reveladora como el gesto de enfado de la duquesa viuda de Pembroke.

—Me he percatado de que no ha comentado que su madre se encuentra bien. —Quiso provocarle Jennifer.

—Bueno… No suelo mentir tan descaradamente —repuso él tratando de parecer serio, pero sus labios le traicionaron—. Con solo mirarla me recuerda a Medusa[3], por lo que le recomiendo, señorita Lambert, que no tiente su suerte.

Jennifer rio, olvidando el desconsuelo en el que estaba sumida hacía solo unos minutos.

—Seguiré su consejo, Excelencia. Y dígame, ¿le está gustando la

obra?

—El personaje de Papageno[4] está bien representado, aunque debo confesarle que me gusta más el segundo acto.

—¿Porque es cuando todos acaban felices?

La cálida carcajada que se le escapó al duque sobresaltó a Jennifer.

—Le recuerdo que no todos acaban felices —dijo él—. Pero su pregunta me ha intrigado. ¿Usted sí cree en los finales felices?

—No. No soy tan ingenua.

—¡Vaya! Señorita Lambert, cuanto más sé de usted, más me sorprende. Habría jurado que era una romántica empedernida. —Su voz seguía sonando jovial.

—¿Qué es lo que le sorprende? ¿Que una mujer no crea en el romance, o en los finales felices? —preguntó Jennifer con curiosidad. Ella misma se creía enamorada de un hombre al que apenas conocía y, sin embargo, acababa de afirmar que no creía en el romanticismo ni en los finales felices.

—Nada de eso —respondió el duque—. Conozco a mujeres que, como usted, no se dejan llevar por el encanto que despierta el romanticismo. Lo que en realidad me sorprende es que revele tan abiertamente sus pensamientos.

—¿Eso es algo malo? —dijo Jennifer con naturalidad.

—Al contrario, es algo bastante... cautivador. —Él le dedicó una mirada que ella no supo descifrar, y estuvo tentada de apartar la mirada. En su lugar, se enderezó, al no querer que él viera que la había perturbado.

Solo entonces fue consciente de su alta estatura, sus anchos hombros y el pequeño rastro de barba en su cuadrada mandíbula. Todo ello le hacía muy atractivo, pero Jennifer estaba decidida a conseguir a lord Barrington, por lo que no se dejaría impresionar por un bonito rostro.

De hecho, se sintió mal ante el galanteo del duque, ya que estaba decidida en seducir al conde. Por ese motivo, no dudó en detener sus halagos. No los podía escuchar, puesto que ella pretendía a otro hombre. Eso sería un engaño, ¿no?

—Excelencia, le agradezco su galantería, pero debo pedirle que deje de actuar así.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber él, extrañado.

—No voy a negarle que me siento halagada por sus comentarios, y creo que es usted un caballero encantador, pero antes de que diga algo más, hay algo que debería saber. —Los ojos de Jennifer recorrieron el pequeño palco, como si fuera posible que alguien se hubiera colado dentro sin ser visto.

Esto sorprendió a James. Aunque lo que más le llamó la atención fue el sonrojo en las mejillas de la señorita Lambert y en cómo este

rubor aumentaba su belleza.

—Estoy enamorada de otro hombre —le espetó ella, lo que tomó a James por sorpresa.

Sin embargo, Jennifer experimentó la misma sorpresa, al notar que ya no sentía mariposas en el estómago cuando pensaba en su amor por el conde. Porque ella lo amaba, ¿verdad? Eso explicaba sus celos hacia Kristen, ¿o no?

El duque no dijo nada mientras la escudriñaba como si buscara en la mirada de Jennifer la verdad de sus palabras.

Esta notó al observarle que un músculo en su mandíbula se movía, dejando claro que intentaba no demostrar ninguna emoción. Pero ¿estaba... molesto?

Jennifer se arrepintió al instante de su confesión al ver cómo desaparecía el brillo en los ojos del duque de Pembroke y la sonrisa permanente de sus labios. Ella no sabía por qué había sido tan sincera con él, pero algo en su interior le decía que no podía jugar con el duque. Él era un buen hombre que se había portado bien con ella, y no podía hacerle eso. Si Jennifer amaba a otro, tenía que hacérselo saber al duque cuanto antes para detener alguna intención romántica que este pudiera albergar.

Jennifer se preguntó a sí misma en el acto si había hecho bien. ¿Y si ya no recibía más galanteos en su vida? ¿Y si esta fuera la última vez que alguien la veía como una mujer?

Pero ya era demasiado tarde. Lo supo al ver cómo apartaba él la vista de su rostro.

—Si me disculpa, señorita Lambert, el segundo acto está a punto de comenzar, y creo que es mejor que regrese a mi palco.

Ni siquiera la miró para despedirse. En su lugar, hizo una reverencia y se marchó, dejándola con una sensación de soledad aún más intensa que cuando se fueron del palco su familia y lord Barrington.

¿Qué era esta sensación, este vacío en el estómago?

Jennifer se volvió hacia el palco del duque, donde la belleza de lady Caroline sabría mitigar el malestar del duque de Pembroke.

Oyó unos pasos que se acercaban y en breve apareció su familia junto con el conde, quienes reían y conversaban, ajenos a lo sucedido.

—Te hemos traído una copa de champán, Jenny —le dijo Kristen, aunque fue el conde quien se la ofreció.

Jennifer ni siquiera se dio cuenta de que todos llevaban una copa de champán en la mano ni que las luces comenzaban a apagarse y encenderse, alentando a los rezagados a regresar a sus asientos.

Así, ella cogió la copa y la apuró de un solo trago, dejando atónitos a los presentes.

—¡Vaya! Tenías sed, hija —declaró incrédula su madre mientras su

padre se reía con disimulo.

—Lo siento, madre, creí que era limonada.

Y gracias al inicio del segundo acto, todos se sentaron y se mantuvieron callados, aunque, esta vez, Jennifer ya no estaba tan pendiente de la conversación entre su hermana y lord Barrington, sino del duque, que ocupaba su palco frente a ella.

Él no volvió a mirarla en ningún momento ni pareció disfrutar del segundo acto. Aunque este fuera su favorito.

Capítulo 9

Unos días después

-Y a podemos regresar a casa, Fanny —aseguró Jennifer a su doncella mientras las dos caminaban por Regent Street en busca del regalo para el cumpleaños de Kristen.

Esta, al igual que el resto de las damas, estaba entusiasmada con la revolucionaria Eau de Cologne de l'Impératrice[5], y en más de una ocasión había comentado su deseo de poseer un frasquito.

Jennifer sabía que el precio era excesivo para algo tan pequeño, pero conocía el pragmatismo de sus padres y sabía que, si ella no se lo regalaba, su hermana se quedaría sin el perfume que tanto deseaba.

Sonriendo, tocó el tarrito de cristal envuelto en una fina tela de seda, que Jennifer había guardado en su ridículo con cuidado.

—Estoy segura de que a la señorita le encantará su regalo— comentó Fanny, que caminaba al lado de Jennifer.

Jennifer reconocía que no estaba bien visto que la doncella caminara junto a su señora, aunque esta tuviera su misma edad, pero ella no era una aristócrata y, por lo tanto, podía saltarse algunas normas. Además, era mucho más divertido ir de compras si podías hablar con otra mujer, en vez de ir callada todo el tiempo.

—Ya me estoy imaginando la cara que pondrá. —Jennifer sonrió, olvidando por un instante tapar con la sombrilla su mejilla marcada.

—Menos mal que no falta mucho para su cumpleaños.

—Apenas dos semanas y cumplirá dieciocho.

Jennifer recordó a Kristen de niña, cuando esta la seguía a todas partes y ella, encantada, le enseñaba canciones, juegos y a robar galletas a la cocinera. Kristen siempre había sido lo más importante para Jennifer, hasta que conoció a lord Barrington.

Durante años, Jennifer se había volcado en proteger, alegrar y cuidar a Kristen, pero ahora que su hermana era una mujer adulta, podía empezar a ponerse a sí misma en primer lugar.

O eso era lo que no dejaba de repetirse cuando pensaba en lord Barrington. Sería la primera vez que no se preocupara antes por Kristen y se dejara llevar por sus deseos. ¿Era eso tan malo?

De pronto, a lo lejos, vio a un conocido frente a ella que caminaba por la misma acera en su dirección y, por cómo la miraba, Jennifer

supo que la había reconocido. No deseaba que el caballero se detuviera a saludarla, y mucho menos a charlar, pero ya estaba tan cerca que Jennifer se temió que el encuentro sería inevitable.

De nada sirvió que Jennifer tratara de disimular con su sombrilla que no lo había visto, pues el caballero iba directo a abordarla.

—Qué mala suerte —susurró ella mientras lord Ronald Sims, conde de Ashworth, o «El asqueroso», como lo llamaba Kristen, se detenía frente a Jennifer.

—Señorita Lambert. —Él se inclinó con rapidez, demostrando que había algo urgente que deseaba decir.

—Milord. —Jennifer hizo una reverencia, sorprendida de que él se hubiera acercado a ella cuando apenas le dirigía una mirada en público.

Pero, por la forma en que la miraba, Jennifer sospechó que había algo más.

El interés de lord Ashworth por Kristen era de sobra conocido por su familia, pues él había pedido su mano hacía dos años, cuando Kristen solo tenía dieciséis.

Al parecer, el duque se había quedado prendado de ella la primera vez que la vio pasear por el parque y, desde ese instante, cada día la esperaba en el lugar, hasta que su acoso pasó a otro nivel.

Un día se presentó en la mansión familiar y pidió una entrevista privada con el señor Lambert, en la que le transmitió su deseo de contraer matrimonio con la hija menor.

Por suerte, el señor Lambert siempre fue un hombre sensato y no se dejó influenciar por la riqueza del conde ni por su estatus o su porte distinguido.

«Lo siento, lord Ashworth, pero mi hija es demasiado joven. Deberá esperar a que sea una debutante para aspirar a conseguir su mano», fue la respuesta que le dio el padre de Kristen.

«No deseo esperar y mucho menos competir con otros caballeros por la mano de su hija», le dijo lord Ashworth con arrogancia, a lo que el señor Lambert manifestó, después de enderezarse para dejarle claro al conde que no lo intimidaba y que no le haría cambiar de opinión, que «era su última palabra».

Al parecer, había algo en ese hombre que no le gustaba, y no iba a dejar a su hija pequeña en manos de alguien tan pagado de sí mismo.

Por lo que Jennifer supo, el conde había salido enfadado del despacho del padre de aquella y, desde entonces, solo lo veían observándolas a distancia.

Cada vez que salían de compras, a pasear o tomar el té, se encontraban con el conde, que miraba a Kristen con ojos fieros. Era como si les hubiera puesto vigilancia para saber cuándo saldrían y, por un espacio de tiempo que pareció eterno, tuvieron que soportar su

acoso.

Hasta que el conde pareció desistir y apenas coincidían con él en algún evento. Pero ahora que Kristen se había presentado en sociedad, la presencia del conde parecía más constante que nunca.

—Me alegra verla, señorita Lambert. Sé que apenas sale de su casa, por lo que su salida se deberá a un acontecimiento especial, ¿no es así?

Jennifer estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse, pero la mirada que él le dirigió la había paralizado. Era como si la desnudara con los ojos y pudiera ver cada imperfección de su cuerpo. Le hacía sentirse sucia y vulnerable, y entendía perfectamente que su hermana le hubiera puesto el apodo de «El asqueroso».

Además, ese hombre nunca le había gustado y le había puesto nerviosa, mucho más hoy que estaba a solas con él, aunque se encontraran en medio de la calle.

—No debe molestarse en ocultármelo —continuó él—. Lo sé todo de cada miembro de su familia, por eso imagino que debe de haber salido para comprar un regalo a su hermana.

En un principio, Jennifer se sorprendió ante las palabras del conde, pero recordó que era un acosador y, como tal, estaría bien informado de todo lo relacionado con Kristen.

—Lo siento, lord Ashworth, pero tengo prisa… —dijo Jennifer, cada vez más incómoda ante su presencia.

Incluso con su vestido de muselina de color verde pálido, con el dobladillo delicadamente bordado con flores de primavera, ella se sentía como una zarrapastrosa, en absoluta contraposición con el impecable conde.

Pero eso no era lo peor. Él parecía esforzarse en mirar su cicatriz como si fuera la cosa más desagradable que había visto en su vida, haciendo que Jennifer se sintiera además fea y miserable.

—Sé su secreto. —El conde la detuvo en seco cuando Jennifer intentó marcharse.

Por un instante, ella se quedó inmóvil, al no saber a qué se refería él. Hasta que pensó en su amor secreto por lord Barrington. Jennifer palideció en el acto, sin poder dejar de repetirse que eso era imposible.

Ni siquiera su hermana conocía su secreto, por lo que sería imposible que ese hombre lo hiciera. Pero si no se trataba de eso, ¿qué era lo que el conde podía saber de ella?

Él pareció complacido con el desconcierto de Jennifer e incluso algo brilló en sus fríos ojos azules.

—Me temo que la he desconcertado, señorita Lambert. Pero no debe temer, solo yo conozco lo que esconde tan fervientemente. —El conde le sostuvo la mirada unos segundos, como si la retara a negarlo

—. Por suerte, soy un buen observador y me he percatado de cómo mira a lord Barrington.

Jennifer retrocedió, asustada, para después asegurarse de que nadie más les había escuchado. Gracias a Dios, no estaban en el centro de la calle, sino en un lateral, por lo que tenían cierta intimidad.

—No sé de qué me habla. —Jennifer optó por negarlo todo y marcharse cuanto antes de ese lugar, pero no contó con la rapidez para reaccionar del conde, que la agarró por el brazo para detenerla.

—No insulte mi inteligencia, señorita Lambert. Además, no he venido a chantajearla ni nada parecido. —El conde sonrió como si el solo hecho de pensarlo le pareciera gracioso—. Usted no me interesa en absoluto.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Jennifer, cada vez más asustada.

—Usted lo sabe perfectamente. —El conde se calló hasta comprobar que Jennifer abría los ojos como platos.

—Quiere a Kristen —susurró Jennifer, aunque seguía sin entender nada. Ella no tenía autoridad para conceder la mano de su hermana en matrimonio, ni la persuasión suficiente para hacer cambiar de opinión a su hermana respecto al conde.

—Por su gesto, veo que empieza a comprender...

—En realidad, no comprendo nada. Yo no puedo hacer que mi hermana se fije en usted, y mucho menos que se enamore.

La carcajada que soltó el conde erizó el vello de Jennifer. Sin lugar a dudas, había algo maligno en ese hombre.

—¿Quién le ha dicho que quiero el amor de su hermana? —Tras decir estas palabras, su actitud cambió, volviéndose más tenebrosa—. Lo que quiera de su hermana es algo que solo me atañe a mí —añadió él—. Si la he detenido para hablar, es porque quiero algo de usted.

El conde la miró a los ojos mostrando en ellos un vacío que daba escalofríos. Era como si Jennifer estuviera mirando a un hombre sin alma ni conciencia.

—Deme lo que deseo y yo le entregaré a lord Barrington. Usted me da lo que quiero y yo le doy lo que quiere.

Jennifer estaba perpleja. Seguía sin entender qué se proponía el conde. Por supuesto que ella deseaba el amor de lord Barrington, pero ¿cómo podía hacer lord Ashworth que él se enamorase de ella?

Se sentía confusa y no sabía qué decir, pero no fue necesario hacerlo, ya que el conde continuó hablando.

—Un cambio justo, ¿no le parece, señorita Lambert? Deme lo que deseo —insistió, para después observarla hasta conseguir que ella dejase de respirar.

—No sé cómo puedo dárselo. Como ya le he dicho, no puedo impedir que mi hermana deje de ver a lord Barrington ni lograr que

muestre interés por usted —se esforzó en responder Jennifer mientras notaba el peso del regalo de su hermana en su ridículo.

—No se preocupe, yo me ocuparé de los detalles. Usted solo debe obedecerme cuando le pida algo, y el conde será todo suyo —afirmó él, convencido de que había logrado su objetivo—. Le enviaré un mensaje en breve en el que le explicaré lo que deseo que haga.

Sin más, el conde se marchó sin ni siquiera despedirse. Al parecer, su interés por Jennifer terminó en cuanto estuvo seguro de su colaboración, aunque Jennifer no recordaba haber aceptado. ¿O sí lo había hecho?

—Ese hombre me pone los pelos de punta.

La voz de Fanny a su lado le hizo dar un respingo.

—¿Se encuentra bien, señorita? No pretendía asustarla.

—No te preocupes, Fanny. Ese hombre también me aterra y por eso me has sobresaltado.

—Por suerte, ya se ha marchado.

Jennifer asintió y comenzaron a caminar en dirección a su casa.

—Fanny, no debes contarle a nadie nuestro encuentro con el conde —dijo Jennifer.

—Así lo haré, señorita. —A la doncella no le extrañó la petición de su señora, al imaginarse que esta no quería darle más importancia al asunto. Todos en la casa sabían de la obsesión de lord Ashworth por la hija pequeña del señor Lambert, por lo que supuso que ella no quería preocupar a su familia refiriéndoles el desagradable encuentro.

Las dos siguieron su camino de regreso a casa, mientras que Jennifer repasaba su extraña conversación con el conde.

No recordaba haberle dicho a este que lo ayudaría, pero él sí parecía convencido de que ella lo hubiera hecho. ¿En qué problemas se había metido a sí misma, y posiblemente a su hermana? ¿Debía hablarle a Kristen o a sus padres de lo ocurrido?

Jennifer supo la respuesta en el acto. No podía contárselo a ninguno de ellos si no quería revelar su secreto, el cual no estaba dispuesta a compartir con nadie.

Trató de serenarse y se dijo que daba igual lo que hubiera dicho o hubiera creído el conde. Ella no haría nada que perjudicara a su hermana, y se limitaría a no hacer caso a cualquier mensaje que él le enviara.

Una vez que decidió que no prestaría atención al conde, se sintió mucho mejor y apresuró su paso. Quería dejar atrás todo ese tema, aunque una vocecita en su interior le aseguró que no sería tan fácil deshacerse de lord Ashworth.

Él era un hombre sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería, y Jennifer acababa de convertirse en su cómplice, aunque ella no lo pretendiera.

Capítulo 10

Habían pasado unos días sin que hubiera sucedido ningún incidente digno de mención. El único cambio en la rutina de la familia Lambert era que Kristen recibía a diario un ramo de flores y, tras el ramo, cada tarde, llegaba la visita de lord Barrington.

—¿Quieres parar de una vez? —amonestó Margaret a Jennifer mientras esta iba de una ventana a otra de la salita donde se encontraban madre e hija—. No sé por qué te preocupas tanto.

—No debiste permitir que Kristen saliera sola con lord Barrington —censuró Jennifer mientras se asomaba de nuevo por uno de los dos grandes ventanales de la estancia.

—Tu hermana no está a solas con el conde. Te recuerdo que les acompaña Fanny. —Jennifer estuvo a punto de bufar al escucharla—. Además, tu hermana es lo bastante sensata como para no provocar un escándalo.

—Lo que me preocupa es la condición de libertino del conde. —Nada más decirlo, Jennifer se sintió mal, al saber que solo era una excusa. Sabía que los rumores solían exagerar un defecto, como era su caso, y en el caso del conde, su fama de disoluto nada tenía que ver con el caballero que ahora cortejaba a su hermana.

Pero ese era el problema...

Por mucho que intentara interponerse y aconsejar a su hermana que no se entusiasmara con lord Barrington, parecía que todo se confabulaba cada vez más para unirles.

Incluso el sol llevaba una semana reluciendo como si fuera pleno verano, cuando era lo usual por estas fechas que el cielo estuviera nublado y soplara el viento.

—No tienes por qué inquietarte, Jennifer. Sé que quieres lo mejor para Kristen, y te puedo asegurar que el conde lo es.

Jennifer se alejó de la ventana para dirigirse al sillón donde había dejado su lectura, preguntándose si eso era cierto. ¿Quería lo mejor para su hermana, o solo estaba pensando en lo mejor para ella misma?

Como le sucedía siempre que pensaba en eso, comenzó a dolerle la cabeza, por lo que se sentó, dispuesta a permanecer serena hasta que la pareja regresara de su paseo.

Pero su madre pareció tener algo más que decir.

—¿Has visto cómo lord Barrington contempla embobado a tu hermana? —dijo sonriendo—. Yo diría que en menos de un mes estará

pidiendo la mano de Kristen.

Al escucharla, Jennifer estuvo a punto de tirar el libro al suelo. ¿Casarse? ¿Con el hombre que ella amaba?

¡No!

—No puedes decirlo en serio —respondió Jennifer—. Apenas conocemos al conde y a su familia. Y…

—Te recuerdo —la interrumpió su madre, molesta— que el conde es uno de los mejores partidos de la Temporada y que tu hermana debe estar orgullosa de haber conseguido captar su atención. Y sobre todo, no me importaría que esta se consolidase en un matrimonio, ya que sé lo feliz que eso haría a tu hermana. ¿O no te has dado cuenta de que Kristy está enamorada de él?

—Pero es muy joven. Ella no… —Jennifer tuvo que callar, pues iba a decir una mentira. Su hermana sabía perfectamente lo que quería, y era al conde. El problema era que ella también lo quería.

Recordó la conversación con lord Ashworth y en cómo podrían ayudarse mutuamente. ¿Llegaría tan lejos para conseguir al conde?

Su madre, que malinterpretó su silencio y su pesadumbre, le sonrió con dulzura.

—Puedes estar tranquila. Kristy te quiere con locura y, aunque se case, siempre formarás parte de su vida.

Ella asintió, pero su mente estaba demasiado preocupada ante la idea de que lord Barrington estaba cada vez más lejos de su alcance. Sin embargo, ¿qué podía hacer?

El recuerdo de la conversación con lord Ashworth se hacía más presente.

—¡Oh, oigo un carruaje! —Jennifer se volvió hacia la ventana al escuchar la voz de su madre—. No recuerdo que esperásemos una visita. ¿No es así, Jenny?

Jennifer no quería parecer asustada, pero la única visita que podía esperar era la de lord Ashworth, y desde luego no estaba de humor para recibirle. Menos aún cuando había mantenido su encuentro en silencio y pretendía que todo permaneciera del mismo modo.

Además, ¿vendría para exigirle una respuesta? ¿O quería que hiciera algo que podría dañar a Kristen?

¿Lo haría?

Temblando, recordó que lord Ashworth le dijo que le enviaría un mensaje y que tendría que hacer algo por él. ¿Pero que tendría que hacer? ¿Y a quién? ¿Y cómo conseguiría lord Ashworth que el conde dejara a su hermana y se fuera con ella?

Estaba tan nerviosa y confusa que apenas podía pensar con claridad. Aun así, trató de parecer calmada y buscó una excusa que sonara desinteresada. No quería que su madre se empezara a preocupar por ella.

—Será una visita para papá —repuso Jennifer, intentando actuar con naturalidad. Aunque tardó en darse cuenta de que había cogido el libro bocabajo. Sin saber qué hacer, lo volvió a dejar junto a otros libros que esa misma mañana su padre había sacado de la biblioteca para leer.

Pero su madre no estaba dispuesta a permanecer sentada y a la espera, si podía curiosear por la ventana. Como si fuera una jovencita, Margaret se acercó al cristal y, con cuidado, se asomó retirando levemente la cortina.

—Es un caballero, aunque desde aquí no puedo ver su cara ni si su carruaje lleva escudo de armas.

Jennifer se sentó ante el piano y comenzó a tocar una melodía para no parecer nerviosa.

—En ese caso, seguro que es una visita para papá.

—Es posible —dijo Margaret para después soltar un suspiro—. Aunque deberíamos prepararnos por si decide entrar a saludarnos.

Jennifer continuó como si no hubiera escuchado a su madre mientras esta observaba la habitación en busca de algo que estuviera fuera de lugar.

—Enderézate, Jenny. No comprendo tu manía de inclinarte para tocar el piano.

Jennifer suspiró y se puso derecha, aunque en su opinión ya lo estaba bastante. Pero no quería discutir con su madre, y la única forma de hacerlo era obedecerla.

Unos segundos después, el mayordomo llamó a la puerta y entró discretamente.

—Señora Lambert, hay un caballero que desea ver a la señorita Lambert.

Tras las palabras del mayordomo, un silencio se apoderó de la estancia y, por unos segundos, nadie pareció reaccionar. ¿Un caballero quería ver a la señorita Lambert? ¿Qué caballero?

En la cabeza de Jennifer solo resonaba el nombre de lord Ashworth, que venía a pedirle un «favor» a cambio de su silencio, pero, por la sonrisa en los labios de Margaret, su madre tenía otro individuo en mente.

—Hágale pasar, señor Radcliffe.

Jennifer dejó de tocar y miró hacia la puerta con atención, temiendo al caballero que iba a entrar. Mientras, su madre se dispuso a recibirlo, feliz de que alguien rompiera su aburrida rutina.

La puerta se abrió una vez más y, para sorpresa de Jennifer, apareció ante ellas el duque de Pembroke.

Jennifer se quedó tan sorprendida que se puso en pie a trompicones y estuvo a punto de tirar el taburete. No sabía qué podía haber traído al duque a su casa, y menos para verla a ella.

La profunda mirada del duque se posó en Jennifer en cuestión de segundos, y algo en su rostro le dijo que esa visita no era solo de cortesía. ¿Qué querría?

En su mano llevaba un ramo de diferentes variedades de flores, que lo hacían muy llamativo y poco convencional. Como parecía ser el duque.

—Señora Lambert. —Se inclinó profundamente primero ante Margaret, aunque sus ojos no se apartaron de Jennifer por mucho tiempo, consiguiendo que a esta le costara ponerse de pie para saludarlo.

—Excelencia, es un placer verle de nuevo. —Margaret sonó confundida—. Espero que tanto su madre como usted hayan gozado de buena salud. No hemos tenido la ocasión de volver a vernos desde el baile que organizó.

Jennifer no le había contado a su familia la breve visita del duque a su palco, y ahora temía que este revelara su encuentro, haciéndola quedar mal ante su madre. Pero el duque no comentó nada ni hizo un gesto que delatara su secreto.

—Así es —aseguró él—. Le agradezco su interés y así se lo comunicaré a mi madre.

Margaret sonrió, complacida por tener en su casa a un duque y ser tratada con la distinción de una noble. Sin lugar a dudas, el duque de Pembroke le gustaba cada vez más y en su mente de madre de jóvenes casaderas ya empezaba a elucubrar cómo podría unirlo a su hija mayor.

—Espero no molestar con mi visita —continuó el duque mientras la señora Lambert se desvivía por acomodarle en una elegante silla de Luis XV[6]. Una silla demasiado refinada y delicada para el cuerpo alto y musculoso del duque, por lo que este decidió quedarse de pie.

—En absoluto, estamos encantadas.

James miró de nuevo a Jennifer, consiguiendo que esta sintiera cómo su interior se retorcía, no sabía si de excitación o angustia.

—Señorita Lambert. —El duque se inclinó hacia Jennifer mientras esta hacía una reverencia—. Esto es para usted.

—Gra-gracias —tartamudeó ella sorprendida, a la vez que cogía el ramo de flores e inhalaba el dulce aroma—. Son muy bonitas. Le agradezco el detalle.

—Me alegro de que le gusten. He de confesar que al no saber cuáles eran sus preferidas, era su preferencia en cuanto a flores, he optado por escoger una variedad —dijo él con gesto sincero.

—Muy inteligente por su parte, Excelencia —intervino Margaret, al ver que su hija se quedaba callada y con la nariz pegada a las flores.

Lo que su madre desconocía era que Jennifer no sabía qué decirle, después de la forma tan abrupta en que el duque se había marchado

del palco. Era más que evidente que se había molestado al confesarle ella su amor por otro hombre, pero Jennifer no se arrepentía de haber sido sincera con él.

Aunque debía reconocer que le inquietaba pensar en el motivo de su visita. ¿Le preguntaría el nombre de su amor secreto? ¿Le pediría un favor como lo había hecho lord Ashworth? ¿O, al igual que lord Ashworth, el duque había descubierto su secreto y ahora pretendía chantajearla?

No creía que él fuera esa clase de hombre. Sobre todo porque, ¿qué podría tener ella que le interesara a un duque?

—Si me permite, Excelencia, me ocuparé de las flores antes de que empiecen a marchitarse. —Si la voz de su madre no hizo que la cabeza de Jennifer dejara de dar vueltas, sí lo hizo cuando aquella le quitó el ramo de las manos y abandonó el saloncito con una expresión de felicidad.

«Menos mal que se ha acordado de dejar la puerta abierta», se dijo Jennifer, al mismo tiempo que se percataba de que ella y el duque se estaban a solas.

Por suerte, James se apresuró a romper la incomodidad.

—Veo que una de sus aficiones es leer —declaró, señalando el montón de libros que había en una mesita cercana.

—Yo… —Jennifer se giró e intentó recordar el título del volumen que había tenido en sus manos hacía un rato. Lo había cogido al azar de entre los que su padre había seleccionado de la biblioteca esa mañana, por lo que no tenía ni idea de qué trataba.

—Si me permite… —El duque se acercó al sofá, tomó el libro y observó la cubierta con una ceja alzada.

«¡Por el amor de Dios!, ¿qué libro había cogido?».

Jennifer comenzó a balbucear y estuvo tentada a arrebatarle el dichoso libro, pero el duque parecía muy interesado en ojearlo.

—Vaya, señorita Lambert. Me sorprende. Nunca imaginé que fuera la clase de mujer que le interesara esta clase de… lectura.

Ella intentó buscar una excusa, pero, al no saber a qué se refería, no sabía qué decirle. ¿Por qué no podía recordar ni una palabra de aquellas páginas?

—En realidad, me gusta estar informada de una gran variedad de temas. —Fue capaz de decir sin tartamudear.

—Eso parece —contestó James sonriendo—. Después le entregó el libro y Jennifer leyó el título con rapidez al mismo tiempo que lo dejaba sobre la mesita.

El cultivo de la cebolla en suelos de secano.

Jennifer cerró los ojos y se maldijo a sí misma. ¡Era un tratado de agricultura!

—Y dígame, ¿siente interés por alguna otra planta o solo siente

fascinación por las cebollas?

Jennifer habría jurado que el duque se reía de ella, pero al volverse hacia él para fulminarlo con la mirada, se encontró con un rostro muy serio.

¿Qué hacía ahora? ¿Admitía que había recurrido a ese libro para aparentar que estaba ocupada, o se callaba?

—¿Tiene algo en contra de las cebollas? —preguntó en su lugar, decidiendo que jamás admitiría ningún error ante ese hombre.

—Nada en absoluto —respondió él—. He oído decir de ellas que son muy sanas, aunque… bueno, no son recomendables en encuentros cercanos. —Tras decir eso, se aproximó a Jennifer y le susurró como si fuera un secreto—. Ya sabe, por el mal aliento que dejan.

Jennifer estuvo tentada a reírse, pero se contuvo al saber que él lo decía para burlarse de ella.

—No hacía falta que lo señalara, Excelencia —dijo Jennifer—. Es algo que los amantes de las cebollas deben sufrir si quieren gozar de ellas.

Por unos segundos, él la observó dubitativo, como si estuviera cavilando si hablaba en serio o no, hasta que soltó una carcajada.

—Está bien, señorita Lambert, usted gana.

Jennifer trató de ignorar la forma en que las mariposas revoloteaban en su estómago al escucharle reír y al saber que él solo le había estado siguiendo la corriente para no delatar su mentira.

«El duque no es el hombre al que amo, es lord Barrington. Recuérdalo», se dijo Jennifer cuando se perdió en la sonrisa y en la calidez de los ojos de él.

Necesitaba cambiar de tema, detener esta clase de conversación, antes de que él se hiciera una idea equivocada.

—Perdone mi indiscreción, Excelencia —dijo Jennifer vacilante—, ¿pero puedo preguntarle el motivo de su visita?

La sonrisa en el rostro de James se apagó igual que haría una luz entre las sombras, y luego miró a su alrededor como si tratara de posponer su respuesta.

Al verlo, Jennifer se enderezó con recelo, convencida de que el discurso de él iba a tomar un cariz diferente por completo.

¿Iría a proponerle el duque otro trato? ¿Pero qué quería el distinguido y atractivo duque de Pembroke de alguien como ella?

—El motivo de mi visita no es otro que reparar una ofensa imperdonable —dijo James mientras indicaba a Jennifer que tomase asiento. Cuando ella lo hizo, él se sentó en la silla Luis XV.

—No le entiendo —afirmó Jennifer.

—Le debo una disculpa, señorita Lambert. —James alzó su mirada para contemplar sus ojos—. Y también quería hacerle una petición.

—¿Una disculpa? ¿Por qué? —le preguntó ella, atónita ante la

mención de la disculpa, pero triste al no haberse equivocado respecto a que el duque hubiese venido para pedirle un favor.

«Dios mío, que no tenga que ver con mi hermana», pensó, odiando sentirse invisible.

—Por la forma en que me marché de su palco la otra noche —dijo él en voz baja, dejando claro que se sentía avergonzado por ello.

—No hace falta que se disculpe por ello. Entiendo que se sintiera incómodo por mi confesión, del mismo modo que comprendo que nuestra conversación acabara de esa manera. —Jennifer negó con la cabeza, manteniendo su atención en él. Por alguna extraña razón no podía apartar la mirada de su rostro, aunque el decoro la obligara a hacerlo.

—Pero siento que es oportuno pedirle que me perdone —aseguró él —. Fue inexcusable por mi parte que reaccionara de una forma tan poco caballerosa, dejándola a solas. En mi defensa, solo puedo decir que no esperaba que fuera tan sincera conmigo ni que me revelara un secreto tan íntimo.

Jennifer agachó la cabeza al recordar su atrevimiento cuando, la noche de la ópera, estando los dos a solas en el palco, le confesó que amaba en secreto a otro hombre. Sin dura, este acto impulsivo fue motivado por su miedo, al detectar en el duque algo que la puso nerviosa.

Desde esa noche, no había querido pensar en lo que sintió o en el motivo que le hizo compartir con él su secreto, y simplemente se había centrado en tratar de desacreditar a lord Barrington ante los ojos de Kristen.

Algo que no parecía estar dando sus frutos.

—Le agradezco su confianza y le prometo que su secreto estará a salvo conmigo —afirmó James.

—¿Por eso está usted aquí? —Algo dentro de ella anhelaba saber la razón de la presencia del duque en su casa. No era normal que alguien de su importancia se preocupara por quedar bien a los ojos de una simple solterona.

—Debí haber venido antes, pero no sabía cómo mencionar el tema sin ofenderla. Además… no estaba seguro de cómo reaccionaría a lo que tengo que decirle.

—No lo entiendo. —Jennifer frunció el ceño intentando analizar qué significaba que él se hubiera tomado tantas molestias.

—Debe perdonarme —le pidió él con una ligera sonrisa—. Suelo desvariar cuando me pongo nervioso.

James se enderezó en la silla y se dispuso a decir aquello que durante días había sabido, pero que, por temor a cómo reaccionaría ella, no se había atrevido a confesarle.

Hasta ahora.

—He venido para hacerle saber que, a pesar de saber que su amor pertenece a otro hombre, no me voy a dar por vencido.

—Perdón, ¿qué acaba de decir? —preguntó Jennifer perpleja, convencida de no haber oído bien.

Pero James ya no estaba dispuesto a callar más y se levantó de su asiento, irguiéndose, como si quisiera dejar clara su determinación.

—Me tiene cautivado, señorita Lambert. Cada parte de mí anhela su presencia y no concibo un amanecer en que no tenga en mente volver a verla.

—Pero usted es un duque —afirmó Jennifer, conmocionada ante las palabras del duque.

—Y usted es una mujer extraordinaria que ha logrado captar mi interés.

—No puede estar hablando en serio —dijo ella en voz baja, temiendo que todo ello fuera una broma de mal gusto.

—Le aseguro que hablo muy en serio. No estoy hablando de un amor a primera vista. Le estoy diciendo que hay algo en usted que me resulta tonificante, y no me rendiré hasta averiguar por qué mi corazón y mi mente se han confabulado para que solo piense en usted.

—No sé qué decirle —dijo Jennifer alzando la cabeza para verle ante ella, de pie, pero con su pecho abierto para que ella pudiera ver que todo lo que decía era cierto.

—Sé que usted no ve lo mismo en mí y que debo luchar contra los sentimientos que profesa a otro hombre. Pero espero que con el tiempo usted también aprecie mi compañía, como yo valoro la suya.

Jennifer no sabía si sonreír o decirle que estaba siendo un tonto. ¿Cómo podría él interesarse por ella? Debía de estar equivocado. Lo más seguro era que solo le gustaba conversar con una mujer que no se dejaba impresionar por su título y su atractivo. Algo que debía de ser nuevo para él, y por eso estaba confundido.

Jennifer se dio cuenta de que él en ningún momento había mencionado la palabra amor, sino que estaba cautivado. Pero ¿qué pasaría si ella se dejaba influir por un pretendiente tan ventajoso, y luego todo resultaba un espejismo? Habría perdido su oportunidad con lord Barrington por nada y, además, las burlas que la acompañarían desde entonces serían escandalosas.

Se percató de que solo entonces se había acordado de su horrible cicatriz, y llegó a la conclusión de que la admiración de él acabaría en breve. No podía ser de otra manera con una mujer marcada como ella.

Triste, mucho más de lo que se había sentido en días, agachó la cabeza y deseó que él se marchara para estar sola. Como parecía ser su destino.

—Lo siento, Excelencia. Hay todo un abismo que nos separa y no quiero cruzarlo cuando mi corazón ya tiene dueño. —Por algún

motivo, a Jennifer le costó decir cada una de sus palabras.

—¿Me está diciendo que no tengo esperanzas? ¿Que nunca podrá albergar ningún sentimiento por mí?

Jennifer apretó los puños para intentar sentirse fuerte y alzó la vista hacia él. Si debía enfrentarse al duque, lo haría mirándolo a los ojos.

—En efecto, Excelencia. Mi amor por ese hombre es firme. —Ojalá a Jennifer no le hubiera costado tanto creer lo que acababa de afirmar, pues el duque pareció percibir esta reticencia.

—En ese caso, permítame demostrarle que está equivocada.

Sin dar tiempo a que Jennifer protestara, James se adelantó unos pasos, colocándose frente a ella. Después, deseoso de probar su boca, acercó sus labios a los de ella con seguridad mientras la rodeaba con sus brazos, aprisionándola. Aunque no resultó necesaria dicha presión, al no poner Jennifer resistencia.

En su lugar, ella levantó la cabeza y le dio fácil acceso a sus labios, consiguiendo que James profundizara en su dulzura.

Jennifer solo podía escuchar su corazón latiendo con fuerza mientras todo su cuerpo se fundía en una sensación nueva. Algo dentro de ella se abrió y estalló en mil pedazos, volviendo todo su mundo del revés. Dejó de pensar, olvidando el amor que aseguraba sentir por lord Barrington, así como sus reservas hacia el duque.

Entre sus brazos, solo podía sentir la deliciosa sensación de ser valorada. De ser alguien. De sentirse mujer.

Jennifer dejó escapar un leve jadeo, consiguiendo que James sonriera satisfecho. Quizá esa mujer amara a otro hombre, pero él tenía la experiencia suficiente para reconocer cuándo una mujer se entregaba. Y ninguna mujer enamorada se daría a otro hombre que no fuera su amado, de la manera que lo estaba haciendo ella.

Con la esperanza puesta en ese pensamiento, James separó sus labios y la miró.

Ese sonrojo en sus mejillas, esos ojos soñadores y esos labios pecaminosos, no proclamaban el nombre de otro hombre ni el enfado por haberla besado.

—Volveré a verla, señorita Lambert —le aseguró él con voz suave y seductora cerca de su boca—. Y cuando lo haga, serán mis labios los que recordará sobre los suyos, y no los de ese otro caballero.

Sin más, James la soltó, y se marchó dejando a Jennifer completamente aturdida, temblando por las sensaciones que recorrían su cuerpo y olvidando que debía sentirse enfadada.

«Este hombre es un sinvergüenza», pensó, mientras se llevaba la mano a los labios y sonreía.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, tras haber pasado una noche de insomnio, James estaba reunido con su amigo Nash en su despacho, como solían hacer varios días por semana para hablar de negocios.

Aunque en esa ocasión era evidente que la mente de James estaba ocupada en otros asuntos.

—Por la sonrisa que muestras en tu cara, debes de estar pensando en algo más agradable que nuestras inversiones —dijo Nash con una sonrisa, consiguiendo que James se avergonzara.

—Mis disculpas —dijo James mientras se inclinaba sobre su sillón y alzaba su mirada hacia el rostro de su amigo y socio—. Parece que hoy me cuesta concentrarme.

—Creo reconocer el significado de esa sonrisa en un caballero. —Nash reorganizó los papeles del escritorio y los dejó a un lado, ya que estaba claro que esa mañana no iban a seguir trabajando—. Y estoy convencido de que debe de tratarse de una mujer.

—¿Por qué crees eso? —James no lo desmintió, aunque sí que decidió que necesitaba una copa de algo fuerte si iban a mantener esta conversación.

Intentando parecer sereno, James se puso de pie y se dirigió al decantador de licores.

—¿Qué prefieres? ¿Brandy u oporto? —ofreció James.

—Oporto, por favor. —Nash señaló el decantador de la izquierda, conforme con tomar una copa.

James sirvió las copas, aprovechando esos segundos para poner sus pensamientos en orden, mientras Nash analizaba la expresión de su amigo.

No había podido distinguirla antes, por tener ocupada la mente en los asuntos financieros, pero había algo distinto en el gesto de su amigo.

—Veo que no desestimas mi afirmación de que se trata de una mujer —afirmó Nash tras recibir la copa de oporto.

—No puedo hacerlo cuando estás en lo cierto —le dijo James encogiéndose de hombros y sentándose de nuevo en su asiento—. Como siempre, tu sexto sentido te lleva por el camino apropiado, aunque en este caso no se trate de negocios.

Ambos sonrieron al recordar las veces que habían seguido una corazonada de Nash y habían conseguido sugerentes beneficios en sus

inversiones.

—¿Y puede saberse quién es la dama?

—La señorita Jennifer Lambert. —James suspiró; incluso decir su nombre le hacía subir el ánimo.

Por unos instantes, la sorpresa apareció en el rostro de su amigo, aunque este supo ocultarla a tiempo. Para él, la mayor de las Lambert era una mujer apagada que apenas se relacionaba y que siempre parecía mirarle con disimulo, como si le estuviera juzgando.

Además, Nash sabía que ella no aprobaba su relación con su hermana, y que por eso solía recordarle a esta su pasado como libertino.

Por todo ello, no sabía qué decirle a su amigo y decidió que fuera James quien le informara de su implicación con la dama. Al fin y al cabo, quizá solo se tratara de una simple admiración mal interpretada.

—¿No vas a decir nada? —preguntó James, al ver que Nash permanecía callado.

—No, prefiero que seas tú quien me hable primero de ella. Luego ejerceré mi derecho a contestarte.

Como respuesta, James bufó y dio un trago a su copa.

—No tengo mucho que contarte, solo que cada vez que estoy a su lado me sorprende su forma de ser, de pensar, de… No sabría qué decirte. Se ha apoderado de mi mente y no creo que sea algo pasajero.

—Vaya —soltó Nash, asombrado—. Parece, amigo mío, que te has enamorado.

—¿Tú crees? —preguntó James, indeciso. Nunca antes había sentido algo semejante por otra mujer, por lo que no estaba seguro de que fuera amor. Era demasiado pronto, apenas la conocía y, sin embargo…

—Confía en mí, reconozco los síntomas, y me temo que ambos hemos caído en las tretas de Cupido.

Ambos dejaron que los segundos pasaran para poder asimilar la certeza de sus sentimientos, hasta que continuaron con su charla.

—No esperaba sentir esto —confesó James—. Y menos por una dama a la que apenas conozco.

—Por el tono de tu voz, me parece detectar que algo te preocupa. ¿Es la falta de título de la dama? Sé que tu madre se pondrá en tu contra, pero…

Nash hizo un gesto con la mano, como sugiriendo que ya era demasiado mayorcito para dejarse influenciar por los deseos de su madre.

—No es eso. Y me ofende que lo pienses. Tú y yo nos conocemos desde hace años y me atrevería a afirmar que eres mi mejor amigo, por lo que deberías saber que algo así no detendría mi interés por ella.

Nash sonrió y alzó su copa para darle la razón.

—Lo sé, pero reconozco que tu madre puede ser tan perseverante que podría haberte lavado el cerebro.

James se rio sin ganas.

—Está decidida a que me case con lady Caroline —declaró James con incomodidad, como si el simple pensamiento fuera duro de digerir.

—Y, por supuesto, la dama no te interesa.

—¿Preferirías tú a una mujer sin carácter, siempre mostrando una sonrisa que no le llega a los ojos, y a la que han enseñado a ocultar sus verdaderos sentimientos? Si es que es capaz de tenerlos... ¿O a alguien tan auténtico y vivaz como la señorita Kristen?

—Creo que no hace falta ni que te conteste —señaló Nash sonriente, mientras se complacía por haber encontrado a alguien como la señorita Kristen—. Pero… si tienes tan claro tu interés por la señorita Lambert, entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—El problema es que no estoy seguro de nada. —No era común en James mostrar sus sentimientos a un amigo, aunque este fuera Nash, pero necesitaba hablar con alguien de confianza, que le conociera y de buen criterio, por lo que solo podría hacerlo con él.

Con este fin, comenzó a sincerarse con Nash, con la única intención de aclarar el manojo de emociones y sensaciones que sentía por la señorita Lambert. Una mujer que aseguraba amar a otro hombre, pero que se había entregado a su beso y que parecía gustarle su compañía. ¿Estaría ella tan confusa como él?

—Hoy, cuando la he visitado en su mansión, me he dado cuenta de que siento algo profundo por ella. Algo más intenso de lo que yo mismo reconocía. —Los ojos de James estaban fijos en su copa, mientras volvía a su memoria su beso con la señorita Lambert. En cómo él se había estremecido, despertando en su interior algo que hasta ese momento había estado dormido.

—¿Estás hablando de amor? —preguntó Nash, inclinándose hacia delante. Era cierto que él mismo le había dicho hacía escasos minutos que ambos estaban enamorados, pero no pensaba que los sentimientos de su amigo por la señorita Lambert fueran tan intensos. Solo había sido una forma de hablar, pero ahora se daba cuenta de que, sin saberlo, había acertado en su criterio.

Al oír la nota de sorpresa en la voz de su amigo, James levantó la vista con un gesto de alarma.

—No sé si podría llamarlo amor. Es la primera vez que siento algo parecido. —En su tono de voz era evidente su desconcierto.

Nash frunció el ceño, algo incómodo por la conversación. Era la primera vez que hablaban de sentimientos y, aunque Nash quería ayudar a su amigo, reconocía que no era un experto en el tema.

Sobre todo, porque era la primera vez que él también creía estar

enamorado, y sentía las mismas dudas que James.

—Me gustaría ayudarte —dijo Nash, sincero—. Pero me temo que estoy en tu misma situación.

—¿Te refieres a tus sentimientos por la señorita Kristen? —se atrevió a preguntar James, no por morbosa curiosidad, sino porque sentía la necesidad de entender qué le estaba pasando y porque creía que su amigo podría ayudarlo—. ¿La amas?

Nash apuró su oporto y se quedó mirando a su amigo. ¿La amaba, o era un encaprichamiento?

—Siento por la señorita Kristen Lambert algo parecido a lo que tú sientes por su hermana. Y aunque al principio puede que tuviera alguna duda de mis sentimientos, he de reconocer que cuanto más tiempo paso con ella, más seguro estoy de que la amo.

Nash pensó que al decir en voz alta que la amaba, algo dentro de él se opondría, pero solo notó calor en el pecho y calma. Como si al admitir por fin ante alguien sus sentimientos, estos cobraran más fuerza y seguridad.

La amaba.

Se lo decían sus sueños, su sexto sentido y cada parte de su cuerpo y de su mente, pero solo ahora, al escucharlo y sentirse pleno, se daba cuenta de que era cierto. ¿Sentiría ella lo mismo por él? Nada más pensarlo, un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—Pero no hablemos de mi relación con la hermana menor —dijo Nash, deseoso de terminar su charla y acercarse a la residencia de los Lambert con una excusa para ver a Kristen. Su Kristen—. Si estás seguro de tu interés por la señorita Lambert, ¿cuál es el problema?

James sabía que su amigo había sido sincero con él en relación a sus sentimientos, por lo que decidió que él también lo sería. De esa manera, además, sabría su opinión y posiblemente obtendría un buen consejo.

—Sé que no debería contártelo, ya que es algo que ella me reveló en la más estricta confianza, por lo que te pido que guardes su secreto. —Nash asintió, intrigado—. El día de la ópera me confesó que ama a otro caballero.

—¿Ama a otro?

Nash estaba demasiado sorprendido con esta noticia como para preguntar a su amigo cuándo habló con la señorita Lambert en la ópera. En su lugar, mostró extrañeza, al no haberla visto jamás en compañía de un caballero. Se percató de que su hermana tampoco le había hablado del tema, por lo que el asunto debía de ser algo muy confidencial.

Lo que indicaba que su relación de Jennifer con su amigo James era más profunda de lo que él había pensado, si ella le había confesado algo tan íntimo y secreto.

—¿Sabes quién puede ser?

—No me dio ningún nombre, ni lo creí pertinente.

Tras una pausa, Nash suspiró y miró a James.

—Pues tienes un serio problema, amigo. —No había burla en sus palabras—. Si ya es complicado ganarse el favor de una dama, robarle primero el que dedica a otro caballero es el doble de complicado.

—Gracias por tu ánimo —masculló James.

Nash sonrió, queriendo quitarle importancia al problema.

—Vamos, James. Te conozco desde hace mucho y sé que siempre consigues lo que quieres. ¿Por qué no ibas a ganarte los favores de la señorita Lambert?

James gimió y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Mi madre, lady Caroline, la señorita Lambert, y ahora además un adversario al que ni siquiera conozco.

—Tal vez sí lo conozcas —sugirió Nash, ganándose el interés de su amigo—. Quizá debas de estar más atento respecto a los caballeros que ella conoce, y así puedas descubrir quién es tu rival. Luego le metemos una paliza y problema resuelto —concluyó Nash, esta vez con gesto risueño.

—Por lo menos es una idea —dijo James, pensativo.

—¿Lo de pegarle una paliza? Lo he dicho de broma —repuso Nash, contrariado.

James sonrió, ahora un poco más tranquilo.

—No me refería a eso, sino a estar atento para descubrir quién es su amor secreto. Y tú —dijo señalando a su amigo—, podrías ayudarme interrogando a su hermana.

Nash se levantó en el acto de su asiento y alzó las manos.

—Alto ahí. No tengo intención de meterme en todo este asunto. La señorita Lambert es la hermana de la mujer que amo y no quiero hacer nada que pueda ponerla en mi contra. Ya me odia lo suficiente por mi fama de libertino.

—Tonterías. Eres mi mejor baza en esta investigación y no permitiré un no por respuesta.

Nash gimió, reprochándose su bocaza.

—Será mejor que me marche antes de que me metas en más líos.

—Pero aún no he terminado. Debo contarte algo más. —James lo detuvo cuando Nash se disponía a darle la espalda.

—¿Más? Pero si nos vimos ayer, ¿qué más te ha podido pasar?

—Yo… la besé —dijo James en voz baja, mitad eufórico y mitad receloso, casi asustado por cómo reaccionaría su amigo.

—¿Hiciste qué? —Esta noticia asombró a Nash y le hizo sonreír. Una reacción que James no esperaba, al creer que le regañaría por anticiparse.

—La besé y ella no me rechazó —repitió James, revelando él mismo una pequeña sonrisa, ahora menos indeciso por la confesión—. ¿Por qué iba a hacer eso, si no estaba interesada?

—No lo sé, la verdad —convino Nash mientras volvía a sentarse—. Tal vez ella también esté confusa respecto a sus sentimientos, por lo que podrías aprovechar su indecisión para cambiar sus preferencias.

James se quedó pensativo por unos segundos y después sonrió ampliamente.

—Tiene sentido. Puede que ella solo crea amar a ese otro hombre y yo logre hacer que deje de mostrar interés por él.

Nash asintió y decidió que, ahora que su amigo estaba de mejor humor y más tranquilo, era hora de marcharse.

—Una excelente idea. Ahora, lo único que tienes que hacer es descubrir quién es el caballero, y tendrás vía libre.

Nash se irguió, orgulloso, y se dispuso a marcharse.

—Muy bien, quedaremos aquí mañana a esta misma hora para que me cuentes qué has podido sacarle a su hermana —dijo James, absolutamente seguro.

—Espera un momento. Creo recordar que te he dicho que no me quiero implicar en este asunto —afirmó categórico Nash, consiguiendo como respuesta el desinterés de su amigo—. Para qué abriría yo la boca… —farfulló enfadado mientras se marchaba sin despedirse. Para qué, si iban a verse al día siguiente a esa misma hora.

Mientras, James se quedó reflexionando con una sonrisa en su boca, mientras recordaba su beso con la señorita Lambert.

Era cierto que James tendría la oposición de su propia madre respecto a su relación, y que él debería enfrentarse a un oponente que de momento le era desconocido, pero nadie podía negarle que la señorita Lambert no se mostró indiferente con su beso. Incluso juraría que le gustó, y eso era todo un triunfo.

—En el amor y en la guerra todo vale —susurró sonriendo, pensando en utilizar toda su artillería para enamorar a la esquiva, malhumorada y aun así espléndida señorita Lambert.

Solo que alguien más había escuchado la conversación y también pensaba en cómo podía deshacerse de la molesta dama.

Capítulo 12

Tras la conversación con su amigo Nash, y una vez a solas en su despacho, James empezó a darle vueltas a sus pensamientos. Habían mencionado que se trataba de amor, pero James se preguntaba si podía ser cierto.

En el caso de Nash, estaba seguro de que su amigo estaba enamorado, pero él… ¿lo estaba también?

Apenas conocía a Jennifer, excepto por sus breves conversaciones, por un baile y por los muchos sueños donde ella aparecía, ¿pero era eso suficiente para enamorarse?

Según la literatura y algunas parejas que él conocía, el amor podía aparecer de improvisto ante una perfecta desconocida, mientras que en otras ocasiones podías estar con alguien durante años sin experimentar nada más que cariño.

Entonces, ¿el tiempo era necesario para determinar si amabas a alguien, o no lo era?

Sin lugar a dudas, cada persona tendría su propia opinión, y él solo podía afirmar que estaba confuso, pero altamente interesado en la señorita Lambert. Tanto como para asegurarle que estaba dispuesto a luchar por ella, porque así se lo había dictado el corazón.

Ella era especial y, si no intentaba conquistarla, estaba convencido de que se lamentaría durante el resto de su vida. Por no decir que, con su acercamiento, pondría fin a sus dudas y así sabría si esa sensación que sentía cuando estaba cerca de ella era amor o solo deseo.

Se dirigió a la ventana de su despacho, observando a los transeúntes, hasta que lo sobresaltó un golpecito en la puerta.

—Adelante.

Su madre apareció en el acto con una expresión grave en su rostro.

—Espero no molestarte. He visto que lord Barrington se ha marchado, y me gustaría hablar contigo.

James hizo un gesto para que entrara y tomara asiento, temiendo que su visita no iba a ser agradable.

—Te agradecería que fueras breve, madre. Tengo muchos asuntos que atender, y ya está muy avanzada la mañana.

Octavia se sentó con altivez y frunció los labios, visiblemente ofendida. Pero James conocía de sobra sus ataques de indignación, y estaba decidido a ser firme. De hecho, estuvo tentado de poner los ojos en blanco ante su dramatismo, pero se contuvo, al no querer provocar más su enfado.

—No voy a robarte mucho tiempo, hijo, pero es necesario que hablemos. —Octavia hizo una larga pausa con el fin de llamar la atención de su hijo y, probablemente, de hacerle sentir culpable—. He escuchado sin querer una parte de tu conversación con el conde que me ha perturbado.

—¿Sin querer, madre? —preguntó James, siendo él ahora quien parecía indignado— ¿Cómo se puede escuchar sin querer una conversación privada tras una puerta cerrada?

—Eso es irrelevante. Lo que importa es que me expliques qué es eso tan absurdo de que te has enamorado de alguien tan insignificante e indigno como esa... muchacha —dijo, con una nota de desaprobación en su tono.

—Le recuerdo, madre, que esa muchacha es la señorita Lambert, y me gustaría que le guardara más respeto. —La voz de James sonó tan áspera que Octavia no tuvo duda de que él se había molestado por sus palabras. Pero el asunto era demasiado transcendente como para detenerse por nimiedades.

—Y yo te recuerdo que tienes un deber como duque.

James se dirigió a su asiento tras la mesa de su despacho. Debía serenarse si no quería alzar la voz, por lo que aprovechó esos segundos para respirar hondo.

—Sé cuál es mi deber como duque, y entre ellos está el elegir una esposa.

—Sí, pero una esposa adecuada, y esa mujer no es la apropiada para ser tu duquesa.

—¿Por qué no?

James no sabía por qué había hecho esa pregunta. Hacía unos minutos estaba confuso con sus sentimientos y había decidido dejarse llevar por su corazón y cortejarla, y ahora, parecía muy seguro de lo que sentía. ¿Se debía solo a que quería importunar a su madre, o su inclinación hacia la señorita Lambert era más profunda de lo que él había pensado?

Empezó a dolerle la cabeza ante tantos pensamientos confusos.

Por el contrario, Octavia no parecía tener ninguna duda. No le gustaba la señorita Lambert y pensaba dejárselo muy claro a su hijo.

—Si no te conociera bien, pensaría que solo buscas provocarme. Pero sé que sabes cuál es tu deber como duque de Pembroke, y por eso no tomaré en serio tus palabras.

James frunció el ceño, tratando de mantener su ira bajo control. Debería haber sabido que su madre no lo entendería y que se ceñiría a lo que quería escuchar. Ella era una mujer orgullosa que no vería con buenos ojos a una dama sin título como esposa de su hijo, pero lo que más le molestaría, sin lugar a dudas, es que ella no la había elegido.

James se mordió la lengua y continuó en su esfuerzo por ser

amable.

—Te aconsejo que lo hagas, madre. Mis intenciones con la señorita Lambert son serias.

Nada más decirlo, Jame esperó que algo dentro de él gritara con desaprobación, pero no lo hizo. ¿Por qué ahora no estaba confuso? ¿Para desafiar a su madre, o porque al hablar con alguien más sobre la señorita Lambert se había dado cuenta de lo que sentía? ¿Quizás todo había surgido por el impulso imparable de defenderla? ¿De dejar claro que en ella no había nada malo? ¿Ni su nacimiento ni su cicatriz?

Hasta este momento, él ni siquiera había pensado en su cicatriz, esa que tanto la había marcado y que tanto la avergonzaba.

—¿Y qué hay de lady Caroline? ¿Has pensado en cómo le afectaría todo esto?

—Es una dama encantadora —dijo James, y lo dijo en serio—, pero, sinceramente, madre, no somos compatibles.

—Pero ella…

—No es la clase de esposa que busco. No quiero a una dama sumisa que apenas se atreve a mirarme, busco algo más.

—¿A una descarada? —Estuvo a punto de gritarle Octavia, pero se contuvo justo a tiempo.

—No. Quiero a alguien con carácter, alguien que represente todo un desafío conocerla. —James se sorprendió al saber que era cierto. La señorita Lambert era atrevida y vivaz, a pesar de sentirse indigna a causa de su cicatriz. Mientras que lady Caroline no parecía sentir interés por nada, a pesar de poseerlo todo: belleza, riqueza y un título.

Octavia lo miró durante un largo momento, con la ira en sus ojos brillando con fuerza. Luego, como si despertara de su aturdimiento, se levantó para imponerse con un gruñido.

—No puedes decir algo así en serio. Con todo lo que me he esforzado en buscarte una esposa adecuada… ¿Acaso no sabes todo que he hecho por ti? —soltó con los dientes apretados.

—¿Qué has hecho por mí que deba agradecerte tanto, madre? ¿Interferir en mis asuntos? ¿Imponerme una esposa que no deseo? ¿Obligarme a que deje a la mujer que quiero?

—No seas necio. Esa mujer solo te supone un reto, de ahí el interés que sientes por ella. En cuanto la tengas, tu capricho caerá como un castillo de naipes y verás que no es apropiada para ostentar el título. ¿Y qué te quedará entonces, por culpa de tu obstinación? Una mujer indigna de la que te avergonzarás.

James se quedó pensando por un instante. Su madre no podía estar en lo cierto.

Revivió la primera vez que estuvo con ella en el baile y cómo quedó impresionado por su inteligencia y perspicacia. También recordó su paseo por el jardín botánico, sus risas y su charla amena.

Cómo le hacía sentirse libre, a diferencia de cuando estaba en presencia de otras damas. Recordó su increíble beso. Ese beso que lo transportó a lugares donde nunca antes había estado, y que sabía que solo podría visitar entre sus brazos.

Y por último, recordó sus propios celos al escuchar que ella amaba a otro. ¿Acaso los celos no eran un indicativo de que él la amaba?

Pero en el transcurso de la conversación con su madre había sucedido algo que lo había cambiado todo. Esta, sin proponérselo, le había hecho enfrentarse a sus dudas y deseos, a sus sentimientos y a tomar una decisión.

Se había imaginado casado con una mujer insulsa como lady Caroline, en vez de con alguien que le hacía hervir la sangre como la señorita Lambert. Y ese futuro no le había gustado. Se parecía demasiado al de sus padres, y no quería algo así para él.

Quería amor. Eso lo tenía muy claro. Y la única mujer en toda su vida que le había hecho sentir mariposas en el estómago era la señorita Lambert. Y solo por eso merecía que luchara por ella, que la cortejara, que quisiera conocer cada parte de su persona.

—Eres mi madre, y por ese motivo debo respetarte, pero jamás vuelvas a hablarme así. —La miró serio a los ojos para que supiera que había llegado demasiado lejos—. Soy un hombre adulto capaz de tomar mis propias decisiones y de velar por el título.

—Perdóname, hijo, pero no lo creo así. —Octavia bajó la voz para aparentar tristeza y sumisión—. Creo que la señorita Lambert te ha cegado, posiblemente por ser una mujer diferente a cuantas has conocido, pero eso no es algo a tener en cuenta a la hora de elegir una esposa.

—¿Y qué lo es? ¿Su título?

—Por supuesto. Y que no tenga una cara marcada como si fuera un monstruo.

—Estás siendo innecesariamente cruel, madre. —James respiró hondo, visiblemente alterado al dolerle que su madre insultara a Jennifer, sin ni siquiera hacer el esfuerzo por conocerla—. La señorita Lambert no se merece tus insultos. Si la conocieras, verías que es una mujer excepcional y bastante capacitada para ser duquesa.

—Te mereces a alguien mejor que ella —afirmó Octavia, orgullosa y enfadada, mientras miraba a su hijo con descaro.

—Merezco ser feliz con la mujer que elija como esposa. Y para que te quede claro, te aviso que solo voy a casarme con alguien a quien ame, por lo que te rogaría que dejaras de imponerme a lady Caroline y comiences a aceptar a la señorita Lambert. —Por el tono enérgico de su voz, quedó muy claro que James estaba perdiendo su paciencia.

—Jamás pensé que fueras tan insensato. Cualquier criado puede elegir a la muchacha que desee y casarse con ella por amor, pero tú

eres un duque.

—Yo también tengo derecho a casarme por amor. —James se levantó de su asiento, quedando frente a su madre, que también se levantó con un rictus de desafío.

—El amor es solo para los tontos —le espetó ella.

—El amor es lo único que importa —respondió James con la mandíbula tensa.

Se miraron durante un largo rato, sin querer ser el primero en retroceder. Fue su madre quien habló primero.

—Muy bien —dijo, con un tono oscuro y premonitorio mientras sus ojos brillaban con determinación—. Si vas a ser tan obtuso, en el baile de mañana por la noche la observaré para comprobar si, como dices, podría ser una buena duquesa de Pembroke.

—¿Mañana? —Él frunció el ceño, sin saber de qué estaba hablando.

Complacida al ver el desconcierto en su rostro, Octavia sonrió altanera y orgullosa.

—Por si no lo recuerdas, mañana estamos invitados al baile de lady Stein. Por suerte, la marquesa es una buena amiga, y no habrá ningún problema en pedirle que invite a la familia… Lambert. —Octavia fingió que le había costado recordar el apellido, cuando era bien conocida su perfecta memoria para retener nombres, títulos y parentescos.

—Es un detalle por tu parte que quieras conocerla más en serio, antes de formarte una opinión sobre ella. Pero recuerda que, pase lo que pase en el baile, mis intenciones con la señorita Lambert son serias, por lo que te pediría que fueras cortés.

—Tu petición me ofende. Claro que voy a ser cortés estando en público. Además, no me has dado otra opción.

James miró a su madre y supo que le estaba mintiendo.

Ella no mostraba amabilidad si no era para conseguir algo a cambio, del mismo modo que podía ser muy cruel con quien se ponía en su contra. Y la señorita Lambert, sin duda, se había convertido en su adversario desde que él había mostrado interés por ella.

Mucho se temía que debería vigilar a su madre en el baile. James no quería que su relación con la señorita Lambert terminara, incluso antes de empezar a cortejarla.

Capítulo 13

Kristen se mantuvo al lado de su hermana Jennifer, visiblemente entusiasmada, mientras entraban en el salón de baile de lady Stein. Su deleite se debía no solo a que en breve vería y bailaría con lord Barrington, sino por asistir a un baile de tan alto nivel. Por no mencionar que había vuelto a pedirle a Jennifer que observara a lord Barrington, con el propósito de averiguar cuál podría ser el interés del conde por ella. Algo que debía haber hecho durante su visita al Real Jardín Botánico, pero que, según le había asegurado Jennifer, le había resultado imposible, al ser entretenida por el duque.

Pero esa noche no habría excusas. Sobre todo, porque Kristen anhelaba saber si el único corazón que estaba en juego era el suyo.

Emocionada, siguió a sus padres, los cuales iban delante de ellas sonriendo y saludando a los pocos conocidos con que se encontraban, al ser esta velada más selecta respecto a las demás a las que solían asistir.

En esta clase de bailes, donde los invitados eran de las más altas esferas aristocráticas, no era habitual invitar a hombres de negocios como el señor Lambert. Nadie de la familia sabía el motivo de este honor, pero se imaginaban que se debía a que sus hijas estaban siendo vistas con lord Barrington y el duque de Pembroke.

—¿No crees que es emocionante? —preguntó Kristen mientras miraba maravillada la majestuosidad que les rodeaba.

Las mujeres se movían con movimientos suaves, dando la sensación de que se deslizaban en vez de caminar. Todo en ellas parecía perfecto, desde su manera elegante de mover una mano, hasta su forma de sonreír. Parecían ángeles vestidos con las más finas telas de multitud de colores, haciendo parecer a Jennifer un mísero patito feo.

Si no hubiera sido porque tenía a su hermana a su lado, habría salido corriendo, al sentirse completamente fuera de lugar. Kristen pareció darse cuenta, pues le cogió la mano y le sonrió para darle ánimos.

—No debes preocuparte. Estás igual de preciosa que cualquier mujer de esta sala.

Como respuesta, Jennifer sonrió, pero sabía la verdad.

Se había arreglado con esmero para intentar destacar y que lord Barrington se fijara por fin en ella. Hasta que se giró en el espejo y vio su cicatriz, se había sentido guapa.

Era esa horrible cicatriz la que la afeaba y le hacía parecer distinta a las demás. Inferior. Sin ella, Jennifer estaba segura de que hubiera sido igual de llamativa que su hermana, pero el destino había querido robarle su belleza.

—No debes preocuparte —respondió a Kristen, tratando de no parecer tan triste—. No creo que nadie se fije en mí estando rodeados de tanto esplendor.

Kristen sonrió, observando todo a su alrededor. Lady Stein era conocida por organizar las veladas más espectaculares, y cada temporada se esforzaba en superarse. Y esta vez, sin duda lo había logrado, al llenar el gran salón de baile de oro.

Libreas, copas, lámparas, el bordado de las cortinas e infinidad de detalles, era todo de oro, e incluso el gran mosaico del suelo parecía brillar mientras los invitados la pisaban para no resbalar por el suelo pulido.

—No creo haber visto nunca algo así —murmuró Kristen—. ¿Crees que los lacayos revisarán los bolsillos de los caballeros por si se llevan algo?

—No sería muy apropiado, pero por la forma en que algunas damas miran algunos adornos, o incluso las copas, deberían registrar debajo de las faldas —respondió Jennifer, consiguiendo que ambas rieran y su madre se girara para regañarlas con un gesto.

Solo llevaban un par de minutos en la sala cuando lord Barrington se les acercó y la respiración de ambas mujeres se aceleró. Esa noche estaba magnífico, y Jennifer quiso que por esta vez fuera ella la dueña de sus miradas.

Pero no fue así, pues Nash solo tuvo ojos para su hermana, provocando en Jennifer una gran desilusión.

«A estas alturas, ya debería saber que no significo nada para él», se reprochó a sí misma.

Por el contrario, Kristen, al unir su mirada a la del conde, sintió como si un rayo le hubiera caído del cielo. El calor se extendió por todo su cuerpo y no tardó en sentir que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Estás bien? —le preguntó Jennifer, al ver el rostro sonrojado de su hermana.

—No pasa nada —aseguró Kristen, sintiendo que su sonrisa se ampliaba ridículamente—. De hecho... todo está muy bien.

Estaba tan absorta contemplando cómo se les acercaba lord Barrington que no se percató del cuerpo tenso de Jennifer ni en su rostro serio.

Por el contrario, tenía tantas ganas de encontrarse con el conde, que de forma impulsiva dio un paso hacia él, como si su anhelo le impidiera esperarlo quieta.

—Señoritas... —Nash se inclinó profundamente ante Kristen e hizo una inclinación de cabeza hacia Jennifer.

—Lord Barrington —respondió Kristen, sintiendo que el rubor de sus mejillas se intensificaba mientras hacía una reverencia. El conde la miraba tan fijamente que parecía poder ver dentro de ella.

—Está usted sencillamente impresionante, señorita Lambert —le dijo lord Barrington a Kristen, mostrando una sonrisa que dejó sin aliento a la muchacha.

—Gracias —consiguió responder ella, casi sin aliento.

Kristen quería felicitarle por su propio aspecto, pero temió ser demasiado osada si lo hacía. Más aun cuando sus padres la observaban de cerca y su hermana permanecía a su lado, como si temiera dejarla a solas con el caballero.

Esa idea sacó a Kristen de su ensimismamiento con lord Barrington, devolviéndola a la realidad en que se encontraban. Miró hacia Jennifer y vio que mostraba un profundo ceño fruncido, por lo que creyó que había hecho algo indebido, ¿pero el qué?

Jennifer mantenía la barbilla baja y con el rostro girado para ocultar su cicatriz, ocasionando en Kristen una terrible tristeza.

Ella estaba pletórica por la aparición del conde y por como él se complacía al verla, mientras que su hermana no tenía a nadie que le mostrara su interés. Kristen incluso había olvidado cómo los invitados la miraban en cuanto se percataban de la marca en el rostro de Jennifer, convirtiéndose, como siempre que salían, en el centro de todos los rumores.

Debería ser más cuidadosa y procurar que su hermana no se sintiera infeliz. Al fin y al cabo, Jennifer solo tenía a su familia, y en especial a ella.

—Jennifer y yo estábamos comentando sobre el salón de baile. —Kristen buscó un tema común, con la esperanza de atraer a su hermana a la conversación—. Nunca habíamos visto algo parecido.

—Estoy de acuerdo con ustedes, aunque lady Stein se ha arriesgado mucho al dejar la sala tan deslumbrante con tanto oro.

—¿Por si lo roban? —preguntó inocentemente Jennifer, con su pensamiento burgués.

—Más bien por si deja ciego con tanto brillo a más de un invitado.

Los tres se rieron, aunque la sonrisa de Jennifer fue fingida.

—Es usted cruel, lord Barrington —respondió Kristen queriendo agradar al caballero, pero sin poder evitar ser sincera.

—Es posible, pero ya me contará mañana si tanto brillo le ha ocasionado un fuerte dolor de cabeza. —Kristen sonrió ampliamente al recordar la frecuencia con que el conde la visitaba—. Aunque conozco una manera muy eficaz para remediarlo.

—¿Cuál? —preguntó ella, complacida ante el brillo juguetón en los

ojos del conde, que no había cesado de contemplarla.

—Que me conceda un baile.

Encantada, Kristen le ofreció su tarjeta de baile y observó el cuerpo tenso de su hermana que, a pesar de permanecer a su lado, no había dicho ni una palabra. Kristen creyó que se debía a que Jennifer no aprobaba al conde por haber sido un libertino, por lo que decidió que hablaría con ella para dejar este tema claro.

Lord Barrington le interesaba como marido y, desde que él empezó a cortejarla, ni una sola vez había escuchado ningún incidente sobre su persona. Había llegado el momento de que su hermana le diera una oportunidad a lord Barrington y no se volviera fría cada vez que este estaba cerca.

El carraspeo del conde hizo que Kristen se volviera a mirarlo, encontrándolo con la mano extendida para ofrecerle el carnet de baile.

Kristen dejó que sus ojos se desviaran hacia la tarjeta, en la que comprobó que el conde había reservado dos bailes con ella, y que uno de ellos era un vals.

—¿Dos bailes, lord Barrington? —preguntó Kristen, viendo cómo crecía la sonrisa torcida de él.

—Me he tomado ese atrevimiento al pensar en su salud, señorita Kristen. Recuerde que solo el baile puede hacer que este brillo no le produzca un fuerte dolor de cabeza.

—Por supuesto, ¿cómo podría haberlo olvidado? —repuso ella maliciosa, logrando que él riera—. Aunque tengo la sensación de que tiene algún que otro motivo para adjudicarse dos bailes.

—Me ha descubierto —aseguró él, acercándose a ella sin parecer percatarse de la presencia de Jennifer—. Pero solo se lo diré cuando estemos bailando.

Su voz se había vuelto un susurro que ocasionó un fuerte escalofrío a Kristen. Ni siquiera cuando el conde retrocedió, este disminuyó, sino todo lo contrario, ya que se acrecentó cuando se encontró con su mirada. Fue algo salvaje que se extendió por su cuerpo, apoderándose de ella. Que su hermana estuviera a su lado como testigo de una exhibición tan pública de sus emociones, no pareció importarle.

Lo único que le importaba a Kristen eran esos cosquilleos y lo mucho que deseaba que el baile comenzara para poder sentir lo que sería bailar un vals en los brazos de lord Barrington.

Por su parte, Jennifer estaba de pie junto a Kristen, sintiendo que se asfixiaba. Su hermana y el conde parecían absortos en su pequeño universo, sin que pareciera que nadie más les importara. Y eso la entristecía, aunque, para su sorpresa, no por el motivo que esperaba.

Se dio cuenta de que sus celos no eran fruto del amor por lord Barrington, como había creído, sino de no tener a nadie a su lado que la mirara de la forma en que él miraba a su hermana.

Quería su propio cuento de hadas, donde el caballero luchara contra dragones para conseguirla. No una vida solitaria en la que solo tenía a su familia y en la que pronto ni siquiera tendría a Kristen.

Se sintió más triste que nunca y deseó salir corriendo, pero, ¿hacia dónde? ¿Hacia un hogar vacío? ¿Hacia la soledad de una esquina?

—¿Se encuentra bien, señorita Lambert?

La voz preocupada de lord Barrington hizo que Jennifer alzara la cabeza y lo observara.

Ante sus ojos volvía a tener a ese caballero amable que un día se había detenido a su lado y no la había mirado con pena o desagrado.

—No se preocupe, lord Barrington —logró decir, aunque Jennifer reconoció que su sonrisa no pudo ser sincera—. Solo estoy abrumada por la gran cantidad de invitados.

—Es cierto. —Él ofreció la sonrisa con la que Jennifer tantas veces había soñado. Una sonrisa que ahora ella se daba cuenta de que era genuina, y que siempre tenía en la comisura de sus labios—. Lady Stein suele excederse en sus invitaciones. Si quiere, puedo traerle un poco de ponche.

—Gracias, pero no será necesario. Usted debe complacer a mi hermana y sacarla a bailar.

Nash se la quedó mirando por unos segundos, como si quisiera comprobar que se encontraba bien, mientras Kristen cogía de las manos a su hermana.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Kristen.

Jennifer asintió y trató de hacer más sincera su sonrisa.

—Por favor, no os entretengáis por mí. Me quedaré con mamá.

Ambos asintieron al ver que la señora Lambert se les acercaba. Seguramente, curiosa por la conversación que los tres estaban manteniendo, cuando el primer baile estaba a punto de comenzar.

—De acuerdo —dijo Kristen, tras lo cual le dio un beso en la mejilla a Jennifer para después alejarse del brazo de un sonriente Nash.

—Hacen una pareja maravillosa —señaló Margaret una vez hubo llegado junto a Jennifer, mientras observaba cómo su hija menor y el conde llegaban a la pista de baile.

Jennifer tuvo que admitir que era cierto, al ver que se movían en perfecta armonía. ¿Habría sido igual con ella?

—No te preocupes, algún día llegará el hombre indicado para ti. —Al escuchar a su madre, Jennifer la miró confusa, encontrándose con unos ojos dulces que la observaban—. Soy tu madre, y te conozco muy bien. Me doy cuenta de cómo les miras con anhelo, y es comprensible, pero no debes sentirte mal por ello. Seguro que algún día conocerás a alguien.

Aturdida, Jennifer se quedó pensativa. ¿Era anhelo por encontrar a

alguien lo que estaba sintiendo al verlos juntos? ¿O algo más grave como los celos hacia Kristen, por tener lo que ella no tenía? Quizá había centrado todas sus esperanzas en lord Barrington al ser el único hombre que se había fijado en ella, sin darse cuenta de que él era un hombre afable y educado, que siempre se mostraba amable con quien le rodeaba.

Sintiéndose como una estúpida, deseó alejarse, pero no podía hacer que su madre sospechara lo profundo que habían arraigado sus celos. Porque, cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que todo había comenzado siendo un anhelo para después transformarse en celos.

En la pista de baile, Kristen resplandecía. Jennifer no recordaba haberla visto nunca tan feliz, y se preguntó qué derecho tenía ella a interponerse en su relación con lord Barrington.

El sentimiento de culpa se volvió abrumador. Por un momento, nunca se había sentido tan sola ni tan avergonzada. Había equivocado todos sus sentimientos, empezando por no saber distinguir el amor del deseo de ser amada.

Necesitaba salir de allí. Si pudiera tomar un poco de aire, el frescor de la noche la ayudaría a aclarar sus pensamientos. Giró la cabeza en busca de la puerta, pero no fue esta lo que encontró.

El duque de Pembroke caminaba hacia ella. En otras circunstancias, Jennifer se habría alegrado de su compañía, pero en estos momentos necesitaba con desesperación retirarse unos minutos a solas.

Antes de que él se acercara lo suficiente como para que su madre advirtiera su presencia, Jennifer se puso en marcha.

—Si me disculpas, mamá, voy a dar un paseo por la sala para ver bien toda la decoración —dijo Jennifer. Por su puesto, su intención era desaparecer unos minutos, pero si le decía eso a su madre, ella no le permitiría salir.

—Excelente idea, yo iré junto a las damas. Estaban hablando sobre la nueva moda parisina. Al parecer, los sombreros se van a volver más pequeños.

—Fascinante —logró decir Jennifer con un poco de entusiasmo.

—En casa os lo contaré todo.

Jennifer se marchó con una sonrisa, antes de verse tentada a poner los ojos en blanco. No entendía cómo a su madre podrían entretenerle todas esas frivolidades, cuando había cientos de temas mucho más sugerentes.

Miró en dirección al duque y comprobó que este la observaba confuso, pero sin dejar de perseguirla. Ella debía acelerar el paso si quería dejarlo atrás sin llamar mucho la atención y sin ofender al caballero. Al fin y al cabo, él había sido muy amable con ella y le estaba muy agradecida.

De pronto le asaltó una duda. ¿Qué hubiera pasado si aquella tarde en la calle, en vez de encontrarse con lord Barrington y quedarse prendada de él, se hubiera topado con el duque?

De solo pensarlo se estremeció, al darse cuenta de que ahora no estaría huyendo de él, sino bailando en la pista de baile junto a las demás parejas.

Pero ahora no podía pensar en ello. No cuando se sentía tan alterada por la sucesión de pensamientos y sensaciones que estaba descubriendo esa noche.

Estaba a punto de llegar a la puerta cuando alguien se interpuso en su camino.

Era el conde de Ashworth.

Jennifer tuvo que detenerse y retroceder un paso para evitar chocar contra él.

—Milord —dijo ella con sorpresa y luego le ofreció una rápida reverencia.

—Señorita Lambert. —Él se inclinó con los ojos fijos en Jennifer.

—Si me disculpa, iba a tomar un poco de aire fresco. —Ella señaló la puerta, a punto de rodearlo, pero él volvió a interponerse en su camino.

—Eso puede esperar. Debe acompañarme en el siguiente baile. —Su petición sonó a orden, por lo que Jennifer estuvo a punto de negarse. Pero estaba segura de que la arrogancia del caballero no le permitiría hacerlo.

—Disculpe que insista en mi deseo de descansar.

—Bobadas —dijo él con rotundidad—. Necesito hablar con usted, y la mejor manera de hacerlo sin levantar sospechas, y sin peligro, es en un baile.

Jennifer miró a su alrededor, preguntándose si alguien podría escucharlos, pero todos los invitados estaban demasiado enfrascados en sus propias conversaciones. Ni siquiera pudo encontrar al duque tras ella.

—Es mejor que no me rechace, señorita Lambert —aseveró él con voz seria—. Le sugiero que no me tenga como adversario.

Jennifer pensó en ello y supo que era cierto. Lord Ashworth se había acercado a ella para hacerle partícipe de un plan, y le había indicado que le mandaría un mensaje para que hiciera algo.

Sabía que él estaba muy interesado en conseguir a su hermana y que era un hombre capaz de cualquier cosa para lograr lo que quería. Por lo que, si no podía conseguirlo de ella, él buscaría otra manera de llegar a su hermana. La diferencia era que, si Jennifer le hacía creer que estaba interesada en su plan, podría averiguar sus intenciones y desbaratárselas sin que nadie se viera perjudicado. Pero si ella se negaba… él podría conseguir que otra persona le facilitara el acceso a

Kristen. Y eso sería muy peligroso.

Jennifer sabía también que Kristen le tenía miedo y que no soportaba su cercanía, por lo que a Jennifer le sería más fácil mantener a su hermana alejada de este odioso caballero.

Se reprochó no haberle contado a nadie el interés de lord Ashworth por conseguir de cualquier manera a su hermana, pero sus sentimientos habían estado tan centrados en lord Barrington que estos habían cegado su juicio.

Pero esta noche era diferente. Ahora podía hacer algo para reparar ese daño y de paso conseguir no sentirse tan mal.

—Está bien, lord Ashworth. Le concedo el próximo baile.

El conde sonrió con ironía, como si se riera de la posibilidad de que alguien como ella le cediera el honor de compartir un baile. Menos aún una mujer desfigurada, que debería agradecerle que la sacara a bailar.

Sin más palabras por intercambiar, al menos, por el momento, Jennifer dejó que él la guiara hacia la pista de baile, aunque ella mantuvo la mirada baja durante todo el camino, al no querer ver cómo se convertía en el centro de las murmuraciones. Solo cuando él la tomó de la mano y la condujo por la pista, Jennifer levantó la cabeza.

Al borde de la pista pudo ver al duque de Pembroke, con la decepción grabada en sus rasgos.

Al verlo, Jennifer sintió una nueva oleada de tristeza en su interior. ¿Qué le pasaba esta noche?

Durante un minuto, ella y el conde bailaron en silencio, hasta que él comenzó a hablar con un marcado tono de exigencia en su voz.

—Intente sonreír, señorita Lambert, todos deben creer que está disfrutando del baile.

Jennifer no dijo nada. Se limitó a mantener su cuerpo tan rígido que sintió un nudo cada vez más grande en su estómago. Pero el conde no pareció darse cuenta, decidido a iniciar una conversación.

—He pensado que sería mejor hablar cara a cara, en vez de pasarle una nota. Así no podrá darme una tonta excusa como que no la ha recibido o la ha perdido —aclaró él, como si ya hubiera pensado en esa posibilidad.

Pero Jennifer no estaba dispuesta a dejarse intimidar por ese hombre. Ahora no estaba sola, sino en medio de una pista de baile, por no mencionar que su familia estaba presente.

—¿No querrá decir que es mejor hacerlo de esta manera para no dejar evidencias?

—Muy perspicaz por su parte, pero no creo que deba preocuparme por ello. Los dos estamos metidos en esto, y no creo que quiera arruinar su reputación revelando una nota que por supuesto yo no

firmaré.

—Por supuesto.

Los dos continuaron bailando, aunque lo que más deseaba ella era abandonar la pista sin importarle los rumores ni dejar al conde en evidencia. Lord Ashworth pareció percibir su vacilación y estrechó su mano mientras la guiaba en un paseo por la secuencia de baile ensayada.

Después, lord Ashworth la miró a los ojos y por fin Jennifer supo para qué la requería el conde.

—Dentro de unos días, debe conseguir que su hermana se presente en una dirección a una hora concreta.

Jennifer estuvo a punto de tropezar cuando sus pies se pararon en seco. ¿Había escuchado bien?

—Continúe bailando, señorita Lambert, si no quiere que acabemos siendo el hazmerreír de todos.

A Jennifer no le importaba quedar en ridículo, después de lo que él le acababa de pedir.

—Debe de estar loco para pedirme algo así. —Y cuando ella le miró a los ojos, justamente le dio esa impresión.

—Le estoy hablando en serio. Quiero a su hermana y no cesaré hasta que sea mía.

Jennifer se estremeció al sentir la fuerza y el desprecio con que él había hablado, aunque trató de disimular que había descubierto que en sus palabras había algo más.

Lo supo no solo por su tono de voz o por su fría mirada, sino por la forma en que él le apretó la mano y en cómo se tensó cuando dejó de mirarla a ella para posar la vista donde debería estar Kristen.

De forma automática, Jennifer se giró en esa dirección, encontrándose con la mirada preocupada de Kristen y lord Barrington. Ambos se encontraban en el borde de la pista de baile, al lado de los padres de las muchachas, que parecían absortos con alguna conversación.

El sentimiento de culpabilidad de Jennifer se hizo mayor, al recordar cómo en su primer encuentro con lord Ashworth no se había negado a ayudarle. Tal vez, si lo hubiera hecho, ahora no se vería envuelta en este asunto.

—Eso sería un error —aseguró él, al darse cuenta de hacia dónde miraba Jennifer—. Entonces, ninguno de los dos conseguiría lo que quiere.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella volviendo su vista hacia lord Ashworth, que permanecía serio observándola. Era como si él hubiera podido leer sus pensamientos, incluso antes de que ella los hubiera formulado en su cabeza.

—Lo sabe muy bien. Está tan implicada en esto como yo.

—No es así. Yo no le prometí nada y no he hecho nada.

Ella lo miró indignada, pero él se limitó a ofrecerle una sonrisa autocomplaciente mientras el baile llegaba a su fin.

—Ha bailado conmigo públicamente y hemos estado conversando mientras tanto. ¿No cree que serán pruebas suficientes, si confieso que todo fue culpa suya? ¿Que sus celos por su hermana la hicieron perder la cabeza y organizarlo todo?

—Eso es ridículo, nadie le creería.

Lord Ashworth rio con ganas, llamando la atención sobre ellos. Un hecho que sin duda había orquestado con el propósito de tener una coartada, en caso de que ella le culpase.

—Mire bien a su alrededor, señorita Lambert. Yo soy un distinguido y valorado conde con un gran futuro por delante, mientras que usted es una insulsa solterona que no tiene a nadie más que a su familia para que la proteja de la miseria. Por no mencionar que no es de nuestro círculo y, por consiguiente, siempre será marginada por ello.

Jennifer sabía que era cierto, pero le dolió escucharlo de sus arrogantes labios.

Si se ponía en tela de juicio quién de los dos había orquestado todo, nadie se podría del lado de la muchacha sin título que vivía marginada y que siempre se ocultaba entre las sombras. Todos creerían las mentiras de lord Ashworth y tomarían como cierta su acusación de que ella había actuado así por celos.

—Solo tiene un camino, señorita Lambert. No lo olvide.

Por suerte, la música cesó en ese instante, y Jennifer se apresuró a hacer una reverencia cuando él se inclinó, para no llamar más la atención, y luego salió de la pista.

Ni siquiera miró hacia atrás para asegurarse de que él ya se había marchado, ya que solo deseaba alejarse de él y de todo lo que representaba.

Tampoco podía acercarse en ese instante a donde se encontraba su familia, y mucho menos a su hermana. Jennifer estaba segura de que ella la arrinconaría con multitud de preguntas, y no se sentía preparada para ello.

«¡Necesito aire fresco!».

Jennifer se dio la vuelta en el acto, decidida a renovar su deseo de salir al aire libre, pero al girarse, alguien volvió a impedirle el paso.

—¿Me concede el siguiente baile, señorita Lambert?

La pregunta fue tan directa y abrupta que Jennifer creyó por un instante que no había oído bien. Pero al ver que él se mantenía erguido ante ella esperando una respuesta, supo que sus oídos no la habían engañado. El duque de Pembroke le había pedido un baile.

Jennifer pensó en declinar su petición y tratar de salir de nuevo,

pero una mirada hacia su hermana le hizo cambiar de opinión. Sin lugar a dudas, en cuanto se quedara a solas, Kristen acudiría a ella para exigirle a Jennifer que le contara todo sobre su tenso baile con lord Ashworth, por lo que no le quedó más remedio que aceptar.

Aunque debía reconocer que una pequeña voz en su interior le dio las gracias por haber aceptado.

—Sí, por supuesto —asintió ella tomando la mano que él le ofreció, ahora un poco menos tenso.

Cuando sus dedos se tocaron, Jennifer se sorprendió de la delicadeza y el calor que emanaba el duque. Incluso a través de los largos guantes blancos que ella llevaba, pudo sentir el calor de esos dedos mientras él la guiaba hacia la pista de baile. Sintió que parte de su tensión y su miedo se desvanecía al sentirse protegida.

Cuando se colocaron en el centro de la pista, Jennifer trató de mantener la barbilla baja y el lado marcado de su mejilla fuera de la vista de él, pero en el momento en que el duque le puso una mano en la cintura para comenzar el baile, ella se olvidó de todo.

Por un breve instante, ese toque había barrido toda la agonía y el dolor con los que estaba luchando esa noche, y los sustituyó por algo totalmente distinto. Un sentimiento de... ternura.

Capítulo 14

Desde que James la había visto entrar al salón de baile aquella noche, no había podido apartar la mirada de ella. Ahora, mientras se preparaban para bailar una cuadrilla, se sintió tentado de alcanzar el único mechón que aún se enroscaba sobre la cicatriz de Jennifer y empujarlo hacia atrás, detrás de su oreja.

Le costó un gran esfuerzo no hacerlo, del mismo modo que le costaba no aprisionarla entre sus brazos. Pero no podía hacerlo, al no ser suya.

La música comenzó y empezaron a moverse intercambiándose con diferentes parejas. Le hubiera gustado bailar con ella el vals, pero, por desgracia, se tendría que conformar con pequeños instantes de intimidad, al no poder esperar más sin hablar con ella.

—Esta noche está usted encantadora, señorita Lambert. —Ella lo miró escéptica, mientras él la guiaba siguiendo a la pareja que tenían delante de ellos—. ¿No cree que mi cumplido sea cierto? —preguntó James con una sonrisa.

—Lo que no creo es que sean necesarios los cumplidos, Excelencia —dijo Jennifer alzando una ceja.

—No estoy siendo educado, señorita Lambert. Me gusta ser sincero, y no regalo cumplidos a quien no se los merece —le aseguró él, sintiendo sus delgados dedos sobre su palma, justo antes de que se separaran para formar un círculo.

Durante los escasos segundos que se mantuvieron apartados a causa del baile, Jennifer miró al duque con disimulo. Se sentía confundida por su amabilidad y por lo que su cercanía le hacía sentir, del mismo modo que no entendía por qué él se empeñaba en buscarla, cuando había cientos de mujeres mucho más bonitas y apropiadas para él.

Recordó sus palabras al decirle que lucharía por ella y aquel beso que la había dejado paralizada. No había querido pensar en ello, al creer que solo había sido un capricho momentáneo y que el duque pronto comprendería que su unión sería un despropósito.

Pero él le había vuelto a pedir un baile y seguía mirándola de esa forma tan estremecedora.

—¿Por qué se empeña en bailar conmigo? —Se atrevió a preguntar Jennifer cuando el baile volvió a unirles.

—Ya se lo dije, usted me interesa y tengo la intención de conocerla

mejor. —Él no quiso decirle que quería conquistarla, puesto que no quería parecer prepotente.

—Pero ya le dije que amo a otro hombre —susurró Jennifer para que nadie les escuchara.

Una voz dentro de ella la reprendió, acusándola de mentirosa. Primero, por decir que amaba a otro hombre, cuando hacía escasos minutos que incluso ella misma había dudado de su amor por lord Barrington y, segundo, por no reconocer que el duque no le era indiferente.

Guiada por un impulso, buscó a lord Barrington y lo encontró conversando con un grupo de caballeros en el que estaba el padre de Jennifer. Resultaba más que evidente que el conde quería complacer al señor Lambert, y que por ello se mostraba tan servicial con la familia. Aunque, por lo poco que ella lo conocía, no creía que su acercamiento a la familia Lambert fuera solo una estrategia para ganarse a su hermana, sino que estaba en su naturaleza ser amable con todo el mundo. Incluso con ella.

Y esa amabilidad había sido la causante de todos sus problemas.

—Espero que dicho caballero no sea lord Ashworth. —El tono en la voz del duque fue serio, casi áspero.

—¡No! —se apresuró Jennifer a negar, al serle incluso ofensivo que él pensara una posibilidad semejante.

—Me alegro. Lord Ashworth puede ser muchas cosas, pero nunca un buen esposo.

Jennifer no supo qué le impulsó a seguir con la conversación, ya que no quería mostrar mucho interés por ese caballero, pero sentía curiosidad por saber más sobre lord Ashworth. ¿Sería tan peligroso como su instinto le decía?

—¿Conoce bien a lord Ashworth?

—No íntimamente, pero sí que conozco muy bien su prepotencia y su necesidad de conseguir siempre lo que desea.

Jennifer se tensó al escucharle, aunque, por suerte, el duque no se percató de ello, al exigir el baile que tuvieran que intercambiar temporalmente las parejas. Aún así, James mantuvo sus ojos fijos en Jennifer, quien tampoco apartó los suyos de él.

Cuando volvieron a estar juntos, James volvió a sentir la emoción de tenerla entre sus brazos. Durante un minuto, no dijeron nada. Siguieron bailando juntos y, esta vez, ella no bajó la mirada de forma inconsciente, sino que no dejó de mirarlo.

Cuando el duque la tomó del brazo para dar un paseo en círculo con los demás bailarines, su brazo rozó la cintura de Jennifer. Él la observaba con la suficiente atención como para ver que las mejillas de ella se volvían de un color carmesí.

Cuando volvieron a estar frente a frente, caminando uno alrededor

del otro, Jennifer seguía sin poder apartar su mirada de ella.

—No debería mirarme de esa manera en público, Excelencia, Conseguirá que todos hablen de nosotros.

—No creo que nadie más que usted se dé cuenta de mis miradas. Además, solo soy un caballero cautivado por su belleza —afirmó él, haciendo que los ojos de Jennifer se abrieran de par en par.

—Vuelve a regalarme un cumplido, cuando ya le he dicho que no son necesarios. Conozco mi rostro muy bien —dijo ella, tensa—, y sé que lo único llamativo en él es mi cicatriz.

—En eso se equivoca, señorita Lambert. Hay mucho más en su rostro que una simple cicatriz. —La voz de James se hizo más profunda.

—No se burle de mí —dijo Jennifer en un susurro, pero con un tono de ira. Acto seguido, se tomaron del brazo y se enfrentaron por exigencias del baile, que ya llegaba a su fin.

—No lo estoy haciendo —aseguró James serio, pero con dulzura—. Ya le he dicho que soy un hombre al que le gusta la sinceridad, y nunca osaría mentirle.

La última nota del baile sonó y, tras una reverencia, Jennifer se dispuso a marcharse. No le gustaba hablar de su apariencia física, y mucho menos con un hombre. Aunque este fuera el duque de Pembroke y nunca se hubiera sentido tensa a su lado. Hasta ahora.

Pero James no iba a permitir que ella saliera huyendo. No cuando llevaba pensando en ella todo el día y había tenido que perseguirla por toda la sala. Con ese propósito, cogió la mano de Jennifer discretamente y la colocó sobre su brazo, como hacían el resto de las parejas que les rodeaban y se disponían a dejar la pista de baile.

—Deje que me marche.

Jennifer intentó soltarse, al necesitar con urgencia refugiarse en algún lugar a solas. Ella siempre había sabido que su punto débil era su cicatriz, la cual le hacía sentirse ridícula y fea cada vez que ella misma o los demás se la recordaban. Algo que solía ser demasiado a menudo.

En vez de soltarla, como Jennifer le pidió, James puso su mano sobre la de ella y sosegó su tono para intentar calmarla.

—No sin que antes sepa lo que pienso de usted. De lo genuina que me parece. Admiro su fuerza, señorita Lambert, aunque usted se empeñe en ocultarla, incluso a sí misma.

Por un instante permanecieron en silencio, mientras las demás parejas se removían a su alrededor para salir de la pista de baile. Jennifer deseaba creerle. Todo su anhelo consistía en que alguien la mirara como lord Barrington miraba a su hermana. Jennifer anhelaba tener también el amor genuino de un hombre amable.

Observó al duque y no vio malicia o engaño en él, y deseó haberle

conocido mucho antes de sentirse tan confundida y sola.

—Es usted un hombre diferente a cuantos he conocido. La mayoría no miran más allá de mi cicatriz.

—En ese caso, me considero afortunado de ser diferente. De no ser así, estaría tan ciego como los demás caballeros y no habría conocido a una dama tan encantadora como usted.

A pesar de su tristeza, de sentir su corazón pesado y de haber estado a punto de salir corriendo para llorar a solas, Jennifer sonrió. No fue una sonrisa amplia y luminosa, pero sirvió para borrar de su rostro su apatía.

Contento por haberla hecho sonreír, James le devolvió el gesto y la guio hasta el extremo de la sala de baile. Cerca de ellos, Kristen la observaba, ahora más tranquila, pero evidenciando en su mirada que tenía cientos de preguntas para ella.

Con la cabeza alta, Jennifer acompañó los pasos del duque, comprobando que los cuchicheos la seguían a su paso.

—No debe molestarse por los celos de las demás damas, señorita Lambert —dijo James divertido mientras caminaba erguido a su lado —. Es lógico que no soporten que el duque de Pembroke solo elija a las más bellas de la gala para bailar, y por ese motivo sientan envidia de usted.

—Por supuesto. Seguro que están rumoreando sobre ese asunto. — Jennifer le siguió el juego, al no querer que esa complicidad y felicidad que ahora experimentaba se desvaneciera.

—No lo dude —prosiguió él, ya a escasos pasos de la familia Lambert y su amigo Nash.

—Y dígame, Excelencia, ¿cuántas mujeres esta noche hemos tenido la suerte de acompañarlo en un baile?

—Solo una, señorita Lambert. Solo usted.

Jennifer lo miró, impresionada ante lo que acababa de decirle, y recordó las palabras de él en su casa, cuando le aseguró que lucharía por ella. ¿Sería esto un cortejo? ¿Era esta la forma en que un caballero trataba de ganarse el afecto de una dama?

El solo pensamiento de que fuera posible la hizo estremecerse de placer y que profundizara su sonrisa. Al parecer la fea, solitaria y solterona señorita Lambert, estaba siendo cortejada por el duque de Pembroke.

Por primera vez en su vida, Jennifer alzó la barbilla y caminó con orgullo, sin importar lo que dijeran a su paso. Estaba tan abstraída que no se fijó en que la duquesa viuda de Pembroke, la madre de James, les interceptaba mostrando una amplia y falsa sonrisa.

—Qué feliz coincidencia, señorita Lambert —dijo la dama—. Me preguntaba dónde podría estar usted. Como siempre suele meterse en los rincones más insospechados, pensé que no la vería en la velada de

lady Stein.

Jennifer no se tomó a mal la palabras de la viuda, al no conocer la antipatía que esta le profesaba, por lo que consideró que solo era un simple comentario.

—Madre, la señorita Lambert ha estado bailando conmigo y ahora me proponía a dejarla junto a su familia. —El tono suave de James había desaparecido, aunque no dejó que se percibiera la tensión en su voz, por si su madre decía algo impropio a la dama.

—Ya os he visto. Y por eso me he acercado para saludaros y recordarte que tu prometida, lady Stevenson, te está esperando para el próximo baile.

Al escuchar que la duquesa viuda mencionaba a la prometida de James, Jennifer se tensó, notando cómo su coraje y alegría se desvanecían.

Al percibirlo el duque, miró severo a su madre, que mostraba una expresión de inocencia, aunque James, al conocerla muy bien, pudo ver su brillo malicioso y de regocijo al advertir la incomodidad de la señorita Lambert.

—Madre —dijo él con un tono de reproche—. Sabe de sobra que lady Stevenson no es mi prometida. Si alguien la escuchara, podría perjudicar mucho a la dama.

Octavia se tensó y miró con desagrado a su hijo, pero su edad le había enseñado cuándo atacar y cuando callarse y, sobre todo, cómo hacer daño con un simple comentario.

—Está bien, hijo. Aunque no comprendo cómo no puedes estar interesado en una dama tan encantadora. Es perfecta y de una familia excelente. —Luego se volvió con una sonrisa falsa hacia Jennifer—. ¿No lo cree así, señorita Lambert?

Jennifer se quedó callada, al no saber qué contestar. Quería parecer desinteresada para que la viuda no comprobase que sus palabras la habían herido, pero le resultaba imposible. Su sueño de ser cortejada por el duque había durado unos segundos, siendo incluso más breve que su interés por lord Barrington

—Me imagino que le habrá agradecido a mi hijo que la invitaran a esta velada —continuó Octavia—. Es de suponer que, al ser la suya una familia de tan bajo nivel, no suelan recibir este tipo de invitaciones. —Su sonrisa brilló con malicia al ver que la señorita Lambert palidecía—. El bueno de mi hijo siempre está dispuesto a hacer obras de caridad con personas que no son tan afortunadas como nosotros.

—Madre, le recuerdo que la familia Lambert es muy respetada y que no tiene nada que envidiar a la nuestra —aseveró James, visiblemente enfadado.

Jennifer notó la tensión entre madre e hijo y se dio cuenta que

estaba en medio de un conflicto entre ambos. No le gustaba la sensación de ser parte de ello, por lo que tocó el brazo del duque para llamar su atención.

Si media hora antes la duquesa viuda de Pembroke le hubiera hablado así, Jennifer se habría echado a llorar, al haber supuesto el colofón de su abatimiento. Pero tras el baile con el duque y saber qué era lo que se sentía al ser normal, no estaba dispuesta a agachar la cabeza. Y como otras veces le había sucedido estando con el duque, sintió la fortaleza suficiente para ser ella misma y hablar con voz firme.

—Sin duda, le estoy agradecida al duque por haber intercedido ante lady Stein, y así haber recibido una invitación. —Jennifer mostró una sonrisa igual de falsa que la de Octavia—. Pero le aseguro que mi familia es rica en elegancia, educación, respeto y riqueza. Algo de lo que muchas familias aristócratas carecen.

Complacida al ver a la viuda con la boca abierta, pues esta no esperaba tal respuesta, Jennifer sonrió más ampliamente e hizo una reverencia para marcharse, pero antes le dirigió una mirada al duque, que le sonreía complacido e incluso orgulloso de ella.

Esto hizo que Jennifer se sintiera mejor, más aún cuando James le guiñó un ojo y su madre soltó un hipo de indignación.

—Si me disculpa, debo regresar con mi familia —le dijo Jennifer al duque, sabiendo que le debía una despedida.

—Por supuesto, señorita Lambert —se despidió James cortés, que ahora la miraba con más brillo en sus ojos.

Nada más alejarse unos pasos, Jennifer escuchó su voz, dirigiéndose con severidad a la viuda.

—Me avergüenzas, madre.

Jennifer no se detuvo a escuchar más, pues con esas simples palabras había tenido suficiente.

El duque se acababa de convertir en un buen amigo, y solo el tiempo, su corazón y el destino, sabrían qué más le aguardaba.

Capítulo 15

Con el paso de los días llegó el cumpleaños de Kristen y, con ello, la esperada presentación del padre de Nash. El marqués llevaba tiempo deseando conocer a la muchacha que había conseguido asentar la cabeza de su hijo, por lo que no dudó en aceptar la invitación que le envió el señor Lambert.

Kristen había estado muy nerviosa los días previos, no solo por la importante ocasión, sino por hacer posible sus planes de preparar un picnic cerca de Hyde Park. Por suerte, no tuvo que preocuparse, pues lucía un sol espléndido y tanto la familia como sus invitados disfrutarían de la velada bajo una agradable temperatura.

Pero lo más importante de todo, y que había sido la causa de su desvelo nocturno, era que hoy, tras la presentación, su cortejo se consideraría oficial.

—¡Dios mío, Kristen!, si no te relajas un segundo y tomas asiento, acabarás agotada antes incluso de llegar al Serpentine[7] —le dijo Jennifer al observar cómo su hermana se asomaba de nuevo por la ventana, para después supervisar que su atuendo era el correcto. Guantes y sombrilla incluidos.

—Lord Barrington va a llegar de un momento a otro y todavía no tengo claro el camino a seguir para ir desde nuestra casa al Lago Serpentine.

—¿No te dijo papá que podríamos atravesar Hyde Park? El trayecto será más ameno y está a pocos minutos de distancia. —Jennifer trató de calmarla, pero fue inútil.

—¿Pero no será mejor ir directamente? ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? —murmuró Kristen, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

Jennifer sonrió y se acercó a ella para cogerle la mano.

—Tranquilízate, hermana. Lo importante no es cómo lleguemos, sino que disfrutes de tu cumpleaños.

Guiada por un impulso, Kristen la abrazó. Al mirarla a los ojos, pudo ver en ellos una mezcla de pesar y alegría.

—Me alegro de que vuelvas a ser tú misma.

Al escucharla, Jennifer se tensó, y Kristen se apresuró a explicarle sus palabras.

—No quiero que te molestes, pero en las últimas semanas parecías otra, más triste y distante.

Jennifer sabía perfectamente a qué se refería su hermana. Desde su enamoramiento, encaprichamiento, o lo que fuera que sintiera por lord Barrington, y el posterior interés del caballero en su hermana, había estado más preocupada en separarles y estar amargada que en ver la verdad.

Lord Barrington solo había sido amable y jamás había mostrado interés por ella, pero sí lo había hecho por Kristen. Además, Jennifer debía admitir que no tenía ni idea de cómo seducir o atraer a un hombre, y sus recursos para separar a lord Barrington de su hermana solo habían consistido en ponerlo en su contra.

Ahora se alegraba de que Kristen fuera una mujer segura de sí misma, no como ella. Pues eso había permitido que su relación con el conde no estuviera en peligro por su culpa.

—Lamento los comentarios tan desafortunados que hice respecto a lord Barrington —dijo Jennifer—. Con sus actos, ha demostrado que estaba equivocada al tildarlo de libertino, dejando claro que es un hombre reformado y con un fuerte sentimiento hacia ti.

—¿De veras lo crees? —preguntó sonrojada Kristen, pero visiblemente complacida.

—Cualquiera que os vea juntos se daría cuenta.

«Incluso yo», pensó Jennifer, aunque había estado demasiado tiempo cegada por sus deseos. Pero ya lo había entendido. Lord Barrington nunca sería de ella y, quizá, el duque cumpliría su promesa de conquistarla.

Ahora fue el turno de Jennifer en sonrojarse.

—¿Estás pensando en el duque?

—¿Cómo sabes…?

Kristen sonrió y cruzó las manos a su espalda, como si fuera una maestra disciplinando a su alumna.

—Lo sé porque es la misma cara que veo en el espejo cada vez que pienso en lord Barrington.

Ambas mujeres sonrieron, aunque Kristen apartó la jovialidad de su rostro para continuar hablando, ahora un poco preocupada.

—Me siento la mujer más afortunada del mundo. Lo amo, ¿sabes? —Sonrió ante sus palabras—. Más allá de lo que creía posible. Siempre quiero estar cerca de él, y no hay nadie más encantador y que consiga hacerme reír y estremecerme como lo hace él.

—Estás muy enamorada, ¿verdad? —preguntó Jennifer, aunque solo hacía falta mirar a Kristen a los ojos para saber que era cierto.

—Completamente —admitió esta, jubilosa—. Estoy tan... cautivada por él, que ahora sé que ningún otro pretendiente podría hacerme feliz.

Jennifer se quedó pensativa recordando los sentimientos que creía tener por lord Barrington. No creía haberse sentido tan enamorada

como se veía su hermana. De haber sido así, estaba segura de que hubiera movido cielo y tierra para separarlos, ¿verdad?

De pronto, la imagen del duque de Pembroke apareció en su mente, y sintió un escalofrío por todo su cuerpo. Él le había dicho que la conquistaría, a pesar de haberle confesado ella que amaba a otro hombre.

Él no se había rendido, y la había besado, y también la había perseguido en la velada de lady Stein para bailar con ella. ¿Eso significaba que los sentimientos de él por ella era sinceros?

—Espero que no te haya molestado que invitara al duque al picnic… —dijo Kristen—. Mamá insistió, y ya sabes lo pertinaz que es.

Como era de esperar, Kristen supo en quién estaba pensando su hermana. Quizá porque viera en su mirada algo que Jennifer se resistía a ver.

—Tranquila —aseguró Jennifer, ajena a lo que su hermana podía observar en ella, sin confesarle que no tenía ningún inconveniente en tal invitación, ya que no había vuelto a saber nada del duque desde el baile—. Sé de sobra cómo es mamá, y ni el mismísimo regente rey George[8] podría haberse interpuesto ante sus deseos.

Las dos volvieron a sonreír.

—Hablando del duque y, por si te sirve de algo mi opinión al respecto, te diré que es un hombre muy agradable. Además de guapo —añadió Kristen sonrojándose.

—¿Tú crees? —preguntó Jennifer, interesada en lo que su hermana decía, ya que esta había demostrado mayor juicio de carácter, como también más seguridad en sus criterios y sentimientos.

—Oh, sí —admitió Kristen riendo—. Fuiste la única mujer con la que él bailó en la velada de lady Stein. Aunque tras vuestro baile y la posterior conversación con su madre, pareció muy poco sociable y no tardó en marcharse.

—Creo que no agradé a la duquesa viuda de Pembroke.

Kristen se encogió de hombros para quitarle importancia.

—Lo que importa es que le agrades a él. El duque ya es mayorcito, y no creo que cumpla los deseos de su madre si él no está de acuerdo. —declaró Kristen.

—He escuchado que está prometido. —Jennifer aprovechó para sacar el tema, al ser algo que le había preocupado, aunque él había afirmado delante de ella y de su madre que no era cierto.

—Sí, yo también he escuchado ese rumor. Más concretamente que la duquesa viuda de Pembroke quiere que esa joven… lady… Stenson o Stevenson, sea su nuera.

—Bueno, no hay nada claro entre nosotros, solo…

Pero Kristen dejó de escucharla cuando oyó detenerse un carruaje ante la puerta de su residencia.

—¡Ya están aquí! —gritó dirigiéndose a toda prisa a la ventana para comprobarlo—. ¡Son ellos! —Y acto seguido, Kristen se convirtió en un remolino de faldas que desaparecía de la habitación en cuestión de segundos.

Tendrían que dejar esta conversación para otra ocasión, pensó Jennifer mientras se preparaba para el picnic y la presencia del duque.

—Una dama encantadora —volvió a asegurar Richard Mowbray, marqués de Connelly y padre de Nash, quien, sin dudarlo, se había colocado al lado de Kristen en cuanto esta bajó de la berlina.

Para Nash, el picnic había empezado de forma nefasta, no solo porque la señorita Kristen viajase en el carruaje de sus padres, mientras que él tuvo que aguantar la sonrisa sabelotodo de su padre, sino porque ahora su progenitor parecía empeñado en permanecer junto a la joven.

A Kristen, sin embargo, no parecía molestarle la compañía de lord Connelly, al escuchar complacida anécdotas de la infancia de lord Barrington.

Lord Connelly poseía un encanto natural que había heredado su hijo, y unos rasgos atractivos que el paso de los años no habían mermado. Pero lo mejor de él era su forma de ser gentil y amable que, afortunadamente, Nash también poseía, así como un fuerte sentido de lealtad.

Era por este motivo que no había vuelto a casarse tras la muerte de su esposa Jane, a pesar de tener que criar a un niño pequeño y de tener a toda viuda y mujer soltera tras él.

Ahora, junto a Kristen y la familia Lambert, se le notaba complacido, al comprobar que su hijo había elegido a la mujer correcta como compañera de vida.

No solo por ser bella y encantadora, sino porque también se notaba por su lenguaje que era una dama culta y se intuía su gran bondad. Esto la hacía la esposa perfecta para su hijo, pues no manipularía ni rompería el buen corazón de su hijo.

Complacido, se reunió con los padres de la muchacha y con esta, deseoso de saber todo lo que pudiera de su futura nuera. Si era que su hijo se atrevía esa tarde a pedir su mano...

Los criados, ajenos a todo esto, no tardaron mucho en tenerlo todo preparado colocando un amplio y mullido mantel blanco en el suelo. El lugar elegido había sido bajo un árbol, frente al lago y en un lugar algo alejado de la zona más frecuentada del parque, para tener más privacidad.

Jennifer, por su parte, tras ocuparse personalmente de que todo quedara perfecto, y así dejar que su madre disfrutara junto a su esposo, trataba de atender la conversación que mantenía su familia con lord Connelly, pero no podía evitar mirar cada pocos minutos por el camino que conducía hasta ellos. No es que estuviera impaciente por la llegada del duque, sino porque se preguntaba cuándo llegaría el único invitado que faltaba. O eso se decía a sí misma.

—Señorita Lambert, parece que espera a alguien —le dijo lord Barrington, consiguiendo que Jennifer se sobresaltara por no haberlo visto acercarse.

—No…, es solo que estaba observando las maravillosas flores que rodean el camino. —Fue lo único que se le ocurrió decir, y estuvo a punto de abofetearse por su falta de imaginación.

—Por supuesto, pero en caso de que supuestamente esté esperando a Su Excelencia, ya le he informado a su madre de que llegará un poco más tarde.

La decepción en el rostro de Jennifer debió de ser palpable para que incluso lord Barrington se percatara de ella.

—Pero le aseguro que su intención es venir —añadió este—. De hecho, me comentó lo mucho que deseaba este encuentro.

Jennifer le sonrió, dándose cuenta de que ya no sentía mariposas en el estómago cuando estaba cerca de lord Barrington. ¿Qué había sido entonces? ¿Un encaprichamiento? ¿Se había dejado deslumbrar por su porte y su simpatía? ¿Era común que él causara este efecto en las mujeres, y de ahí su fama de libertino?

Pensó que esto último podía ser cierto y, como una inmadura, se había dejado deslumbrar por el apuesto y gentil lord Barrington.

—Gracias por la aclaración, lord Barrington, pero le adelanto que mi interés en la llegada de Su Excelencia es solo matemática. —Al ver que él alzaba una ceja, ella sonrió y trató de explicarse—. Para que cuadre el número de parejas en la comida.

Nash amplió la sonrisa y pícaramente le respondió.

—Entonces no debe preocuparse por la llegada de Su Excelencia, pues según me acaba de comentar su hermana de usted, al tratarse de un picnic informal, nos sentaremos sin protocolo sobre el mantel.

Jennifer enrojeció y, por suerte para su abochornado ego, el conde hizo una reverencia y se marchó junto a Kristen. Jennifer observó a la pareja formada por su hermana y lord Barrington y comprobó el amor que ambos se profesaban. Era más que evidente, por la forma de mirarse repleta de cariño y por cómo siempre buscaban la compañía del otro.

—Cómo he podido estar tan ciega —susurró ella, sin pesar ni agravio en su interior. Tan solo lamentaba el tiempo que había malgastado siendo una ilusa, al creer que una mirada o una sonrisa

podía significar más que una simple gentileza.

—¿Verdad que hacen una magnifica pareja? —dijo su madre tras colocarse junto a Jennifer.

—Sí, son perfectos el uno para el otro.

Al escucharla, Margaret se giró para observar su cara.

—¿Eso quiere decir que apruebas su relación?

Jennifer la miró extrañada.

—¿Por qué me preguntas eso?

Margaret suspiró y volvió a mirar hacia Kristen. Esta se dirigía junto a lord Barrington y lord Connelly hacia el lago para dar de comer a los patos, según le había indicado antes de alejarse.

—Al oponerte tanto al cortejo de lord Barrington y al habernos recordado con tanta frecuencia su fama de libertino, todos supusimos que estabas en contra de esta relación.

Jennifer se avergonzó y agachó la cabeza ante el comportamiento que había mostrado. Era cierto todo lo que le decía su madre, pero las razones no eran las indicadas. Solo habían sido excusas para tratar de separarles y, por lo resultados conseguidos, estaba convencida de que no habían causado ningún efecto.

Pero no podía decirle a nadie la verdadera razón, como tampoco podía contarles su falso enamoramiento. Solo daba gracias al cielo de que nadie se hubiera enterado y que sus celos no hubieran causado ningún daño.

Aunque… Sí había alguien que lo sabía todo: Lord Ashworth.

—Lamento haber sido tan obtusa en este asunto —dijo Jennifer—. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba y lo mucho que se quieren.

Su madre le pasó un brazo por la cintura y la acercó a ella, mientras observaban a Kristen y a sus acompañantes dar de comer a los patos entre risas.

—Me alegro que entres en razón, y quiero que sepas que nadie te reprocha nada. Siempre has sido muy protectora con tu hermana pequeña, por el profundo amor que le tienes.

Ambas callaron al recordar el día del accidente, cuando Jennifer protegió a Kristen con su cuerpo, poniendo en riesgo su propia vida. Eso la había dejado marcada, pero había conseguido que su hermana de tan solo siete años saliera ilesa.

De ahí que a nadie le extrañara que se mostrara tan protectora y rebatiera su relación con el conde.

Jennifer sentía la necesidad de sincerarse con su madre, pero se avergonzaba de su comportamiento. Siempre podría alegar que los celos la habían cegado, pero ella sabía, en su interior, que además sentía envidia por todo lo que tenía Kristen y que ella nunca podría poseer.

—Y ahora, no pienses más en ello. Hoy es un día para las celebraciones, y no para el abatimiento —dijo Margaret, al ver aparecer lágrimas en los ojos de su hija.

—Así lo haré, mamá.

Su madre le besó en la mejilla, como tantas veces había hecho, solo que esta vez Jennifer sintió que era diferente. Como si le quitara un poco del peso de los remordimientos. Luego, su madre se marchó junto a su marido, que intentaba que le dieran a escondidas algo de la cesta de la comida.

Jennifer miró hacia el lago y observó que lord Connelly se acercaba a ella mientras la pareja se dirigía a la caseta donde se guardaban las barcas.

—¿Eres la chica *marcá*?

Jennifer se sobresaltó al escuchar la aguda voz de un niño tras ella, y se volvió con rapidez.

—Digo que si eres la…

—Sí, soy yo —admitió ella, seria.

—Me han *dao* esto *pa* ti —dijo el niño con un acento cockney[9]. Se notaba su baja condición social al llevar ropa rasgada y sucia. El chico le entregó una nota pulcramente doblada y salió corriendo como si le persiguiera el mismísimo diablo.

Jennifer se quedó paralizada con la nota en la mano, mientras observaba al niño hasta perderse de su vista. Extrañada, contempló la nota en su mano y comenzó a temblar de miedo.

Por un momento, se había quedado indecisa ante esa nota, llegando a pensar incluso que podía ser de Su Excelencia. Pero no creía que el duque utilizara a un muchacho para llevarle una misiva, cuando su amigo lord Barrington ya les había avisado de su retraso.

Por lo tanto, solo podía tratarse de una persona. Alguien que ya le dicho que se pondría en contacto con ella, y que, en caso de hacerlo a través de una nota, esta no estaría firmada.

Solo podía tratarse de lord Ashworth.

Jennifer hubiera preferido olvidar todo este asunto y que él hiciera lo mismo con respecto a ella, pero parecía que la fijación del caballero era demasiado profunda.

Se disponía a abrir la nota, temblorosa, cuando se percató de la llegada de lord Connelly.

—Vaya, ¿qué quería ese muchacho con tanta prisa? —Su voz parecía divertida y algo cansada por el recorrido que había realizado.

—Solo unas monedas —le aseguró Jennifer, odiando mentir.

—Ojalá pudiera correr como él, pero mucho me temo que mi edad empieza a pasarme factura.

—No debe decir eso, lord Connelly. Tiene usted un aspecto envidiable —dijo cálidamente Jennifer, ganándose una sonrisa del

caballero, que le recordó a la de su hijo en su primer encuentro. Solo que ahora podía ver que esa sonrisa era una prueba de su buen corazón y su falta de malicia.

Lord Connelly se rio, contagiando a Jennifer.

—Le agradezco el cumplido, señorita Lambert, sin lugar a dudas, son unas jóvenes encantadoras, y estoy muy complacido de que mi hijo las conociera.

—El placer es todo nuestro.

—Y ahora, si me disculpa, la dejaré a solas con… sus quehaceres. Yo también fui joven, y recuerdo las veces que usé a uno de esos pillos para hacerle pasar un mensaje a mi futura esposa.

Tras decir esto, él le guiñó un ojo a una sorprendida Jennifer y se marchó hacia donde los señores Lambert estaban sentados en la manta, degustando unos aperitivos.

Jennifer se percató de que no había escondido la nota que sostenía en su mano, por lo que lord Connelly no tuvo que esforzarse mucho por descubrirla.

—Soy un desastre —se dijo Jennifer, reprendiéndose por ser tan ilusa.

Sin querer que nadie más viera la nota, y sabiendo que lord Connelly le guardaría el secreto, miró hacía la caseta de las barcas, en donde su hermana y lord Barrington habían desaparecido.

Jennifer se dio la vuelta. Pondría su cuerpo como escudo para tapar la nota y así poderla leer sin ser descubierta.

«Señorita Lambert:

En cuanto reciba esta nota, todo estará preparado.

Lleve a su hermana con prontitud a la caseta de las barcas y márchese.

Recuerde que, si no me obedece, utilizaré la fama de mujeriego de lord Barrington para arruinar la reputación de su hermana y la suya.

X».

Jennifer se quedó paralizada y tuvo que volver a leer la nota para darse cuenta de lo que significaba. Lord Ashworth sabía dónde se encontraban y quería que llevara de inmediato a Kristen a la caseta de las barcas para… solo Dios podría saberlo.

El problema era que su hermana ya estaba en la caseta.

Se giró como un resorte y observó la caseta. Al igual que hacía unos segundos, no se veía por ningún lado a Kristen ni a lord Barrington.

Asustada, Jennifer comenzó a correr hacia la caseta, esperando ver salir a la pareja en cualquier momento, pero no había rastro de ellos.

Poco le importó el recato y se subió las faldas para correr más

rápido, mientras en su mano aún sostenía arrugada la infame nota.

—¡Kristen! —gritó, sin darse cuenta de que al hacerlo alertó a sus padres y a lord Connelly.

Aterrorizada y resoplando por la carrera, Jennifer llegó a la puerta de la caseta, donde encontró a lord Barrington tumbado en el suelo y con sangre en la cabeza.

Por un segundo no supo qué hacer, hasta que su sentido común hizo que se agachara para comprobar si estaba muerto. Por suerte, lord Barrington respiraba y al notar que le tocaban se movió inquieto, recuperando la consciencia.

—¿Dónde está Kristen? —preguntó Jennifer, preocupada.

—Se la han llevado —le costó decir a lord Barrington, que trataba de incorporarse—. Un hombre se la llevó. Vaya tras ellos.

Lord Barrington levantó un brazo y señaló el camino que partía de la caseta y que, desde donde antes se encontraba Jennifer, no podía verse.

Sin esperar ni un segundo, ella salió corriendo, dejando atrás a lord Barrington, que trataba de seguirla, pero que se tambaleaba cada vez que daba más de tres pasos.

Jennifer no tardó en divisar a lo lejos a un hombre que llevaba sobre su hombro lo que parecía una mujer que no paraba de patalear y retorcerse. Jennifer supo, sin lugar a dudas, que se trataba de su hermana y su secuestrador, y maldijo haber escogido un lugar tan apartado del público.

Pero lo peor no fue eso, sino descubrir que el hombre se acercaba a un carruaje de alquiler. Este parecía estar esperándoles y, tras meter a Kristen a trompicones y después subir el secuestrador, el carruaje salió disparado.

Jennifer corrió con todas sus fuerzas mientras llamaba a su hermana, pero fue inútil. El carruaje cada vez se alejaba más, y todo por su culpa.

De pronto, tras ella escuchó el galope de un caballo y pensó que era lord Ashworth. Solo podía ser él, pues lord Barrington no podría cabalgar en su estado, y su padre y lord Connelly no hubieran tenido tiempo de desenganchar un caballo del carruaje y montarlo.

Solo podía ser ese hombre miserable que, complacido, se aseguraba de que su víctima fuera llevada a donde él quisiera.

Donde tal vez Jennifer no pudiera encontrarla nunca.

Capítulo 16

Jennifer corría con todas sus fuerzas mientras resonaban tras ella cada vez más cerca, los cascos de un caballo. Al mismo tiempo, el carruaje donde habían metido a Kristen a la fuerza se iba alejando trayendo la desesperación a Jennifer, al saber que perdería a su hermana para siempre.

Ella no sabía si lord Barrington aún seguía corriendo tras ella o si sus padres y lord Connelly se habían percatado del secuestro y la posterior persecución, solo sabía que su hermana estaba en peligro y que la necesitaba. Por ese motivo, aunque cayera al suelo reventada, no dejaría de perseguir ese carruaje.

De pronto, vio cómo el caballo la rebasaba a la velocidad de un trueno y, como Jennifer había imaginado, el jinete era un hombre.

Este llevaba un gabán oscuro que ondulaba al viento, como si fuera una vela negra que no presagiaba nada bueno. Jennifer no pudo ver la cara del jinete, pero sí pudo observar que cabalgaba inclinado sobre su montura, para darle más velocidad al caballo.

—¡Kristen! —gritó Jennifer cuando notó que las fuerzas comenzaban a abandonarla y estaba a punto de desfallecer.

Para su sorpresa, el jinete se antepuso al carruaje, tratando de que parase, pero el cochero desvió el carruaje, conduciéndolo a gran velocidad hacía un carro de mercancías que estaba parado a un lado.

El estrépito fue ensordecedor y el pavor inundó el corazón de Jennifer al ver volcar el carruaje.

A su memoria vino el recuerdo de, cuando años atrás, ella y Kristen habían sufrido un accidente y ella había quedado marcada. Solo que ahora Kristen no tenía a nadie que la protegiera.

—¡Kristen! —volvió a llamarla y sacó fuerzas de su temor para seguir corriendo.

Entre el polvo, el ruido de ruedas girando al aire y los caballos gimiendo asustados, Jennifer se acercó al carruaje, que no parecía haberse fragmentado. Tal vez, su hermana solo se había golpeado, sin tener que aguantar una lluvia de astillas y cristales.

—Jennifer… —Esta escuchó una voz con tono asustado que la llamaba entre el polvo, pero, al tratarse de un hombre, no le prestó atención. Tenía que buscar a su hermana, y nada más importaba.

Sin detenerse y sin pensar en su seguridad, llegó hasta el carruaje volcado. Estaba muy alto para ella, pero podría trepar hasta llegar a la

parte elevada, donde se encontraba la puerta cerrada del carruaje, ahora haciendo de techo.

Pero solo había comenzado a escalar cuando unas enormes manos la cogieron por la cintura y la apartaron a un lado.

Jennifer se giró para golpear al desconocido, quedándose paralizada cuando descubrió de quién se trataba.

Era el duque de Pembroke. Y, por su gabán, Jennifer reconoció que se trataba del mismo jinete que la había adelantado y que se había colocado frente al carruaje para detenerlo. Aunque ello causara el accidente.

—James… —Jennifer se olvidó del protocolo, debido a los nervios y la sorpresa.

Unos minutos antes, en el interior del carruaje, una asustada Kristen trataba de patear a su captor. El hombre era alto y corpulento, por lo que sus puñetazos y puntapiés apenas le hacían efecto. Sabía que a cada segundo que pasaba estaba más a su merced, pero lo que más la asustaba era el estado de lord Barrington.

Todo había ocurrido tan deprisa que Kristen apenas se dio cuenta de que justo al lado de la caseta de las barcas, alguien se colocaba tras ellos. Un instante después, vio asombrada cómo lord Barrington caía al suelo y la sangre comenzaba a manar de su cabeza.

—¡No! —Fue lo único que pudo gritar antes de que el hombre se abalanzara sobre ella. Le había metido un trapo sucio en la boca y le había atado las manos, sin que ella apenas pudiera hacer nada. Acto seguido, la había cargado sobre su hombro y se habían marchado sin que nadie advirtiera nada.

Kristen sabía que debía escapar, pero no solo para salvarse ella, sino para buscar ayuda para lord Barrington. La incertidumbre de no saber que había sido de él la estaba consumiendo, y por eso no podía dejar de luchar.

Ahora, como una gata panza arriba, arañaba y pataleaba, sin importarle su propia seguridad.

De pronto, el carruaje se tambaleó y Kristen cayó al suelo de este, dándose un fuerte golpe en el costado. Segundos después, se oyó un grito aterrador y el carruaje se inclinó y cayó con estrépito hacia un lado. Como si se trataran de unos muñecos de trapo, Kristen y su captor rodaron hasta que se escuchó un golpe seco y un crujido.

Kristen oyó chirriar el carruaje inclinado por el suelo, con los caballos todavía enganchados. Quería gritar, pero la mordaza en su boca se lo impedía.

De repente, Kristen ya no estaba en el carruaje, sino en un recuerdo. En ese recuerdo, el carruaje se inclinaba de nuevo, pero ella era mucho más joven. Lo único que había evitado que se estrellara contra el suelo del coche y que se hiciera daño contra la madera astillada, había sido su hermana Jenny al sujetarla.

Por un breve instante, fue como si Kristen lo reviviera. Podía sentir la forma en que los brazos de Jenny la rodeaban, evitando que su cuerpo se retorciera junto a centenares de astillas y cristales rotos. Su hermana de apenas diez años la sujetaba con todas sus fuerzas, colocando su cuerpo como barrera para que ella no sufriera ningún daño.

Ahora, estaba sucediendo de nuevo, pero Jenny no estaba allí para protegerla. Ningún abrazo la protegía, y solo pudo dejarse llevar por una fuerza mayor que la impulsaba hacia adelante. Sintió el cuerpo inerte y desmadejado de su captor moviéndose a su lado, y cómo algo le golpeaba la cabeza, sumiéndola en la oscuridad y el silencio.

—¡James! —Había gritado Jennifer, nerviosa y sorprendida.

Podía ver claramente su gabán mientras él se acercaba, por lo que no tuvo ninguna duda de que el jinete que la había perseguido para después parar el carruaje había sido Su Excelencia.

—¿Estás bien, Jennifer? —El miedo hizo que él la tuteara.

La suerte había querido que James llegara al lugar indicado para el picnic justo cuando un hombre se llevaba por la fuerza a una muchacha. Cuando ya más cerca se percató de que Jennifer corría tras él, alarmada, tuvo la certeza de que tenía que intervenir.

Por desgracia, no había llegado a tiempo para impedir que ese hombre metiera a Kristen en un carruaje, por lo que tuvo que improvisar e interponerse en el camino del coche para hacer que este se detuviera.

No quería ni imaginar qué hubiera pasado con la señorita Lambert si hubiera perdido el carruaje de vista, pero nunca imaginó que este acabara volcado y muy dañado.

James solo esperaba que ella estuviera bien, o jamás se perdonaría el daño que le había causado.

Pero, al bajarse del caballo y mientras el polvo del camino se asentaba de nuevo, pudo ver a Jennifer acercarse al carruaje, aterrada.

Fue entonces cuando se olvidó de todo y fue derecho a ella para después abrazarla.

—Mi hermana, quiero ver a mi hermana… —balbuceó Jennifer, sin dejar de temblar.

Un poco más calmado al saber que ella estaba bien, y comprendiendo la angustia de Jennifer, la separó de él y se volvió hacia el carruaje volcado.

—Quédate aquí. Entraré a por ella.

—Por favor, ten mucho cuidado. —Jennifer comenzó a llorar, ahora que sabía que no estaba sola.

James asintió y se dispuso a subir por el carruaje hasta llegar a la parte alta, donde se hallaba la puerta. Sin pensarlo dos veces, entró, a pesar de ver en su interior un amasijo de cuerpos, telas y cristales rotos y sangre. Mucha sangre.

En el exterior, Jennifer suplicaba al cielo que protegiera a Kristen, decidida a cambiarse por ella.

—No te la lleves. No a ella —repetía una y otra vez como un mantra.

Para su sorpresa, lord Barrington llegó tambaleándose y con la parte derecha de la cabeza cubierta de sangre.

—¿Dónde está ella? —preguntó, queriendo subir por el carruaje.

—James está dentro. Va a sacarla en cualquier momento —dijo Jennifer, sin dejar de mirar por donde James se había introducido en el carruaje.

—¿James?

Como respuesta, ella solo asintió y Nash se quedó pensativo, como si estuviera cavilando si su presencia sería más un estorbo que una ayuda, ahora que su amigo estaba con ellos.

Por suerte, no tuvo que esperar ni medio minuto, pues James apareció en lo alto del carruaje, sacando con cuidado a una inconsciente Kristen.

—¿Está…. bien? —se atrevió a preguntar Jennifer, pues Nash, al ver a su amigo sacar a una ensangrentada e inmóvil Kristen, se había quedado paralizado.

—Está inconsciente. Pero no sé cuál será su estado. —James no quería darles falsas esperanzas, al no haber podido ver con claridad sus heridas, ya que la sangre en su vestido no presagiaba nada bueno. Aun así, por la forma en que Jennifer la había mirado, había comprendido que necesitaba calmarla un poco y decirle que aún no era tarde.

Con mucho cuidado, los tres consiguieron bajar a Kristen sin causarle más daño, dejando su cuerpo en el suelo junto a una hermana y un prometido que se negaban a apartarse.

Sin pedir permiso, Nash acomodó el cuerpo de Kristen en sus brazos y comenzó a retirarle el cabello de la cara.

—Estará bien —dijo a nadie en particular—. Tiene que estarlo.

Mientras, Jennifer no perdió el tiempo y comenzó a subir con cuidado las faldas de su hermana para comprobar si tenía alguna

pierna rota o alguna herida sangrante, pues de ser este el caso, podría morir en pocos minutos. Por suerte, solo encontró arañazos y sangre que manchaba sus piernas, pero que al parecer no pertenecía a ella.

Cuando pasó de los brazos a su cuerpo y no detectó nada serio, por fin pudo respirar tranquila.

—Parece que no tiene nada grave.

—¿La cabeza? —señaló James, odiando ser mal agüero, pero era evidente que esta le sangraba—. El otro está muerto —añadió, aunque nadie le preguntó.

—Entonces, la mayoría de la sangre que mancha a Kristen debe de ser de ese canalla. Ella solo parece tener algunos cortes leves. La tela de la falda le debió de proteger las piernas y el resto… Tuvo suerte —dijo Jennifer mientras examinaba la cabeza de su hermana.

Nash observaba temblando de miedo a Jennifer, a la espera de que esta dijera algo más, pero, al no hacerlo, se quedó contemplando el rostro de Kristen. Notaba cómo respiraba con dificultad contra su pecho, pero eso le aseguraba que estaba viva.

Sus brazos la rodearon con más fuerza, como si con ello pudiera impedir que le pasara nada malo. Estaba seguro de que nunca se había aferrado a nada con tanta intensidad en su vida, como lo estaba haciendo ahora con el cuerpo inerte de Kristen.

El sonido de unos carruajes que llegaban junto a ellos y frenaban de golpe los puso en alerta, pero se relajaron cuando vieron salir del primero al matrimonio Lambert y del segundo a lord Connelly.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está mi pequeña?

—La señorita Lambert la está examinando —se apresuró a decirles James mientras se les acercaba, pues la visión de la sangre sobre el cuerpo de su hija podría impresionarles.

—¡Dios mío, mi pequeña! —gritó Margaret cayendo de rodillas al suelo. Por suerte, su marido pudo cogerla a tiempo y, ayudado de lord Connelly, la volvieron a poner en pie.

Fue justo en ese momento de incertidumbre y dolor, cuando Kristen recobró la consciencia.

—¿Nash? ¿Eres tú? —Se escuchó la suave voz de Kristen, que parecía querer escaparse junto al viento.

—Soy yo, pequeña.

Y sin más, todos agradecieron a Dios que hubiera vuelto en sí.

—¿Ya ha terminado todo? —preguntó Kristen.

—Sí, mi amor. Ya terminó —apenas pudo decir Nash, al sentir la garganta cerrada. La observó con los ojos bañados en lágrimas y una sonrisa que apenas lograba mantener en sus labios.

—Dime que estás ileso, por favor —le suplicó ella, con la cara tan cerca de la suya que él estuvo tentado de besarla, al saber que todo había terminado.

—Me duele un poco la cabeza —admitió él, pero sin decirle que sentía como si estuviera a punto de explotarle.

—Estás sangrando —dijo Kristen alarmada, dirigiendo su atención a la sien de Nash.

Este ofreció por fin una genuina sonrisa al darse cuenta de que volvía a ser ella. Su dulce Kristen, siempre preocupada por los demás. Sobre todo, por los que amaba.

Mientras, Jennifer se incorporó para darles intimidad, pero Kristen se percató de su presencia y la cogió de la mano.

Kristen tosió, limpiando el polvo de sus pulmones, para después incorporarse un poco.

—Cuando el carruaje comenzó a tambalearse, recordé nuestro accidente. Solo que esta vez no estabas ahí para ayudarme.

—Estaba corriendo tras el carruaje —dijo Jennifer.

Al escucharla, Kristen sonrió, sin extrañarle que lo hubiera hecho. Al fin y al cabo, sabía que su hermana haría cualquier cosa para protegerla.

—Y por eso no tuve miedo —respondió Kristen—. Sabía que estarías cerca para protegerme.

—Pero llegué tarde —indicó Jennifer apenada, mientras apretaba la mano de su hermana.

—No podías correr más que los caballos —le aseguró Kristen.

—No me refiero a eso. —Jennifer apretó la nota de lord Ashworth, que todavía sostenía en su mano. Aunque estaba tan arrugada que sería complicado leerla.

—Eso no importa. Sé que tú siempre velarás por mí, y eso me dio seguridad.

Jennifer asintió y se alejó de ella.

Al verla tan pesarosa, James se acercó y, sin mediar palabra, la abrazó. Estaba preciosa incluso en ese instante tan vulnerable, pero sabía que ante él tenía a la auténtica Jennifer. La mujer que, ahora estaba seguro, le había robado el corazón.

Tras ellos, todos comenzaron a moverse para subir a Kristen en un carruaje y llevarla cuanto antes a su casa. Debía verla un médico para que todos se quedaran más tranquilos. Por no mencionar a los transeúntes, que empezaban a llegar, dispuestos a garantizarse un buen chisme.

En cuestión de segundos, Margaret, junto a su hija y Nash, que se negaba a soltar a Kristen, salieron en dirección a la mansión Lambert, mientras el señor Lambert y lord Connelly inspeccionaban el interior del carruaje y al cochero. El hombre estaba muerto.

Pero Jennifer permanecía en los brazos de James, ajena a ello, perdida en el único lugar donde en ese momento se sentía segura.

—Tu hermana está bien —le aseguró James en un susurro,

mientras la sostenía en un abrazo.

—Debí haber hecho algo, pero callé, y ahora….

Jennifer notó la extrañeza de James y se apartó de él con esfuerzo para mirarlo a los ojos. Debía decir lo que sabía, o jamás podría mirar a nadie a la cara.

Decidida, alzó la mano y le mostró la nota.

—Creo que es de lord Ashworth. Él… no tengo pruebas, pero creo que fue quien orquestó el secuestro de Kristen.

James cogió la nota de las manos temblorosas de ella y, con cuidado, la desdobló sin romperla. Después, la leyó y se quedó mirando el papel por un instante.

—Será mejor que vayamos a tu casa y le mostremos esto a todo el mundo.

Luego alzó la vista y vio a Jennifer asintiendo entre lágrimas, mientras su padre se acercaba y James le devolvía la nota con discreción.

Había llegado el momento de la verdad y de ajustar cuentas.

Capítulo 17

Los cuatro rezagados no tardaron mucho en llegar a la mansión Lambert. Todos estaban impacientes por saber qué le habría dicho el médico a Kristen y por aclarar lo ocurrido. Aunque Jennifer se sentía angustiada, al no saber cómo se tomarían todos que ella estuviera implicada en el accidente.

Su padre condujo a todos al interior de la casa, sin oponerse a que el duque de Pembroke no le soltara la mano a su hija mayor. De hecho, parecía que eso apaciguaba a Jennifer, por lo que supuso que entre ambos habría algo serio que él desconocía.

Le gustaba el duque, no solo por su alto estatus social, sino por ser una persona agradable y honrada, o por lo menos, es lo que sabía de él, al ser socios en varios negocios.

—Pasen al despacho —les indicó el señor Lambert a lord Connelly y a James—. Si les parece bien, me gustaría informarme primero de cómo se encuentra mi hija, y después podemos comenzar a desenmarañar qué es lo que está pasando.

—Por supuesto, no tenga prisa en atendernos, es lógico que esté preocupado por su hija y que sea su prioridad —se adelantó a decir lord Connelly, aunque James asintió a modo de acuerdo.

El señor Lambert asintió agradecido y les señaló la mesita de las bebidas, donde se hallaban diversos decantadores.

—Siéntanse como en su casa.

Nada más decirlo, miró a Jennifer para saber qué prefería hacer ella.

—Te acompañaré, papá. —No fue necesario que él le preguntara.

En ese momento, lord Barrington entró por la puerta, visiblemente más tranquilo y, sin previo aviso, comenzó a hablar a nadie en particular.

—El médico la está atendiendo, pero antes de quedarse a solas —no quiso comentar que en realidad el médico lo había echado—, me aseguró que solo parecía tener unas costillas magulladas y algunos cortes y golpes.

Tras sus palabras, se escuchó un suspiró general y se aligeró visiblemente el ambiente.

—Me alegro de que sean buenas noticias. El hombre que la secuestró y el cochero no tuvieron tanta suerte.

—Kris… La señorita Kristen —se corrigió enseguida Nash—. Me

comentó antes de que llegara el médico, que recuerda haber caído al suelo del carruaje y que luego algo crujió y giraron hasta que aterrizó sobre algo blando.

—El crujido debió de ser el cuello del hombre, vi que lo tenía roto —declaró Walter.

—Menos mal que no cayó encima de mi hija. Con lo robusto que era, podría haberla…

—Pero no lo hizo —dijo lord Connelly con rapidez, al ver que todos palidecían—. Hay que dar las gracias porque todo haya pasado.

Jennifer, que se mantenía callada junto a James, al escuchar este comentario se tensó.

En el acto, James le apretó la mano para asegurarle que pasara lo que pasara, él estaría a su lado.

Jennifer suspiró. Sabía que no podía posponer por más tiempo contarle su implicación en el secuestro. Se callaría sus confusos sentimientos sobre lord Barrington y cómo los había confundido con amor. Eso solo le concernía a ella y su hermana y, si Kristen lo creía conveniente, estaba dispuesta a confesárselo a lord Barrington. Aunque se muriera de vergüenza al hacerlo.

Además, si el médico estaba reconociendo a Kristen en estos instantes, disponía de unos breves minutos para hablar, antes de que la vergüenza se lo pusiera más difícil.

—Yo… —comenzó a decir tras adelantarse un paso y sentirse vacía al soltar la mano de James.

En el acto, Jennifer se convirtió en el centro de atención de todos, consiguiendo que ella sintiera el deseo de salir corriendo.

James se percató de ello y volvió a colocarse a su lado para volver a cogerle la mano. Ella se lo agradeció con una débil sonrisa y se sintió preparada para comenzar con su declaración.

—Creo saber quién está tras este accidente.

El silencio se volvió atronador en el despacho.

—Es… Lord Ashworth.

—Pero, hija, no puedes culparlo por el simple hecho de desagradar a tu hermana —intervino su padre, al no creer que un caballero tan distinguido fuera capaz de un acto tan vil.

—No es por ese motivo. Él…. se me acercó en una velada y me amenazó con contar algo sobre mí, si no le ayudaba a conseguir algo de Kristen.

Fue justo entonces cuando Nash perdió la paciencia y, furioso, cerró los puños y se adelantó unos pasos.

—¿Cuándo fue eso y qué es lo que quería? ¿Por qué no se lo contó a nadie? —Con cada pregunta, el volumen de su voz más se elevaba y se hacía más evidente su enfado.

—Un momento, Nash —interrumpió James adelantándose un paso

y alzando una mano. Por su mirada, se podía ver que no iba a permitir que amedrentara a Jennifer o la culpara sin haberle dejado explicarse —. Deja que la señorita Lambert termine de contarnos lo que sabe, y después ya buscaremos al culpable.

—¿Tú también lo sabías? —Nash miró a su amigo con gesto acusador.

—La señorita Lambert me hizo saber algunos detalles justo después del accidente.

—Por favor, caballeros, dejen que mi hija se explique. La están asustando, y estoy seguro de que su implicación es escasa. —La voz del señor Lambert sonó apaciguadora, dando evidencias de su magistral experiencia como hombre de negocios.

Los dos hombres se callaron y lord Connelly, siempre amable, le ofreció un asiento a Jennifer.

—Continua, hija —dijo su padre, colocándose cerca de lord Barrington por si tenía que interponerse entre él y Jennifer en un arrebato de furia. Aunque, por la forma en que el duque se mantenía cerca de Jennifer y miraba a Nash, el señor Lambert estaba seguro de que el conde no podría ni tocarle un pelo a su hija sin sufrir la devastadora fuerza del duque.

—Tras ese encuentro en el baile, pensé sobre el asunto y no le di más importancia —dijo Jennifer—. Creí que se trataba de celos y de que lord Ashworth quería mi ayuda para un encuentro en el jardín o algo parecido.

—¿Para hablar con Kristen a solas? ¿Te refieres a eso? —preguntó su padre mientras los demás escuchaban.

—Eso, o para ponerla en un aprieto y forzar un compromiso.

Nash se tensó y soltó un improperio.

—Pero como necesitaba mi ayuda para conseguir esa cita a solas, decidí que no le haría caso —explicó Jennifer.

Todos asintieron excepto Nash, que se cruzó de brazos.

—Si crees que solo pretendía eso de su hermana. ¿Por qué cree que es el culpable del secuestro?

Había llegado el momento de la verdad.

—Por esto. —Jennifer acompañó sus palabras alzando la mano para mostrar la nota arrugada.

En un par de zancadas, Nash estuvo lo bastante cerca como para coger la nota y comenzar a leerla. Después, se la entregó a un curioso señor Lambert.

—La nota no está firmada, ¿cómo sabe que se trata de lord Ashworth? —preguntó Nash, ahora no tan arisco con Jennifer, al empezar a comprenderlo todo.

—Porque lord Ashworth me dijo que me pediría hacer algo, y la nota decía que llevase a mi hermana a la caseta de las barcas. Además,

solo lord Ashworth conoce mi secreto. —Jennifer agachó la cabeza.

—¿Está segura de ello? —inquirió Nash mirando fijamente a Jennifer, tanto que esta sintió miedo.

Ahora que su mente y su corazón lo tenían claro, le parecía una estupidez su enamoramiento de lord Barrington. Se arrepentía de ello y quería dejarlo atrás, pero si lo contaba… siempre sería un tema que estaría entre ellos y podría perjudicar su relación.

James pareció darse cuenta también de ello, o simplemente notó la tensión de Jennifer, y se adelantó para interceder por ella.

—Por mi honor de caballero, les puedo asegurar que el secreto de la señorita Lambert no tiene nada que ver con todo este asunto. Es solo algo de lo que se sirvió lord Ashworth para chantajearla. Pero no es algo lo bastante importante como para que la señorita Lambert antepusiera dicho secreto al bienestar de su hermana.

Tras hablar, James miró a Jennifer, quien, agradecida, le ofreció una breve sonrisa.

—En ese caso, no hacer falta profundizar más en ese asunto, ¿no lo cree así, lord Barrington? —preguntó el señor Lambert a Nash, que, pensativo, miró a Jennifer y después a su amigo.

—Así lo creo —aseguró él, confirmándolo además con un movimiento de cabeza.

James le agradeció su confianza con otro asentimiento y, para tranquilidad de Jennifer, el tema de su secreto quedó zanjado, al menos con los presentes.

—Volviendo de nuevo al asunto del secuestro —comenzó a decir lord Connelly para cambiar de tema—. Al igual que la señorita Lambert, también creo que lord Ashworth está implicado. A no ser que algunos de ustedes conozca a otro caballero que tenga un asunto pendiente con la señorita Lambert o con alguien de la familia.

Por unos segundos, todos se miraron entre sí, hasta recaer todas las miradas en el señor Lambert.

Este, al principio frunció el ceño, pero luego se relajó, al saber por qué podían creer que él supiera algo.

—Mis negocios son respetables y no conozco a nadie que desee dañarme o busque venganza por algo. Además, mis socios comerciales suelen estar contentos conmigo por las ganancias que les ofrezco.

—Puedo dar fe de ello —dijo el duque, alzando una copa que acababa de servirse.

Ya más relajados, los demás caballeros también se acercaron a la mesita de las bebidas, ya que necesitaban una copa de algo fuerte.

—En ese caso, lord Ashworth es el único con algún motivo para ser culpable —repuso el padre de Jennifer, que pasó a observar a todos los presentes por si alguno mostraba alguna objeción.

El silencio volvió a instalarse en la sala.

—Si él es el culpable, debería pagar por lo que ha hecho —declaró lord Barrington, apretando la copa con fuerza—. No dudó en poner la vida de la señorita Lambert en peligro, con tal de conseguir lo que quería.

Todos asintieron, al reconocer la razón en la afirmación de Nash.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó James—. Solo tenemos la palabra de la señorita Lambert contra lord Ashworth y, aunque nosotros no dudamos de ella, su reputación sería dañada en los tribunales.

—Sí, sería la palabra de una mujer sin título contra la de un conde —repuso el señor Lambert acercándose a su hija, que parecía más pálida.

—Además, la nota no está firmada —añadió Nash—. Puede decir que todo es mentira y que la señorita Lambert es la culpable, no él.

—Tiene razón. —James suspiró—. Lord Ashworth no puede ser llevado ante la justicia sin que la señorita Lambert sea arrastrada también. No podemos hacer eso.

—Y yo jamás sometería a mi hija a algo semejante —intervino el señor Lambert con firmeza, al saber que Jennifer ya había sufrido demasiado en su vida y se negaba a dañarla más.

La mirada de todos reposó sobre la callada Jennifer. Daba la sensación de estar esperando una sentencia, por la forma en que apretaba las manos en su regazo y lo pálida que estaba.

Al verla, era evidente que estaba sufriendo por sus sentimientos de culpabilidad y por darse cuenta de que, por mucho que ella se sacrificara, no conseguirían hacer pagar a lord Ashworth por lo que había hecho.

James en especial sufría al verla tan callada y preocupada, y se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para hacerla feliz. Si en algún momento había tenido alguna duda de sus sentimientos por ella, estas vacilaciones habían muerto cuando ella había acudido a sus brazos buscando refugio.

Puede que ni ella misma se diera cuenta de lo que sentía por él, pero él estaba dispuesto a dejarle claro que era la única dueña de su corazón.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Nash, mirando a su amigo James para después coger el periódico que el señor Lambert tenía sobre la mesa de su escritorio—. Estas páginas pueden hacer mucho daño, según como sean usadas. En mi caso ,me tildaron de mujeriego y les puedo asegurar que no he hecho ni la mitad de las cosas de las que se me acusa.

—¿Qué tratas de decirnos, Nash? —preguntó James, claramente sin entender su punto de vista y olvidando que no estaban a solas para tutearse.

—Si no podemos llevarlo a los tribunales para que pague por lo que ha hecho, por lo menos podríamos utilizar las páginas de sociedad para destruir su reputación.

Jennifer alzó la cabeza, mostrando una mirada esperanzada.

—Tiene razón —dijo Jennifer mirando agradecida a lord Barrington—. En ellas no hace falta tener pruebas para calumniar a alguien, basta con una leve insinuación.

—Y si esa insinuación va respaldada por un duque y un conde… —continuó diciendo el señor Lambert, animado.

—Dos condes —le interrumpió lord Connelly—. Su hija menor es una dama excepcional, y no permitiré que nadie la dañe y salga impune. —Luego miró a su hijo—. Además, pronto será de la familia y debemos protegerla como tal.

El señor Lambert colocó su mano sobre el hombro de lord Connelly, agradecido. Ese gesto fue más contundente que mil palabras, no solo al mostrar su gratitud por su ayuda a la familia, sino su acuerdo en que su hija pequeña se uniera a lord Barrington.

—Podría funcionar —dijo James mientras examinaba las páginas del periódico—. Se podría insinuar que lord Ashworth se vio implicado en el secuestro de una dama y, por lo que veo en estas páginas, no tenemos que mencionar ninguno de nuestros nombres.

—Solo hay que tener cuidado que no relacionen el accidente del carruaje cerca del Serpentine con el secuestro de la dama —advirtió lord Connelly.

—De eso podríamos ocuparnos nosotras —intervino Jennifer—. Mañana podríamos invitar a tomar el té a algunas amigas de la familia para comentar lo bien que fue el cumpleaños. Es algo que hacemos cada año y nadie se extrañará.

—Podría decirles que ustedes vieron el carruaje volcado cuando regresaban del picnic —indicó James, cada vez más convencido de que podría salir bien esa idea.

—Pero la señorita Lambert tiene un esquince y no podrá moverse —dijo Nash, preocupado.

—La sentaremos en una silla y no tendrá que hacerlo. Además, siempre podemos decir que cogió algo de frío y colocarle una pequeña manta en las rodillas. Nadie se extrañará, y todas nuestras amistades insistirán en su reposo —dijo Jennifer, convencida.

—En ese caso —dijo el señor Lambert—, si todos estamos de acuerdo… —Se detuvo a mirar uno por uno a los presentes—. Haremos correr el rumor de la intervención de lord Ashworth en el secuestro de una dama y estaremos atentos para que el nombre de mi hija no se vea implicado.

Todos asintieron convencidos y algo más tranquilos, al saber que ese hombre no quedaría sin castigo.

—Si me permiten, me ocuparé personalmente de redactar la nota y pagaré a un chico de la calle para que la entregue de forma anónima. —Se ofreció lord Connelly—. Ustedes, caballeros, y usted, señorita Lambert, solo deben preocuparse del bienestar de la señorita Kristen.

—Le estamos muy agradecidos, lord Connelly —se apresuró a decir el señor Lambert estrechando su mano, para después recibir el agradecimiento de James y de Nash.

El ambiente se relajó después de la conversación, gracias a que ahora todos sabían que el culpable del secuestro no saldría impune. Jennifer se sentía más animada, pero era evidente que aún tenía cosas que aclarar con Kristen y, hasta que no lo hiciera, no estaría en paz.

—Si me disculpan, iré a ver a mi hermana. —Tras estas palabras, Jennifer se marchó, pero no sin antes despedirse con una reverencia y una última mirada a James.

Este la vio marchar sabiendo que sería muy duro estar sin su compañía. Se había vuelto adicto a ella, y dudaba que pudiera curarse de esta maravillosa adicción.

Sin lugar a dudas, había llegado el momento de hacer algo al respecto.

Capítulo 18

Mientras Jennifer se acercaba a la habitación de Kristen, sentía que su pecho se encogía a causa del miedo y el dolor. Temía la conversación que debía tener con su hermana, pero era urgente que esta supiera por fin toda la verdad. Y ella era la única que podía contársela.

Acababa de llegar junto a la puerta de la habitación de Kristen, cuando esta se abrió. De su interior salió el médico de la familia, el doctor Branson, y su madre, visiblemente aliviada.

—Jennifer, querida. Ahora mismo iba a buscarte —dijo Margaret mostrando una sonrisa en su cara, lo que tranquilizó aún más a Jennifer—. ¿Podrías quedarte con Kristen mientras yo acompaño al doctor Branson al despacho? Tu padre y los demás invitados querrán saber cómo se encuentra tu hermana.

—Claro —aseguró Jennifer, apartándose para dejar salir al doctor y a su madre—. ¿Kristen está bien?

—Puedes verlo por ti misma —indicó Margaret, dejando la puerta abierta para que Jennifer entrara.

Sin más por decir, su madre y el médico se marcharon, dejando a una cautelosa Jennifer tras ellos. ¿Cómo se encontraría Kristen? Estaría aún asustada, serían muy graves sus lesiones.

Temerosa, entró en la habitación, encontrándose a Kristen, no en la cama, como hubiera esperado, sino sentada frente a su tocador. Tenía algunos cortes en el cuello y en los brazos, pero no parecía nada serio.

—¡Jenny! —Kristen corrió hacia su hermana, al verla frente a la puerta de su dormitorio.

—Kristen, ¿por qué no estás en la cama? —la regañó Jennifer mientras la abrazaba con fuerza.

—No me riñas tú también. —Kristen se separó de ella y la miró con una sonrisa que pretendía tranquilizarla—. Ya le he dicho a mamá que estoy bien.

—Pero deberías descansar —insistió Jennifer, aunque en su interior se alegraba de que su hermana estuviera tan bien. Incluso ya no parecía asustada.

Jennifer debía reconocer que su hermana siempre había sido muy afortunada, pues siempre parecía que todo le salía bien. Había quedado ilesa tras sufrir dos accidentes graves, en su primera temporada había encontrado al amor de su vida, el cual le

correspondía, y además ella era dulce, inteligente, preciosa, muy valorada por todos y con personalidad. Era indudablemente la mujer más afortunada que Jennifer había conocido y, para su sorpresa, ya no sentía celos por ello. Tal vez a causa del miedo que Jennifer sintió cuando la secuestraron o por la culpa, que era tan intensa que eclipsaba los demás sentimientos.

Jennifer miró el rostro de su hermana, donde encontró varios cortes en su frente y en la barbilla. Aunque no eran profundos y ni siquiera los llevaba vendados, sino que habían sido tratados con una especie de líquido transparente para ayudarles a cicatrizar y que no se le infectaran.

—Dios mío, Kristy, no puedes imaginar el miedo que sentí cuando vi a ese hombre llevándote con él.

—Mi pobre Jenny. Me ha contado mamá que te oyeron gritar y te vieron salir corriendo tras ese hombre. Eso los puso en alerta y comenzaron a correr tras de ti, pero lord Connelly les aconsejó que los siguieran cada uno en un carruaje. —Kristen bajó la cabeza y su rostro se entristeció—. Mi pobre Nash se llevó la peor parte con ese horrible golpe en la cabeza.

Jennifer abrió los ojos como platos al escucharla, dejando por el momento a un lado que utilizara el nombre de pila del conde.

—¿Cómo puedes decir eso? Lord Barrington está en el despacho tomando una copa de brandy tan tranquilo, mientras que tú estás llena de cortes.

Kristen le ofreció una débil sonrisa y le agarró las manos con más fuerza.

—Créeme, estoy bien. Y me alegro de que él ya esté más repuesto. El pobre se llevó un susto de muerte al ver cómo el carruaje se volcaba.

—No solo él. Yo… sentí que se me paraba el corazón cuando vi el accidente. Recordé….

—Mi pobre Jenny. —Kristen la abrazó al ver en la mirada de su hermana el dolor y el pánico—. Ya pasó y estoy bien.

—¿Me lo prometes? —Jennifer necesitaba oírlo de nuevo.

—Lo prometo. —Kristen asintió, pero el pesar de Jennifer le impedía tranquilizarse.

—Es que… todo esto es culpa mía. —No se atrevió a mirar a su hermana.

—No digas eso, Jenny. Ni tú ni nadie podría saber lo que ese terrible hombre pretendía hacer al secuestrarme. Solo fue mala suerte que me eligiera a mí.

Jennifer se percató de que Kristen creía que el secuestrador era un hombre que buscaba una víctima, y no de que se trataba de un plan tramado por lord Ashworth. No sabía cómo se tomaría la verdad

cuando la supiera, y solo esperaba que la culpa no recayera sobre ella con todo su peso.

—Yo… El hombre que te secuestró… tengo la convicción de que lo contrató lord Ashworth. Él me pidió que debía llevarte a un lugar apartado que él me indicaría, y no se lo dije a nadie.

Kristen se quedó en silencio por un momento para después acercarse a la cama y sentarse en ella.

—¿Tú sabías que pretendía secuestrarme?

—No. Creo que fue en el baile de lady Stein cuando me dijo que debía ayudarle en un plan contra ti. Creía que me necesitaba para que te llevara al jardín para una cita privada con él, quizás para comprometerte, pero decidí no hacerle caso. Si en ese momento se lo hubiera dicho a alguien…

—¿Por qué no lo hiciste? —La voz de su hermana sonaba apagada.

Jennifer sabía que debía contárselo todo, por mucho que la verdad la humillara. Se lo debía a Kristen, pues por su culpa había estado a punto de morir, por mucho que ella le quisiera quitar importancia al accidente.

—Él me amenazó con contar mi secreto si no le ayudaba.

Jennifer tragó saliva y se sentó al lado de su hermana en la cama. Había llegado la hora de contarle toda la historia desde el principio.

—Conocí a lord Barrington unos días antes de que nos lo presentaran en el baile. Fue un encuentro breve, pero me causó un fuerte impacto. Tonta de mí, incluso creí que estaba enamorada de él. —Jennifer miró a su hermana, pero ella simplemente permaneció expectante a sus palabras—. Debo admitir que me sentí celosa cuando lord Barrington empezó a mostrar interés por ti.

Jennifer esperó un momento, queriendo ver qué reacción mostraba Kristen, pero al ver que ella no decía nada, sintió un nudo en el estómago que poco a poco se fue convirtiendo en agonía. Volvió a mirar a Kristen y continuó hablando.

—Siempre he estado celosa de ti. ¿Cómo podría no estarlo? Tú eres perfecta, mientras que yo… —Se señaló—. Cuando lord Barrington comenzó a prestarte atención, solo hizo que esa envidia fuera aún peor.

—¿Me estás tratando de decir que estás enamorada de lord Barrington? —La voz de su hermana sonaba triste, causando más daño a Jennifer que su silencio.

—No —se apresuró a decir Jennifer, convencida—. Por unas semanas, así lo creí. Pero en realidad no creo que fuera amor. Es solo que fue tan amable conmigo cuando nos conocimos, y es tan atractivo, que me dejé llevar por la ilusión de agradar a alguien. Pero luego él te conoció a ti y todo cambió.

—¡Oh, Jenny, cuánto lo siento! —le dijo Kristen cogiendo sus

manos. Jennifer hubiera preferido que le gritara a que le tuviera lástima, pero conocía a su hermana, y simplemente era impensable que Kristen se enfadara con ella.

—No debes sentirlo. Tardé en darme cuenta, pero ahora sé que sois el uno para el otro, y me alegro por los dos. Es solo que lord Ashworth debió de notar mis celos por la forma en que os miraba, y se aprovechó de ello.

—Ese maldito canalla de lord Ashworth… —dijo Kristen con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho, Kristy. Nunca quise hacerte daño.

Jennifer comenzó a llorar y Kristen la abrazó para consolarla.

—No debes culparte —dijo esta en tono suave para calmarla—. En tu lugar, yo también me habría puesto celosa, y lo más seguro es que también me hubiera callado la petición del conde respecto a ayudarlo.

—No lo creo. —Jennifer negó con la cabeza, sollozando—. Tú jamás habrías hecho algo tan indigno.

Kristen soltó una carcajada que sorprendió a Jennifer.

—Puedo asegurarte que no soy tan perfecta como todos creen. O si no, ¿quién crees que te escondía las partituras cuando éramos pequeñas? —preguntó Kristen sonriendo—. Siempre sentí celos por tu forma de tocar el piano.

La confesión de su hermana dejó a Jennifer con la boca abierta. Tardó unos segundos en recordar y en entender lo que Kristen le había dicho, pero cuando lo hizo, no pudo evitar reír con ganas.

—Pensaba que era una de las criadas quien me las perdía.

—No, era tu hermana pequeña, que no podía tocar dos notas seguidas sin que hiciera aullar a los perros de espanto.

Ambas se rieron de nuevo, dejando atrás la tensión. Se sentían más tranquilas, ahora que habían confesado sus secretos, y se miraron con cariño a los ojos, como siempre lo habían hecho.

—Me alegro de que seas mi hermana mayor. Siempre te he admirado, y desde pequeña me has parecido la persona más maravillosa del mundo —aseguró Kristen cogiendo la mano de su hermana entre las suyas.

—Yo no soy así. Mi cara…

—Tu cara es preciosa, y cuando la miro, solo veo tu valentía —dijo Kristen, con lágrimas en los ojos—. Cada vez que recuerdo que solo tenía diez años cuando me protegiste, poniendo en peligro tu propia vida… Yo… no conozco a nadie que hubiera hecho algo semejante, y menos a esa edad. Tienes un corazón enorme y estás llena de talento, pero siempre te centras en tu parte negativa, del mismo modo que al mirarte en el espejo solo ves tu cicatriz.

Jennifer asintió, al saber que era cierto. Pero no podía evitarlo. Esa cicatriz la había marcado de muchas maneras durante toda su vida.

—Cuando todos me miran, ven a un monstruo, y eso hace que me sienta mal —declaró Jennifer por fin, al no haberse atrevido jamás a decírselo a nadie.

—Lo sé, y es una lástima que solo vean eso de ti. Pero debes entender que si bajas la cabeza y dejas que te pisoteen, lo van a hacer siempre. Demuéstrales qué clase de persona eres en realidad. Deja que vean tu bondad, la belleza de tus ojos, tu alegría, y no tu resentimiento.

—Lo intentaré —le aseguró Jennifer, más segura de sí misma de lo que se había sentido en toda su vida.

—Debes hacerlo por ti y por mamá. —Jennifer frunció el ceño al escucharla—. Ella sufre mucho por ti al ver cómo te escondes del mundo, y no sabe cómo ayudarte. Por eso suele dejarte espacio, pero no sabe si eso te hace bien o te hace sentir peor.

—No lo sabía —confesó Jennifer, que ahora veía con otros ojos las veces que su madre la dejaba hacer lo que quisiera. Siempre había creído que se trataba de falta de interés por su hija imperfecta, pero ahora se daba cuenta de que había mucho más tras ello.

—Deberías hablar con ella.

—Tienes razón —dijo pensativa Jennifer—. Gracias.

—No tienes por qué dármelas. ¡Somos hermanas! —afirmó Kristen risueña, al querer dejar atrás lo triste de esta conversación—. Además, yo también tengo que agradecerte que salieras corriendo tras el carruaje.

—Bueno, no sé qué pretendía conseguir, ya que dudo que corra más que un caballo. —Ambas se rieron por su broma.

—Por suerte, el duque de Pembroke estaba cerca. —Kristen le guiñó un ojo, haciendo que Jennifer se sonrojara.

—Sí, fue una suerte. Por cierto, te compré un regalo de cumpleaños. —Jennifer cambió de tema, al no estar preparada para hablar del duque. Kristen se percató del giro de la conversación, pero no puso pegas, al saber que esa tarde ya habían tenido muchas confesiones que asimilar. Aunque eso no impedía que estuviera atenta a las miradas que su hermana le dirigía al duque, y viceversa.

—De veras, ¿qué me compraste? —dijo Kristen, divertida.

—El perfume que tú querías —le respondió Jennifer feliz, aunque su alegría desapareció al ver el rostro serio de su hermana.

—¿Te refieres a un frasquito de Eau de Cologne de l'Impératrice? —preguntó Kristen, mirando seria a Jennifer.

—Así es. —Cuando su hermana no dijo nada, Jennifer empezó a preocuparse—. ¿Qué ocurre?

De pronto, y para sorpresa de Jennifer, Kristen empezó a reír tan fuerte que tuvo que sujetarse el pecho, al dolerle por las contusiones sufridas en el accidente.

Jennifer la miró incrédula, pues no se esperaba esa reacción de su hermana.

Cuando Kristen se hubo calmado un poco, se levantó, se dirigió a su cómoda y cogió un pequeño frasquito de Eau de Cologne de l'Impératrice.

—Nash me lo regaló ayer. No pudo esperar a dármelo, al saber que lo deseaba tanto.

Jennifer miró el pequeño frasquito que Kristen le mostraba y se quedó pensativa.

—Lo siento —añadió Kristen—. Debí decírtelo, pero con los preparativos del picnic y los nervios al conocer al padre de Nash, se me olvidó.

Jennifer alzó la mirada y vio a su hermana mordiéndose el labio. No sabía si para contener la risa o por nerviosismo, al no estar segura de cómo reaccionaría.

—¿Sabes? —dijo Jennifer—. Creo que lord Barrington tiene un gusto exquisito para los regalos y, a partir de ahora, deberé preguntarle primero antes de comprarte algo.

Las dos rieron y, sin esperar ni un segundo más, se abrazaron.

A lo largo de los años habían vivido muchas cosas que las habían unido, pero nada como lo vivido estas últimas semanas. Ahora, gracias a esta charla donde se habían abierto la una a la otra, conocían partes de ellas que nunca habían sospechado, al mantenerlas ocultas.

Ahora eran mujeres adultas con sus dudas, temores y recelos, así como con sus pasiones e ilusiones. Y sería toda una aventura emprender ese viaje hacia la vida adulta juntas, como hermanas.

—Por cierto, ¿te he escuchado bien cuando has nombrado a lord Barrington por su nombre?

Kristen se sonrojó, pero le fue imposible esconder su sonrisa. Su hermana no parecía desaprobar su relación con Nash, y eso era maravilloso para ella.

—¡Y varias veces!, si creo recordar bien —insistió Jennifer.

—¿Sabes, Jenny?, creo que me apetece una taza de té.

Jennifer comprendió que la conversación sería larga y asintió. Por primera vez, hablarían de la relación entre su hermana y lord Barrington, sin que ella sintiera morirse por dentro.

—Eso sería perfecto.

Capítulo 19

Al día siguiente, Nash no podía posponer por más tiempo su petición de matrimonio. Lo había dispuesto todo para hacerla el día del picnic, pero había salido mal. Todo el romanticismo se había evaporado en el mismo instante en que a él le golpearon en la cabeza y habían secuestrado a la señorita Lambert, su Kristen.

—Si no dejas de ir de un lado a otro como un loco, acabarás estropeando la alfombra —dijo lord Connelly divertido, mientras observaba desde su asiento a su hijo deambular de un lado a otro en la biblioteca.

—No sé qué hacer. Solo ha pasado un día, pero el médico dijo que estaba bien, entonces puede recibir visitas y…

—Si lo que quieres es ir a visitar a la señorita Lambert, no creo que tengas ningún impedimento. —Lord Connelly abrió su periódico y comenzó a leer de forma despreocupada, aunque en realidad estaba observando disimuladamente a su hijo.

—Claro, pero ¿crees que será apropiado que le pida en matrimonio después de todo lo que pasó ayer? —Nash por fin se detuvo para contemplar a su padre, esperanzado.

—¿Por qué no? Sí ella está bien y tu propósito era pedírselo ayer, no creo que haya ningún inconveniente en que se lo hagas hoy.

Nash se quedó pensativo y, tres segundos después, habló con firmeza.

—Tienes razón. Hoy es tan buen momento como cualquier otro.

Y sin dar explicaciones, salió a toda velocidad, no solo de la biblioteca, sino de la mansión.

Sonriendo, lord Connelly se levantó y tiró del llamador. Casi en el acto, el atento mayordomo apareció ante la puerta de la biblioteca.

—¿Desea algo, milord?

—Señor Faris, vaya preparando el champán. Lord Barrington tendrá mucho que celebrar cuando regrese.

Jennifer pasaba casualmente cerca del recibidor cuando llegó lord Barrington pidiendo ver a su hermana. En ningún momento había pensado ella contarle su absurdo enamoramiento, pero ahora que lo

tenía delante y estaban a solas, creía que le debía una disculpa y posiblemente alguna que otra explicación.

—Lord Barrington, es un placer verle de nuevo en casa.

—Gracias, señorita Lambert.

A Jennifer le pareció que estaba un poco nervioso, e incluso dudó de si se debía a que estaba en su compañía, hasta que observó que no hacía nada más que mirar hacia lo alto de las escaleras.

—He pedido a su mayordomo ver a la hermana de usted. Espero no haber sido muy osado con mis pretensiones —dijo él, educado, con las manos a sus espaldas, como si así pudiera contener sus deseos de correr escaleras arriba.

Jennifer estuvo a punto de sonreír al ser tan evidente el deseo de lord Barrington por ver a Kristen, y se alegró no encontrar en su interior ni una pizca de celos.

—En absoluto. Puedo asegurarle que mi hermana estará encantada de recibir su visita. ¿Por qué no pasa al salón para esperarla?

Por supuesto, Jennifer se calló que Kristen parecía un león enjaulado que había intranquilizado tanto al personal como a su familia, posiblemente por el mismo motivo por el que a lord Barrington se le notaba alterado.

—Señor Radcliffe. —Jennifer se dirigió al mayordomo, que esperaba estoico—. Vaya a avisar a mi hermana de la visita de Lord Barrington.

El señor Radcliffe no tardó en marcharse para cumplir el encargo, mientras Nash lo miraba complacido alejarse.

—Lord Barrington. —Tuvo que llamarle Jennifer para que la siguiera al salón de visitas.

Una vez dentro, el silencio se hizo un poco tenso, en primer lugar, porque Nash estaba demasiado inquieto para mantener una educada charla y, en segundo, porque Jennifer estaba pensando cómo pedirle disculpas.

—Ayer no tuve ocasión de disculparme con usted por el daño que le causó mi negligencia.

Nash la miró extrañado, hasta que comprendió que se refería al golpe que él sufrió en la cabeza.

—No debe disculparse, señorita Lambert. Ayer quedó claro que usted fue una víctima más de lord Ashworth.

—Aun así, quiero pedirle perdón —insistió ella, al necesitar quitarse esa espina que sentía clavada.

—En tal caso, acepto sus disculpas.

Jennifer sonrió y sintió que el ambiente se relajaba. Quizás solo era imaginaciones suyas, pero le hacía falta escuchar que él la perdonaba para poder cerrar ese capítulo de su vida.

Aunque todavía quedaba un asunto más por aclarar.

—Lord Barrington, quiero aprovechar, antes de que venga mi hermana, para asegurarle que estoy encantada de que usted y Kristen estén juntos. Creo que hacen una magnifica pareja, y puede contar con mi apoyo en todo lo que le haga falta.

Nash parecía contrariado al escucharla, hasta que comprendió que le daba su aprobación, por lo que le sonrió en respuesta. Sabía que Kristen sentía mucho apego por su hermana, y se alegraba de tener su conformidad.

—Se lo agradezco, señorita Lambert.

No le dio tiempo a decir nada más, pues apareció una radiante Kristen por la puerta. Por el brillo de sus ojos, se notaba que estaba encantada de recibir la visita de lord Barrington, pero además, daba la sensación de que estaba feliz al haber escuchado parte de la conversación entre su hermana y el conde.

—Gracias —le dijo a Jennifer al pasar por su lado, confirmando las sospechas de esta.

—Os dejaré a solas.

Jennifer se marchó con una sonrisa en su rostro, pero sin cerrar la puerta del salón de visitas, al no ser apropiado. Aunque todos en la mansión aprobaban la eminente unión y la pareja estaba tan ensimismada el uno en el otro, que no se percató de ese hecho.

—Señorita Lambert, me alegra comprobar que está repuesta del incidente de ayer —dijo Nash con una suave sonrisa cuando ella se acercó.

—Gracias por su interés, lord Barrington, hoy me encuentro mucho mejor.

Al mirarlo, Kristen sintió un torbellino de emociones y sensaciones físicas tan fuertes que casi la dejó sin aliento. Notaba cómo el corazón le retumbaba en el pecho y su respiración se aceleraba. Al contemplarlo, se sintió atraída por él con tanta intensidad que tuvo que hace un gran esfuerzo para no lanzarse a sus brazos. ¿Qué le hacía ese hombre para que ella perdiese poco a poco el control de su mente y de su cuerpo?

Uno frente al otro se quedaron inmóviles. A ambos les resultaba imposible moverse, así como pensar, tan solo se observaron y Kristen se ruborizó, hasta que Nash pudo serenarse un poco y tomar la iniciativa.

—¿Le parece bien que nos sentemos?

—Me parece una idea maravillosa —afirmó Kristen exaltada, al saber que necesitaba sentarse y tranquilizarse un poco.

—Yo, he venido… Quería hablar con usted de un asunto de vital importancia —comenzó a decir él, nervioso, y se maldijo por empezar tan mal.

—Por supuesto. —Fue la respuesta de Kristen mientras se estiraba

su falda y lo miraba expectante.

Eso puso a Nash más nervioso aún, y deseó poder caminar de un lado a otro de la sala. En su lugar, se puso de pie y colocó las manos a su espalda.

—Es decir —carraspeó—. Debe saber que tengo sentimientos por usted.

Él calló y Kristen abrió los ojos como platos. Lo que provocó que él volviera a carraspear.

—Sentimientos muy intensos que me gustaría expresarle.

—Lord Barrington —lo interrumpió Kristen.

—Por favor, llámeme Nash —le pidió él, acercándose un paso más.

—Nash —susurró ella, como si paladeara su nombre—. Yo…, debo confesarle que también tengo sentimientos muy intensos por… ti.

Nash sonrió, eliminando una buena parte de su tensión. Sabía que su declaración de amor estaba siendo un desastre, pero al menos advirtió que ella estaba tan nerviosa como él, y que por ese motivo no se había dado cuenta de ello.

Queriendo hacer las cosas bien, le cogió una mano y, tras besársela con devoción, la miró a los ojos.

—En realidad, eres la luz que ilumina mi vida. Mi primer pensamiento al despertar y la causa de mi desvelo. —La sonrisa en la boca de ella le hizo saber que iba por buen camino, y le dio ánimos para continuar hablando—. Desde el primer instante en que te vi, no volví a ser el mismo. Tú has conseguido que desee cosas que jamás pensé que desearía, como un hogar, o una esposa.

Sin poder esperar ni un segundo más, y al ver que Kristen apenas parpadeaba, se arrodilló sin soltar su mano y sin dejar de mirarla a los ojos.

—Señorita Kristen Lambert, ¿me haría el honor de ser mi esposa?

—¡Sí! —gritó ella sin la más mínima vacilación, notando cómo la afirmación brotaba de su boca como si llevara meses esperando salir al viento. Después, ella se dejó caer de rodillas y lo rodeó con sus brazos.

—Te quiero, Nash.

La sonrisa en el rostro de ambos se intensificó a causa de la felicidad que reinaba en sus corazones. Sin más demora, Nash se inclinó hacia adelante y dejó que sus labios besaran los de ella. Dios mío, la quería tanto, y sentir el calor de ella tan cerca de él le aceleraba el corazón.

Le reafirmaría su amor cada día, a cada hora de cada día, si eso era lo que ella necesitaba para ser feliz. Y una vez que estuvieran casados, se pasaría el resto de su vida amándola con toda la intensidad que pudiera.

—Yo también te quiero, mi pequeña —susurró emocionado.

Se volvieron a besar, ajenos a cuanto sucedía a su alrededor, siendo este el motivo por el que no oyeron que la puerta se abrió de golpe y aparecieron dos mujeres en el umbral.

La señora Lambert había sido informada de la llegada de lord Barrington, y había acudido a su encuentro. Por suerte, Jennifer se encontraba cerca y pudo detenerla antes de que interrumpiera a la pareja.

Por desgracia para Kristen y Nash, ambas mujeres eran demasiado curiosas y, sin poder remediarlo, se habían acercado lo suficiente a la puerta como para escuchar el sí de Kristen. Después se abrazaron y se felicitaron, como si todo hubiera sido gracias a ellas, y se dispusieron a entrar, encontrándose a la pareja de rodillas en el suelo, besándose y abrazados.

Margaret solo fue capaz de taparse los ojos con la mano para intentar no ver esa imagen, mientras que Jennifer se tapó la boca para no dejar salir una carcajada.

—¡Mamá! —gritó Kristen.

—¡Señora Lambert! —exclamó Nash a la vez.

—No es lo que parece —dijo ambos, para después mirarse sorprendidos, al haber coincidido en su discurso.

—Lord Barrington me ha pedido en matrimonio —prosiguió Kristen, mientras Nash la ayudaba a levantarse y después se alisaba el vestido.

Por su parte, Nash no sabía si echarse a reír o a llorar, por sentirse como un niño al que acaban de pillar haciendo una travesura. Decidió que la ocasión necesitaba de seriedad, por lo que se irguió y se ajustó el pañuelo del cuello, que llevaba un poco desecho.

—Así es, señora Lambert —indicó con voz profunda.

Por un momento nadie dijo nada, hasta que la señora Lambert bajó la mano y, como si fuera un momento orquestado, las tres mujeres comenzaron a reír a carcajadas.

Por un segundo, Nash se quedó petrificado por no entender nada, pero enseguida comprendió que no había censura en ninguna mirada, solo pura felicidad. Las risas eran una demostración de su alegría por ellos y por la noticia que habían escuchado, por lo que se relajó y comenzó a reír con ellas.

Después, Margaret abrazó a su hija y la felicitó, y luego abrazó a Nash, que se quedó asombrado de la cordialidad que le mostraban.

—Felicidades, hermana —le dijo Jennifer con un abrazo.

—Gracias, Jenny.

—Y felicidades a usted también, lord Barrington —prosiguió Jennifer.

—Por favor, ahora que vamos a ser familia, pueden llamarme Nash.

—Debemos decírselo cuanto antes a vuestro padre —indicó Margaret, emocionada.

—Mamá… —Jennifer tuvo que detenerla—. Creo que debe ser… Nash quien hable con él.

—Es cierto —dijo la señora Lambert, avergonzada—. Estoy tan feliz que quiero contárselo a todo el mundo.

—Mañana publicaremos la noticia en el periódico —anunció Nash, consiguiendo que Margaret se emocionara aún más.

—Tenemos que hablar de tantas cosas... Es necesario que….

—Mamá —la interrumpió Jennifer—. Lo primero que tenemos que hacer es tomar una taza de té para calmarnos.

—¡Oh! Cierto.

Con disimulo, Jennifer cogió del brazo a su madre, que no paraba de hablar, y la sacó de la habitación, no sin antes guiñar un ojo a la pareja.

—Recuérdame que le debo un favor a tu hermana —le dijo Nash a Kristen con cariño, al mismo tiempo que aprovechaba para abrazarla de nuevo—. Creo que nos interrumpieron cuando nos íbamos por aquí.

Acto seguido la besó, proclamando su amor con cada latido.

Ese era un nuevo comienzo, no solo para ellos como pareja, sino también para él como un miembro más de la familia Lambert. Un regalo que Nash no esperó nunca recibir.

Capítulo 20

Una semana después

Jennifer no sabía qué pensar respecto a Su Excelencia. Él le había dicho que no le importaba que amara a otro, que lucharía por ella incluso la había consolado justo después del accidente y, sin embargo, no había vuelto a verlo desde entonces. ¿Habría estado jugando con ella?

Se sentía desanimada ante este pensamiento, aunque trataba de disimularlo, pues para ella sus encuentros habían sido muy reales. Incluso podría decir que algo entre ellos había cambiado notoriamente el día del accidente.

Pero mientras Jennifer estaba algo pesarosa por la falta de noticias del duque, el resto de la familia, incluida ella, estaba eufórica de felicidad por el compromiso de Kristen con lord Barrington, ahora Nash para la familia, y no quería estropear este momento con sus temores e inseguridades.

Hasta que pasó algo que lo cambió todo. Jennifer se disponía a acompañar a su madre y a su hermana a la modista para elegir tejidos para el vestido de novia de Kristen, cuando escucharon llamar a la puerta principal.

Para sorpresa de todas, la duquesa viuda de Pembroke entró de forma apresurada y sin parecer aceptar un no por respuesta.

—Vengo a ver a la señorita Lambert.

El mayordomo, conocido por su rectitud, llegó ante su señora, tras perseguir a la duquesa por el recibidor. Se le notaba conmocionado, como si fuera un hecho detestable que no le hubiera dado tiempo a presentar debidamente a Su Excelencia.

El pobre señor Radcliff daba la impresión de estar a punto de sufrir una apoplejía, por lo que no fue de extrañar que se quedara boqueando como un pez fuera del agua antes de poder recuperar el habla y hacer las presentaciones.

—Tranquilo, señor Radcliff —se apiadó del pobre mayordomo la señora Lambert—. Recibiremos a Su Excelencia en el salón principal.

—Preferiría entrevistarme a solas con la señorita Lambert —exigió la duquesa viuda sin mirar a nadie en particular. De todas formas, le habría sido imposible hacerlo, al llevar la barbilla tan alzada.

Con disimulo, la señora Lambert miró a su hija, esperando saber si

esta estaba de acuerdo con quedarse a solas con esa mujer. Por muy duquesa que fuera, si su hija no deseaba esa entrevista, ella no permitiría que se realizara, aunque pusiera a esa poderosa mujer en su contra.

—Por mí no hay ningún inconveniente. —Jennifer se imaginaba que la viuda estaba allí para hablar de su hijo y, por la seriedad de su rostro, no presagiaba que fuera a decirle nada agradable. Aun así, ella no tenía nada que esconder y sí mucho que agradecer al duque.

—Sígame, por favor —le pidió Jennifer a la dama, a la vez que le indicaba con su mano que se adelantara. Una estupidez, al no saber Su Excelencia por dónde dirigirse, pero el protocolo rezaba que ella debía caminar tras la duquesa viuda.

Una vez dentro del salón principal de visitas, la madre de James observó la excelente tapicería y los espléndidos muebles y cuadros, pero no dijo nada ante tanto buen gusto y calidad.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —Jennifer prefirió ser directa, dejando atrás a la muchacha asustadiza y carente de orgullo que había sido antes.

Jennifer se preguntó si el duque sabría de la visita de su madre, y qué sería lo primero que esta le diría. Pero antes le invitó a la dama a sentarse.

Entre ellas había una mesa baja de caoba, adornada con un ramo de flores, cuyo aroma llenaba el aire y ayudaba a calmar los nervios de Jennifer.

—Sé por mi hijo que él tiene interés en tu persona. ¿Es cierto?

Jennifer se quedó callada, al no saber qué decir. Él le había comentado su interés, pero jamás hubiera esperado que se lo contara a su madre. Menos aún cuando entre ellos no había nada formal, al ser todo especulativo.

—Veo que te niegas a hablar —dijo Octavia, dejando atrás el protocolo, seguramente pensando que Jennifer era tan inferior a ella que no merecía la pena seguirlo.

—No es que me niegue a hablar. El motivo de mi silencio se debe a que desconozco los pensamientos del duque de Pembroke. Por ese motivo no puedo hablar en su nombre.

—Eres una mujer insolente —afirmó con arrogancia Octavia—. Por ello me he visto obligada a intervenir.

—Disculpe Su Excelencia si la interrumpo, pero no creo que usted me conozca en absoluto. Es más, me parece recordar que esta es la segunda vez que hablamos, y en ambas ocasiones, ha sido usted la insolente, no yo.

—No he venido aquí a ser insultada —dijo la viuda, ofendida, a la vez que se levantaba de su asiento.

—Entonces, diga a qué ha venido para que pueda dejar de soportar

mi compañía.

Octavia se la quedó mirando con orgullo de arriba abajo, para después regresar a sus ojos.

—Esperaba que no se llegara a esto, pero parece ser la única manera contigo. Estoy aquí para decirte, tan claramente como puedo, que simplemente no eres lo bastante buena para mi hijo.

Jennifer sintió esas palabras como un puñetazo en el pecho, su respiración se entrecortó en un jadeo y su corazón se aceleró. Era más que evidente que la duquesa pensaba eso de ella, pero fue duro para su fortaleza recién reafirmada escucharlo en voz alta.

—No discuto que eres una mujer encantadora y que algún caballero pueda mostrar interés por ti. —Octavia intentó dulcificar su rostro—. Pero esa persona no puede ser mi hijo. ¿Entiendes?

—¿Y no cree que este tema es algo que nos concierne solo al duque y a mí? —respondió Jennifer, encontrando algo de valor en su interior ante tal insulto. Al fin y al cabo, estaban en su casa, y no iba a permitir que la pisoteara en este lugar. ¡Aquí no!

—No, te equivocas —dijo Octavia, mirándola a los ojos con tanta frialdad que Jennifer supo que lo peor estaba por llegar—. No hay nada entre vosotros dos. Él solo está siendo amable con la pobre chica desfigurada. En realidad, mi hijo está enamorado de lady Stevenson.

Como Jennifer había imaginado, sus palabras fueron hirientes, incluso más de lo que hubiera creído. Jennifer apretó la mandíbula y parpadeó rápidamente, conteniendo la emoción que amenazaba con salir a la luz. No creía a la duquesa viuda, ya que no recordaba haber visto ni una sola vez al duque con esa dama.

Por no mencionar que, aunque no conocía en profundidad a Su Excelencia, sabía que era un hombre de honor y, como tal, nunca le daría falsas pretensiones si estuviera enamorado de otra.

Octavia, ante el silencio de Jennifer, creyó tenerla donde la quería, por lo que continuó con su ataque a su ego. Por su experiencia, el punto más débil en una mujer.

—Comprenderás que el duque estaba obligado a elegir a la dama más hermosa, y a alguien que fuese de un nivel social más elevado que el de una simple, s-e-ñ-o-r-i-t-a —deletreó la duquesa viuda casi con asco.

—Conozco al duque lo suficiente como para saber que él no es así. —Tuvo que defenderlo Jennifer.

La duquesa se rio como si ella hubiera dicho una tontería, mientras el pecho parecía a punto de reventar a causa de sus fuertes pulsaciones.

—Debo admitir que mi hijo es un caballero y que jamás seduciría a una mujer solo por capricho, pero lo conozco muy bien, y estoy segura de que, por culpa de su buen corazón, James debió sentir pena por ti.

Por eso quiso darte unas semanas de romance, pero fue con el único fin de hacer una buena obra. No te engañes, querida —dijo enérgica y con una mueca de lástima—. Mi hijo jamás se fijaría en ti de forma seria, solo fue un acto de caridad.

Jennifer no quería creerlo, realmente no quería. El hombre que conocía no era así, ¿verdad?

Pero cuanto más hablaba con ese mujer y más giraban sus pensamientos en su cabeza, más se convencía de que podía ser cierto. Al fin y al cabo, ¿quién era ella? Una simple muchacha hija de un comerciante rico, sin títulos y sin belleza. Porque debía reconocerlo, no había nada en ella que la hiciera especial. Solo su cicatriz.

Una cicatriz que le había traído vergüenza y humillación a lo largo de toda su vida.

Jennifer agachó la cabeza, olvidando su anterior pensamiento de que no se dejaría pisotear por la viuda, y menos en su hogar. En cambio, regresaron sus antiguas inseguridades y su temor a quedar siempre en ridículo. A ser siempre una solterona solitaria que, en una ocasión, estuvo cerca de saber lo que se sentía al ser amada.

—Yo… Sé que el duque posee un gran corazón, pero no creo que sea la clase de hombre que jugaría con los sentimientos de una dama. Y mucho menos por lástima. —Quiso defenderlo y, a su vez, reafirmar que su interés por ella era genuino. Por lo menos delante de esa mujer que la hacía sentirse infravalorada, aunque en silencio se preguntara si era cierto, mientras sus viejos temores la embargaran.

Pero Su Excelencia ya había visto la duda en sus ojos y era todo lo que necesitaba para hacerle creer lo que ella quisiera. Llevaba años manipulando a la gente, y esta insignificante señorita Lambert no era rival para ella.

Orgullosa de su logro, suspiró satisfecha y decidió darle el último empujón para acabar con todo este asunto.

—Me duele ser yo quien te abra los ojos —dijo, mirando a Jennifer con lástima—. Aunque es mejor que esta farsa termine cuanto antes, ¿no crees?

—Yo no lo creo así. —La voz desafiante y áspera del duque sobresaltó a ambas.

—James, hijo, ¿qué haces aquí? —preguntó su madre, incrédula, quien, por la mirada fría que le dirigía su hijo, supo que este había escuchado buena parte de la conversación.

—He venido a visitar a la señorita Lambert y a darle buenas noticias. Y por lo que veo, a interrumpir una de tus charlas manipuladoras.

—¿Cómo puedes decir algo así de tu madre? —dijo la viuda, ofendida y sin atreverse a mirar ni a Jennifer ni a James a los ojos, por si descubría la verdad.

—Deja ya de fingir, madre. Te he escuchado. —Y con voz glacial, James prosiguió hablando, con una mirada capaz de congelar—. Y te agradecería que me dejaras a solas con la señorita Lambert. Creo que después de tu visita, debo dejarle claro mis intenciones hacia ella.

—¿Intenciones? ¿Qué intenciones? —Casi chilló Octavia, mientras Jennifer alzaba la cabeza para mirarla.

—Comprenderá, madre, que antes de adelantarle algo, debo hablar con la señorita Lambert. Pero no dude que será la primera en saber lo acontecido en cuanto regrese a casa.

Profundamente indignada, la duquesa viuda miró a Jennifer con desprecio, para después marcharse con la barbilla en alto, a pesar de haber sido derrotada.

Una vez a solas, Jennifer volvió a agachar la cabeza ante el recuerdo de las palabras dichas por la mujer. Sentía su respiración acelerada, temiendo la conversación que sucedería a continuación. ¿Le confesaría él que todo fue por lástima, como aseguraba su madre? ¿O le diría la verdad que parecía brillar en sus ojos, y por eso ella temía mirarlos?

—¿Es cierto que estás conmigo por lástima? —preguntó Jennifer, sin saber de dónde había sacado el valor para hacerlo.

—¿De verdad tienes que preguntármelo? —La voz de James sonaba ahora dulce y apenada. Como si un dolor agudo le estuviera oprimiendo su pecho.

—Tu madre dijo que…

—¿Y tú la creíste? —No la dejó terminar la frase. Ahora, en su tono se podía oír una mezcla de irritación, lástima y desesperación.

Jennifer se sintió ridícula al tratar este tema. Estaba cuestionando el honor del duque por unas palabras dichas con malicia de su manipuladora madre. Sintió una pizca de culpabilidad por haber dudado de él, pero no podía evitar que sus recelos e inseguridades, tan apegados a ella, resurgieran ante la más mínima duda.

—Sé que no debería haberla creído —dijo ella, apenas en un susurro—. Pero tenía mucho sentido. Estoy acostumbrada a que la gente me compadezca, y lady Stevenson es mejor que yo.

—¡No! —aseguró James—. Ella nunca podrá ser mejor que tú. No dudo que pueda ser una esposa maravillosa y una dama encantadora, pero no para mí, porque yo no siento nada por ella. En cambio, por ti…

Jennifer se adelantó y le puso una mano en el brazo para calmarlo. Funcionó, pues su cuerpo se destensó y la miró con tristeza.

—¿Por mí qué, James? —le preguntó ella mirándolo a los ojos—. Necesito que me digas lo que sientes por mí. Porque yo sé que no me eres indiferente. Con tu sola presencia me aceleras el pulso y me haces dudar de todo lo que siempre di por hecho, como de que soy fea y doy

pena. Aunque en realidad no conozco el amor, incluso creía estar enamorada de otro hombre, pero estaba equivocada.

—¿No estás enamorada de ese otro hombre? —Quiso saber James, esperanzado.

—No, creí estarlo de lord Barrington, pero estaba equivocada. —A pesar de que se había dicho a sí misma que no le contaría a nadie más su secreto, sintió la necesidad de decírselo a él, y no se arrepentía.

—¿De Nash? —preguntó James, incrédulo.

—Confundí su simpatía con amor. ¿No te parece estúpido?

Como respuesta, James rio y la abrazó con fuerza. Sentía como si le hubieran quitado un gran peso de encima y ahora no hubiera ningún obstáculo para conseguir lo que tanto anhelaba. A la maravillosa y esquiva señorita Lambert.

Se daba cuenta de que había pasado la última semana torturándose por nada. Durante esos siete terribles días, todos sus pensamientos se habían centrado en determinar si debía separar a la señorita Lambert del desconocido al que amaba, o si debía dejar que ella fuera feliz junto a ese otro hombre, por mucho que ese pensamiento le destrozara tanto el alma como el cuerpo, pero nada sería suficiente con tal de ver feliz a la mujer que amaba.

Apenas había logrado dormir, al recordar cómo Nash brillaba de felicidad al contarle su compromiso con Kristen, y que eso había desencadenado sus dudas.

¿Quién era él para separar a una pareja que se amaba?

Pero esa pareja ya no existía y, si había escuchado bien, la misma señorita Lambert había manifestado su interés por él.

¡Pero maldita sea si se quedaba todo en un simple interés!

Él estaba seguro de que la amaba, y también quería que ella lo amase a él.

Pero ella no dejaba de sorprenderlo, pues, ante su silencio se le acercó, rodeando con sus brazos su cuello, para después enterrar la nariz en su pecho e inhalar su aroma varonil. Eso hizo que su sonrisa perdurara y le acariciara el cabello mientras se abría a ella.

—Nada de lo que hagas podría parecerme estúpido —dijo James—. Solo espero que a partir de ahora veas a Nash como un hermano, o tendré que enfrentarme a él.

Jennifer se apartó para mirarle seria, pero, al ver su sonrisa, también sonrió aliviada.

—Hace una semana que solo lo veo de esa forma, mientras que a ti… me supones un enigma que quiero descifrar.

—Es curioso —dijo él, divertido—. No hace mucho, también eras un enigma para mí.

—¿Ya no lo soy? —Jennifer lo miró con el ceño fruncido, al no saber si eso era algo bueno o malo.

—Ya no. Ahora estoy absolutamente convencido de que te amo.

A Jennifer le dio un vuelco el corazón al oír esas palabras, pero se mantuvo en silencio, sobre todo, cuando él se arrodilló ante ella y la miró a los ojos.

—Estoy tan convencido de que eres el amor de mi vida que no dudo en entregarte mi corazón, mi mente y mi alma. También te entrego todo lo que soy y seré, y te prometo mi amor incondicional mientras duren nuestras vidas. —James besó su mano con devoción y continuó hablando—. Te amo, señorita Lambert, y ante ti estoy postrado, no como el duque de Pembroke, al no ser nada más que un título, sino como James, un hombre de carne y hueso que le pregunta a la mujer a la que ama si lo acepta tal y como es.

Por un segundo, Jennifer no pudo contestar a causa de la emoción, y simplemente dejó caer unas lágrimas que surcaron su sonrojada cicatriz.

—¿Me quieres? —susurró ella como si no lo creyera.

—Te quiero —le aseguró él, aún postrado ante ella.

Fue entonces cuando los sentimientos de Jennifer estallaron y comenzó a reír y llorar al mismo tiempo mientras intentaba hablar.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —comenzó a repetir, como si al hacerlo por fin las dudas se desvanecieran, haciéndola sentirse libre de prejuicios por primera vez en su vida.

—¿Eso significa que me aceptas? —preguntó James emocionado, pero sin querer precipitarse.

—¡Sí! Es un sí rotundo —dijo Jennifer riendo.

Un segundo después, James se había levantado y la cogía en brazos, mientras giraba con ella y reían ilusionados.

—¡Te casarás conmigo! —gritó James, para después dejarla en el suelo y mirarla con todo su cariño—. Te casarás conmigo —repitió, y ella lo afirmó sellando su amor con un beso.

Un beso que curó sus corazones de toda duda o recelo que aún pudieran albergar, y depositando en ellos la esperanza de un futuro juntos cargado de amor.

Continuaron besándose hasta quedar sin aliento, e incluso entonces James siguió recorriendo el rostro de su amada con más besos.

—Me alegra que vinieras a visitarme… —susurró Jennifer—. Por cierto, ¿cuáles eran esas buenas noticias que querías darme? —preguntó, todavía entre sus brazos.

—En realidad, era una excusa para venir a verte. Era sobre lord Ashworth, al parecer, el rumor en el periódico acusándolo de dañar a una dama dio resultado y ha salido del país.

—Me alegra saber que se ha marchado. Pero no quiero hablar de lord Ashworth —dijo ella con aire malicioso.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué quieres hablar? —preguntó él, divertido,

abrazándola más fuerte para pegar su cuerpo al suyo.

—Tengo dos dudas. La primera, ¿prefieres una boda doble, o una sencilla? Y la segunda, ¿puedo acompañarte cuando le des la noticia a tu madre?

James soltó una carcajada y la miró con los ojos brillantes.

—¿Sabes? Estoy convencido de que a tu lado mi vida será cada día un nuevo desafío. —Y tras besarla, le habló como en un murmullo—. Y por supuesto que puedes acompañarme cuando regrese a casa y vaya a contarle la buena noticia a mi madre. Debes de estar tan impaciente como yo de ver su cara cuando se entere.

Ambos rieron con ganas para después besarse y olvidarse del mundo.

Por fin habían encontrado el bien más valioso de todos: El amor, y no estaban dispuestos a desaprovechar ni un segundo más de su tiempo en dedicarle un pensamiento a quien quisiera separarles.

Epílogo

Dos meses después

Todo estaba preparado para la boda de Su Excelencia, el duque de Pembroke y la señorita Lambert. Desde su anuncio en los periódicos, la nobleza no había dejado de especular sobre esta sorprendente unión, no solo al tratarse de un casamiento tan dispar con respecto a sus títulos, sino al ser la novia la conocida como «La solterona desfigurada».

Algunas damas, las más soñadoras, suspiraban recordando el cuento de *La Cenicienta*, mientras que otras, las más maliciosas, especulaban sobre cómo esa mujer sin clase ni belleza había cazado al mejor partido de la temporada.

Sin olvidar a la duquesa viuda de Pembroke, quien, según parecía, había aceptado el casamiento al encontrarse sentada en la primera fila de bancos.

La catedral de Saint Paul, con su espectacular cúpula enmarcada por las dos torres de la fachada principal, albergaba lo más selecto de la ciudad y alrededores. Algunos de los asistentes habían sido invitados al tratarse de amigos o familiares de la pareja, pero en su mayoría, solo eran curiosos que no podían pasar la oportunidad de ver a los novios.

Todo un acontecimiento, como tanto los contrayentes como sus familias habían vaticinado, pero que habían decidido que nunca más se esconderían. Además, la asistencia de los curiosos aseguraba que se dejara de especular, cuando todos vieran a la feliz pareja.

Tratando de parecer tranquilo, James miró de nuevo hacia la puerta de la catedral, a la espera de la novia.

—Debisteis hacerme caso y haberos casado en una ceremonia sencilla, como hicimos Kristen y yo —repuso Nash mirando a los invitados que llenaban la catedral.

James dejó que sus ojos recorrieran el espacio deteniéndose en su madre, quien se mostraba feliz, aunque él sabía que por dentro se la comían los demonios.

Tras simular un infarto cuando su hijo y la señorita Lambert tuvieron la delicadeza de informarles de su unión, Octavia se supo vencida y disimuló su fastidio, al no querer ser desterrada a una propiedad en Escocia.

Por supuesto, no puso objeción cuando su hijo le ofreció una mansión para ella sola en Londres, ya que ni él ni ella deseaban una convivencia conjunta. Menos aún la señorita Lambert, que no sabía muy bien cómo tratarla, si con cariño, o sacando las uñas cada vez que ambas estaban a solas.

James miró a su amigo, que estaba a su lado, y contestó a su pregunta, aunque no era la primera vez que se la hacían. Incluso en este momento, él mismo se cuestionaba si había acertado con su criterio.

—Ya hablamos de ello, Nash —dijo James—. No tengo nada que ocultar, y toda mi familia se ha casado por generaciones en este lugar. No voy a consentir que Jenny sea menos que nadie y deba casarse a escondidas, como si estuviéramos haciendo algo malo.

—Tranquilo, te entiendo, pero no sé a qué viene tanta expectación. —James alzó una ceja conteniendo la sonrisa, al ser más que evidente que por el simple hecho de ser él un duque la boda tendría una gran repercusión.

—Quizás sea porque me caso con la mujer más encantadora de Inglaterra —repuso James, divertido.

—La segunda mujer —rebatió en el acto Nash, colocando dos dedos delante de los ojos de su amigo—. Recuerda que hace una semana me casé con la primera mujer más encantadora de Inglaterra.

Ambos hombres rieron, al llevar semanas con este juego.

—Por no mencionar que a todos tomó por sorpresa vuestra decisión de una boda tan precipitada —añadió Nash, irguiéndose y cruzando sus brazos a la espalda.

—¿Me lo dices tú, que querías fugarte a Gretna Green para casaros pocos días después del accidente? —preguntó James.

—Bueno, lo intenté, pero al final, la propuesta de Jenny de una boda llena de flores en una pequeña capilla, ganó a la del yunque —dijo sin fastidio en su voz y con ojos repletos de brillo ante el recuerdo de ese día.

—Ahora que lo mencionas —soltó James de forma distraída—. Creo recordar que se lo agradeciste a Jenny. Sobre todo, su idea de visitar Escocia como viaje de novios.

Nash carraspeó, al no parecerle apropiado para el interior de una catedral las imágenes que le evocaba su luna de miel, y miró a los grandes ventanales pidiendo disculpas al Altísimo por lo indecoroso de sus pensamientos. Aunque nada pudo evitar que sonriera.

Ambos se giraron para ver acercarse a lord Connely, que se había convertido en uno más de la familia Lambert, y solía pasarse a comer y charlar con el señorita Lambert como mínimo dos veces por semana.

—Ya viene la novia —les susurró lord Connely de forma discreta con el fin de tranquilizar al novio, aunque consiguió todo lo contrario.

Lord Connely se colocó junto a la señora Lambert en uno de los primeros bancos de la catedral y esperó la llegada de la novia. Con aire conspiratorio, hizo un gesto de asentimiento a Margaret, que miraba a la duquesa viuda con disimulo, mientras esta parecía cada vez más rígida y con la sonrisa más forzada.

—¿Estoy bien? —preguntó James a Nash, irguiéndose ante él.

—¿No crees que es un poco tarde para preguntarme eso? ¿Qué pasa si te digo que tienes una mancha en tu impecable camisa blanca? —Nash trató de no reírse, pero no pudo evitar meterse con su amigo, igual que este él había hecho el día de su boda, al ser su padrino.

—¡¿Tengo una mancha?! —La expresión en el rostro de James fue de tal horror que Nash se apiadó pronto de él.

—Claro que no. Tu ayuda de cámara preferiría que lo ahorcaran desnudo en medio de la plaza, antes de que aparezcas con una arruga.

James le ofreció su ceño fruncido, pero cuando el obispo se colocó a su lado, con su túnica y su biblia ya en sus manos, cualquier pensamiento que no fuera su Jenny se esfumó.

Justo entonces, la puerta de la catedral se abrió, atrayendo la mirada de todos los presentes.

James también deseaba mirar para ver a su maravillosa prometida, pero la tradición decía que el novio no podía girarse hasta que la novia se colocara a su lado, para que él fuera el último en verla soltera y el primero en verla casada.

El órgano, junto a un par de clarinetes comenzó a sonar, seguido poco después de un coro de hombres y mujeres situados a un lado del amplio altar.

Muchos de los invitados se sorprendieron, al no ser algo habitual, pero la novia amaba la música[10] y no quería que esta faltara el día de su boda, por lo que se encargó de elegirla personalmente.

Acto seguido, entró Walter con su hija cogida de su brazo, y Kristen tras ellos. Ambas llevaban vestidos parecidos, solo que el de la novia era más llamativo.

Se trataba de un regio vestido de encaje con una larga cola y de color azul pálido para hacer juego con sus ojos, y rematado con unos guantes altos. Sobre la cabeza llevaba una diadema engastada con diamantes, que era una de las reliquias familiares de los duques de Pembroke, y que ahora pasaba a ser de Jennifer. Su valor era incalculable, y su brillo atraía la mirada de todos los presentes.

Jennifer caminaba orgullosa y con paso tranquilo hacia el altar, y aunque su cara estaba cubierta por un velo, se percibía el brillo de sus ojos.

Solo cuando Jennifer llegó junto a James y la música concluyó suavemente, él pudo mirarla por primera vez ese día. Sintió que le costaba respirar de lo preciosa que estaba, y por un momento se

quedó sin aliento, al saber que ante él estaba la mujer que amaba y que en breve sería su esposa.

El carraspeo divertido del padre de Jennifer anunció a James su presencia, que hasta ese momento le había pasado desapercibida. El señorita Lambert, feliz al entregar a su hija por amor, extendió la mano de Jennifer hacia James y contestó a la pregunta del obispo de: «¿Quién entrega a esta mujer?».

Al sentir su roce, James sonrió y vio complacido que Jennifer hacía lo mismo. El calor de la palma de su mano era tan intenso como la de ella, y deseó no soltarla nunca para que siempre pudiera estar a su lado.

—Estás preciosa —susurró él, ajeno a las palabras del obispo, que ya había empezado la ceremonia.

—Estaba a punto de decir lo mismo de ti —dijo ella, también en voz baja, consiguiendo que los dos sonrieran.

James no podía dejar de observar a su futuro esposo, que vestía un magnífico traje entallado hecho a medida de la más fina tela. Todo en él estaba impecable y sin que ni una arruga se atreviera a importunarle.

—Ejem… —El obispo se aclaró la garganta, rompiendo el momento, aunque no impidió que los novios continuaran cogidos de la mano. Algo que no pasó desapercibido a ninguno de los presentes y que hizo que más de un comentario sonara bajo la cúpula.

Minutos después, se escuchó decir a la novia algo que calló a todas las voces que hasta ese instante creyeron que no sucedería.

—Yo, Jennifer Lambert, te tomo a ti, James Michael Barlow, quinto duque de Pembroke, marqués de Westwood, conde de… —Mientras Jennifer decía los títulos de su futuro esposo, no pudo evitar sentir una profunda emoción que llenó sus ojos de lágrimas. Tuvo que seguir respirando suavemente para que sus lágrimas no estropearan ese momento, y se dispuso a concluir sus votos—. Como mi legítimo esposo, desde este día en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amar y cuidar, hasta que la muerte nos separe, de acuerdo con la sagrada ordenanza de Dios.

Cuando terminó, pudo ver que la sonrisa de James se hacía más grande.

—Ahora, Excelencia, repita después de mí... —El obispo condujo a James a través de los votos, para después pasar a los anillos. James se aferró con fuerza a su mano mientras sostenía la sortija en el aire.

—Con este anillo, te desposo. Con mi cuerpo, te adoro. —Hizo una pausa, solo un compás, pero lo suficiente para dejar claro públicamente que la amaba y la deseaba—. Y con todos mis bienes mundanos te doto. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo. Amén.

James deslizó el anillo en el dedo de Jennifer, quien se estremeció de placer.

Ninguno de los dos estuvo atento al sermón que siguió por parte del obispo, al mostrar más interés en mirarse mutuamente.

James quería decirle que la amaba, que era el hombre más feliz del mundo por poder unir su vida a la de ella, y que era la mujer más hermosa del mundo. Pero tuvo que contentarse con observarla y memorizar cada expresión de su cara.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia. —Por fin se escuchó decir al obispo. Ya eran marido y mujer.

James no dudó en acercar sus labios a los de su esposa, mientras esta contenía la respiración, esperándolo. En ese momento tan íntimo entre ellos, no les importó que centenares de ojos los observaran, ni lo que pudieran decir de ellos. Solo contaba lo que ellos deseaban y, desde ese instante hasta el fin de sus días, seguiría siendo así.

Ninguno de los dos se esperó la calidez de su beso ni los aplausos que irrumpieron en la catedral y que iban en aumento cuanto más se prologaba el momento. De buena gana hubieran mantenido el beso de forma indefinida, pero varios carraspeos a su alrededor impidió que continuaran.

—Quisiera tenerte solo para mí, mi duquesa, pero tendremos que esperar un poco más —le susurró James, haciendo que Jennifer temblase de emoción. No solo le había impresionado su tono de voz seductor o la promesa de estar juntos en breve, sino el haber escuchado por primera vez su nuevo tratamiento de duquesa.

—Prométeme una cosa —le dijo ella sin hacer caso a los familiares y amigos que los esperaban para felicitarles.

James asintió y se quedó mirando sus ojos, como si no tuviera la intención de hacer nada más durante el resto de su vida.

—Prométeme que siempre seré tu Jenny y que tú siempre serás mi James.

Por un instante, él se quedó extrañado ante su petición, hasta que recordó haberla llamado duquesa. Sin lugar a dudas, su nuevo tratamiento la abrumaba, y James no quería que sintiera que todo iba a cambiar entre ellos, ahora que eran matrimonio y ella una duquesa.

—Para mí siempre serás mi Jenny, aunque todos los demás te llamen Excelencia.

—¿Lo prometes? —preguntó ella, ahora más tranquila.

—Lo prometo, mi amor —le susurró él, y enhebró la mano de ella en su brazo, para enfrentarse a sus invitados.

Jennifer no podía dejar de mirarlo mientras recibían las felicitaciones de los presentes. Nadie de su familia pareció comportarse de forma diferente con ella, ahora que era duquesa,

aunque sí notó un cambio en los demás invitados, que simplemente les felicitaron con una reverencia. Pero ya nada de eso le importó, al tener todo lo que siempre había soñado.

Caminaba por el pasillo de la catedral cogida del brazo de su esposo, sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Después de un comienzo un tanto turbulento, donde ella había tardado en darse cuenta de a quién amaba realmente, por fin todo había sucedido como debía suceder.

Ahora, con paso decidido rumbo a su destino, Jennifer se dio cuenta de lo afortunada que era, no solo por haber encontrado a alguien a quien amar, sino porque ese alguien la amaba a ella, con sus debilidades y defectos.

James le había enseñado lo que era el amor y había curado su corazón desdichado, llenándolo a su vez de felicidad.

Lo amaba. Y siempre recordaría ese primer baile donde él la miró a los ojos y solo la vio a ella. A su Jenny.

Notas

[1] En su idioma original, Royal Botanic Gardens.

[2] Es el folleto que los espectadores reciben cuando ingresan a un teatro para un concierto o una función de ópera o ballet. Esta costumbre se inició a mediados del siglo XIX y continúa hasta nuestros días.

[3] Atenea, celosa de la belleza de Medusa, convirtió sus cabellos en serpientes y la desterró a vivir en las tierras hiperbóreas. Según la mitología griega, todo aquel que la miraba se convertía en piedra.

[4] Uno de los personajes principal de la ópera.

[5] En 1828 se crea la primera colonia con firma bajo el nombre Eau de Cologne de l'Impératrice, de Pierre-François Pascal Guerlain. Un producto que revolucionó a la sociedad francesa del siglo XIX, considerada la más desarrollada en cuanto al sentido del olfato

[6] Inicialmente la denominación "Estilo Luis XV" se refería a un tipo característico de sillas, pero enseguida se extendió a todas las artes de su época.

[7]

[8] George Augustus Frederick (Jorge, IV, regente desde 1811). Reinó desde el 29 de enero de 1820 hasta el 20 de junio de 1837.

[9] Acento cerrado del East End de Londres.

[10] El origen de la marcha nupcial fue el 25 de enero de 1858, cuando tuvo lugar la boda de la princesa Victoria de Inglaterra, hija de la Reina Victoria, con el príncipe Federico III de Alemania.